

Revista

15 DE SEPTIEMBRE

1904

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARRERAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Enseñanza de las lenguas vivas y principalmente de la inglesa, por Antonio Balbín de Unquera	257
Don Leandro Fernández de Moratín (continuación), por J. O. R.	279
El marido modernista, por Carlos Cambronero	301
Reformas sociales, por José Roca de Togores	305
Romance histórico (conclusión), por Enrique Prúgent	313
La criminalidad (continuación), por Manuel Gil Maestre	319
Literatura servia, por Pedro González-Blanco ...	333
Relato submarino, por Pedro González-Blanco ...	349
Los fastos de Ovidio (continuación), por V. S. C	355
La cuádruple alianza, por Gabriel María Vergara .	367
Política interior y exterior, por L. Mariscal	369
Boletín bibliográfico, por J. D. , por Pedro Ansúrez y por Z.	375

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

M A D R I D

PIANOS 200 PIANOS

Siempre existentes en los Salones
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto
NACIONALES como **EXTRANJEROS**

— VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS —

PIANOS DE ALQUILER

Pianos á louer

Pianos for hire

Pianos zu vermieten

Pianorfoli da affittare

R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO

DE

HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curación de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, reumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS VIVAS Y PRINCIPALMENTE DE LA INGLESA

DISCURSO INAUGURAL DEL «CENTRO ASTURIANO»

No tanto por rendir culto á la costumbre de inaugurar estas solemnidades académicas tratando de algún asunto que interese á la enseñanza, como por establecer de nuevo con vosotros una comunicación algunos años interrumpida, os dirijo la palabra para congratularme de que cuente uno más nuestra Institución de enseñanza y de que registren nuevos laureles el profesorado y nuevas recompensas los alumnos en el último curso académico.

Nada mejor que la competencia en el mundo moral para despertar y fortalecer las energías y utilizar en cuanto es posible todas las fuerzas innatas ó comunicadas. Por eso deben coexistir la enseñanza oficial, ya que viene ejercitándola de algún tiempo á esta parte el Estado, y la privada, que hoy tantas instituciones representan y que os es tan querida que acostumbráis á llamarla principal atribución del Centro Asturiano y razón de su existencia superior á todas las que para conservarla invocamos.

Dentro de la enseñanza privada y para nosotros doméstica, escogemos aquellas disciplinas que nos parecen más convenientes para los hijos de nuestros paisanos. Donde vemos un conocimiento que pueda serles útil, allí se fijan las miras de vuestra Junta directiva y se reconcentran los esfuerzos de los profesores; no olvidando jamás que muchos estudios que se reputan de adorno han contribuído á granjear cómoda subsistencia á no pocos jóvenes y satisfecho abundantemente las



necesidades de su familia y las aspiraciones de sus padres y encargados.

¿Quién desconoce, por ejemplo, que el dibujo, tanto tiempo considerado como de adorno, es uno de los más poderosos medios de enseñanza? El dibujo en los actuales tiempos sirve tanto á las ciencias como á las artes. Por medio del dibujo las pesadas descripciones se abrevian, los complicados procedimientos se facilitan y cuanto es susceptible de ser representado y descripto se hace, por decirlo así, fuera de nuestras facultades intelectuales. Bastaría este solo ejemplo para probar que los estudios de adorno, si por una parte nos agradan, por otra son eminentemente útiles y que deben favorecerse y ampliarse en el plan general de nuestras enseñanzas.

Lo que no comprendemos que se haya considerado de mero adorno es el conocimiento de las lenguas vivas ó muertas por los que al mismo tiempo las calificaban de llaves maestras para todo género de disciplinas y saberes. Hoy es únicamente cuando se piensa que las lenguas muertas ó sabias pueden ser un adorno de la inteligencia y de la educación aunque no de los más valiosos, porque los antiguos les reconocieron siempre por los dos conceptos de lo agradable y de lo útil la misma importancia.

Los que todavía conservan las lenguas sabias en sus programas de enseñanza lo hacen por su reconocida utilidad para despertar la inteligencia y cultivarla al mismo tiempo que la memoria. Puede discutirse entre los estudios lingüísticos y los matemáticos sobre si aquéllos ó éstos son los más útiles como preparatorios de las especulaciones intelectuales; pero no cabe excluir á ninguno de ellos de esta misión preparatoria.

Por eso les habéis dado acogida en vuestros programas, sin excluir la lengua latina en alguno de los pasados cursos. Por eso, consultando la utilidad práctica y las necesidades de la vida moderna, abristeis cátedras de francés, inglés y alemán, que han dejado tan gratos recuerdos y prestan relevantes servicios á los que frecuentan nuestras aulas. Si se exceptúa al que hoy os dirige la palabra, á quien otras ocupaciones han distraído siempre, más de lo que hubiera deseado, de su vocación por la enseñanza, los que han dado esas explicaciones

se han hecho dignos de vuestro mayor aprecio y han contado siempre con numerosa matrícula en sus cátedras.

Aprovechando la ocasión de inaugurar con este discurso las tareas del año 1904 al año 1905, y contando con la benevolencia de que sois tan pródigos, pienso ocuparme ante vosotros y ante muchos queridos alumnos en la enseñanza de las lenguas y principalmente de la inglesa, de la que durante varios años estuve encargado. No dudo que concederéis esa benevolencia que os pido, ya porque lo hacéis siempre, ya también por la importancia del asunto.

II

Toda la ciencia humana, por extensa que parezca, todo lo que fué y cuanto será en adelante; todo lo que forma el contenido de nuestras intelectuales tareas se halla en germen incluido en ese libro que nada dice y lo dice todo y que se llama diccionario. Ninguna lengua, al menos de las cultivadas como instrumentos científicos y literarios, posee su diccionario completo, porque dentro de cada idioma hay tantos diferentes como saberes, oficios y profesiones, y es digno de observarse que en todos sus perfiles y genialidades nadie, por sabio que parezca, llega á conocer bastante el propio idioma, y nadie que de culto se precie puede desconocer el fondo de la lengua común, que en su totalidad debe incluirse en el diccionario.

Pero el que lo supiese íntegro no podría llamarse dueño de un idioma. Estos, en la primera parte de la gramática, en la lexicología tienen su parte anatómica que también penetra en la prosodia y en la ortografía; la fisiología se comprende en la sintaxis. Hay un antiguo emblema de un impresor célebre, que consiste en la lista de las letras del alfabeto y esta divisa: «*Hisbenê conjunctis*». Con las letras bien reunidas se forma cualquier libro, cualquier ciencia, como de la anatomía y fisiología de los idiomas se forma la gramática.

Por lo que acabamos de indicar, no se nos crea afiliados á la escuela que considera el estudio de las lenguas como una de las ciencias naturales, porque no profesamos tales ideas; pero no por eso nuestra comparación es menos exacta.

Enseñar, pues, una lengua no es otra cosa que transmitir á los alumnos los conocimientos de su anatomía y fisiología mediante la gramática, y la parte más común é indispensable de lo que forma el fondo de la lengua mediante el diccionario.

Cuando aprendemos una lengua muerta, como al adquirir la teoría de una viva, no hacemos otra cosa que lo ya expresado. En las muertas no tenemos otro interlocutor que el libro, el autor pronuncia un monólogo al que no damos respuesta; en las lenguas vivas, no menos sabias ni cultas que las antiguas, aunque así no las llamemos, estamos llamados á sostener con libros y con personas un verdadero diálogo.

Y así como aquéllas se denominan muertas porque generalmente no podríamos contestar al autor del libro, llámense vivas las modernas, no solamente porque podríamos hacerlo, si necesario fuese, sino también porque hablando la misma lengua que el autor, si éste escribió hace siglos, seríamos incapaces de usar todas sus palabras y todos sus giros, y esto porque la lengua sufre alteraciones, y así se demuestra que vive y se hace mejor ó peor con la prolongación de esa vida, porque de aquello y de esto se dan casos.

La historia de las lenguas muertas ha terminado y el libro de algunas cerrado está con siete sellos; el de las lenguas vivas, comenzado por nuestros padres, continuamos escribiéndolo nosotros.

De desear sería que su piésemos tan bien las lenguas muertas que pudiéramos hablar en ellas; pero realmente no es necesario. En cambio, las vivas no debemos estudiarlas para conocerlas solamente como las muertas, porque pueden prestarnos otros servicios, y el profesor debe poner á los alumnos en condiciones de aprovecharlos.

De aquéllas no podemos conocer sino lo que ha quedado escrito; de éstas debemos aspirar á conocer, además de lo escrito, lo que se habla.

En unas y en otras debemos renunciar á ciertos conocimientos etimológicos y de idiotismos, porque el saber una sola de las más cultas antiguas ó modernas ocuparía la vida entera de un hombre estudioso. Y un malogrado amigo mío, aficionado á esta clase de investigaciones, me decía, haciéndome

pensar sobre sus palabras: Hay que preferir al estudio de éstas el de las cosas.

Ahora bien, y concretándonos á las lenguas vivas, y suponiendo que por regla general no las hemos de poseer como la propia, se pregunta: ¿Cómo deben ser enseñadas? ¿Con fines literarios? ¿Con propósitos de utilidad y lucro? ¿Pensando únicamente en ellas como medios de comunicación? De todas estas maneras, responderemos, porque sólo quienes así lo hacen las conocen.

Desgraciadamente no se ha profundizado en este asunto hasta épocas muy próximas á nosotros. Prescindiendo de las que no se distinguieron por estudios gramaticales, recuérdanse otras en que no se aprendían ni se enseñaban lenguas vivas sino en los moldes de las antiguas, de la latina especialmente, y este afán de moldear todas las gramáticas sobre la latina, sin que se perfeccionase el conocimiento de ésta, perjudicó mucho al de las usuales. Nebrija, el gran expositor de la gramática latina, fué el primer legislador de la castellana; los misioneros en sus obras han querido ajustar á la pauta latina lenguas que de ninguna manera pueden reducirse al mismo tipo, y los estudios lingüísticos, tomando un equivocado camino, estuvieron muy lejos de progresar como debiera esperarse.

Desde que decayó el cultivo de las lenguas sabias y tomó nueva orientación la sociedad, se comenzó á estudiar y á enseñar las modernas; la conversación y la escritura prevalecieron sobre la lectura y la interpretación, y se varió de método en cuanto se varió de concepto en la materia de que tratamos. Conoce verdaderamente un idioma el que sabiendo las palabras del fondo común y lo que podríamos llamar *lengua general*, conoce su gramatical estructura y, sobre todo, sus giros, dándose cuenta circunstanciada de su sintaxis. Sin esto hablaría su propia lengua, en vez de la extranjera, por grande que fuese el caudal de palabras que hubiese hecho propias. Y llega á la perfección, pocas veces asequible, quien da á su pronunciación el acento de la lengua extraña, difícil de adquirir y aún más difícil de explicar, porque nadie hasta ahora ha precisado en qué consiste, siquiera lo conozcan

todos en el extranjero y lo hayan aprendido, por imitación y sin saber cómo, en la lengua propia.

Con dos propósitos pueden estudiarse todas, ó literarios ó ó prácticos; nos referimos á las vivas, porque las muertas solamente con los primeros se cultivan. Cuando el latín era más que ahora conocido, el padre de Montaigne acostumbraba á su hijo al latín hablándole en aquella lengua desde la cuna; mas no por eso le enseñaba un idioma vivo, porque le hablaba en las frases de los libros, y ni podía suplir muchas palabras no conocidas y necesarias ni inventar una sola. Vives, nuestro gran filósofo, componía un libro de diálogos latinos, sin que por eso llegase á resucitar con instrumento muerto una conversación que ya no podía sostenerse. En cambio, el estudio de estos idiomas, en el concepto literario, se lleva tan lejos como lo llevaron nuestros antecesores en la época del Renacimiento, de perdurable memoria.

Habréis oído criticar muchas veces á nuestros padres porque los dómnes ponían en manos de los niños *Artes latinos* y hacían que los aprendiesen de memoria. Pero no creáis que los explicaban en latín, porque entonces nada hubieran aprendido. No hacían más que lo que hoy muchos profesores de lenguas vivas, que en ellas mismas explican, siempre que en un curso anterior hayan mostrado al alumno lo más importante de la gramática.

Causa verdadero asombro ver lo que el niño aprende en los dos ó tres primeros años de la vida, y entre otras cosas lo más principal de su idioma. En un niño bien educado, aunque no haya estudiado gramática, será difícil sorprender cierta clase de faltas groseras, como el barbarismo, aunque el solecismo alguna vez ocurra, y es porque el niño se fija en las palabras y las repite y emplea bien cuando bien se pronuncian, mientras el solecismo ó la falta contra la sintaxis solamente se corrige con la observación y el estudio.

Á evitar lo mismo unos que otros concurre la buena enseñanza de las lenguas.

Los padres no podrian decir qué es lo que de la lengua nacional han enseñado á sus hijos, salvo aquellas palabras de cariño, exclusivo patrimonio de las madres, y las oraciones

con que en el regazo de ellas aprende el hombre á dirigirse á Dios para levantar hacia él su alma y pedir mercedes. Pero entre tanto que sin saber cómo se aprende, hay que olvidar todo lo que no se ajusta á los severos cánones gramaticales; de suerte que los maestros prosiguen la tarea de los padres enseñando y haciendo olvidar lo no bien aprendido, y de aquí como natural consecuencia que no es el mejor método para aprender las lenguas extranjeras el seguido para adquirir el conocimiento de la materna.

No lo han creído así Ollendorf y Ahn y la numerosa legión de los que han seguido sus pasos en la enseñanza. «Como aprendimos la propia, dicen, así debemos aprender las lenguas extranjeras»; pero además de prescindir de lo que dejamos indicado, no advierten que al aprender la nacional estamos rodeados de un ambiente nacional también, en que ni un solo acento se distingue del propio: todos nos enseñan sin que se lo proponga nadie; aprendemos nosotros sin que en ello pensemos, en tanto que al aprender las lenguas extranjeras nos rodeamos de un ambiente artificial, y sólo cuando estamos con el profesor y los condiscípulos nos hallamos en el país cuyo verbo es objeto de nuestro estudio.

Si queremos aplicar el método de que hablamos á las lenguas muertas, y hablar mediante él como griegos y romanos hablaban, fácilmente comprenderemos que nada se conseguiría de lo que se propone el que cultiva las lenguas sabias, y ya veremos que si Ollendorf y Ahn lograron enseñar, jamás se propusieron objetos análogos á los que se proponen los humanistas y literatos. Quintiliano exigía que hasta las nodrizas del futuro orador hablaran bien: ¡con cuánta más razón lo hubiera exigido á los profesores!

Esto quiere decir que el método práctico de composiciones y de temas y de claves tiene su razón de ser, y que ha debido mirarse como un progreso, pero únicamente cuando se trata de aprender las lenguas extranjeras en cualquier concepto que no sea el literario. Así y todo, para completarse necesita entresacar de los antiguos métodos teóricos ciertos principios, sin los cuales sería imposible la enseñanza.

Al intentar el estudio de que hablamos y siguiendo el mé-

todo práctico, habríamos de proponernos enseñar una lengua extranjera como las madres y cuantos nos rodean y nosotros mismos, por más extraño que parezca, nos enseñamos la propia; pero sin las incorrecciones de esta misma enseñanza. Estudiar la lengua nacional como ahora entendemos el estudio, para que los demás nos entiendan y entenderlos nosotros en las mil circunstancias de la vida, es compatible con poca y mala gramática; pero no es para esto para lo que llamamos á un profesor que emplea un método pedagógico cualquiera, aunque sea eminentemente práctico.

Si en él no volvemos de cuando en cuando sobre el camino recorrido, tendremos idea de mil *nombres* diferentes y no del *nombre*, parte de la oración, como lo consideran los gramáticos, el maravilloso artificio de la conjugación y de la numeración pasarán inadvertidos para nosotros, ni podremos dar exacta cuenta de la diferencia entre los verbos regulares é irregulares. Y ya que empleamos un maestro en la enseñanza de las lenguas extranjeras, debemos hacer también lo que añaden los maestros á la obra de las madres, y *limpiar, fijar y dar esplendor* á la frase y á los conocimientos que transmitamos, porque el maestro, respecto á sus discípulos, no ha de ser menos que las Academias respecto á las literaturas nacionales.

Con estas limitaciones entendido el método práctico, es admisible y recomendable. No es el más literario, con él no aprenderemos un latín que se pueda explicar como Servio, ni el castellano como Garcés, ni el francés como Menage, ni el inglés como Malone; pero servirá para nuestra comunicación oral y escrita con los extranjeros en sus propios idiomas.

Recientemente se ha publicado un diccionario inglés, obra del pueblo; el autor se ha limitado á recoger las palabras y sus acepciones de todas partes donde se habla la lengua inglesa y con la explicación que da el pueblo mismo; es una tentativa de diccionario que corresponde al método de enseñanza al que nos referimos, al paso que el *Diccionario de Autoridades* de nuestra Academia, y casi todos los conocidos, al fijar la acepción que dan á las palabras los escritores clásicos, responde á las exigencias de los antiguos métodos, evidentemente literarios y teóricos.

Resulta de lo dicho que nosotros respecto al método de enseñar las lenguas extranjeras somos eclécticos; para los propósitos literarios no vemos otro mejor que el teórico y gramatical antiguo; para los fines prácticos de la conversación, escritura sin pretensiones literarias y comunicación, consideramos admisibles los métodos prácticos. Aun así, entendemos que debe descargarse, en gracia de la utilidad, el método teórico y gramatical de muchos pormenores—y lo prueban las modernas gramáticas, reducidas casi á la Lexicología—y que los métodos prácticos deben tomar una forma algo más científica, si queremos que los alumnos se den cuenta de lo que son y valen los idiomas que estudian.

Entendemos asimismo que si ha de enseñarse la conversación, debe reformarse el contenido de los temas, de manera que no se presten al ridículo que ya se ha empleado contra ellos por la falta de congruencia entre las preguntas y respuestas, porque, al enseñar las lenguas, no se ha de faltar á la lógica y porque realmente no es como la que se recoge en dichos temas la conversación habitual y diaria. Compárense los diálogos antes citados de Vives con los que contienen muchos libros que andan en manos de todos.

Como habréis visto, encontramos defectos en la antigua enseñanza, demasiado teórica, y en la novísima, que pretende ser eminentemente práctica, y nos declaramos eclécticos, á fin de que se conozcan las lenguas extranjeras, no como todos conocen la propia, sino como deben poseerlas aquellas personas que merecen la calificación de ilustradas.

He aquí la costumbre largos años seguida en nuestra Institución de enseñanza: los que profesan el método práctico no descuidan, en cuanto es necesaria, la teoría, y el que ahora os dirige la palabra, acostumbrado á estudiar idiomas con propósitos literarios más que prácticos, ha tomado de estos en sus lecciones todo lo que ha creído necesario. Ó nos equivocamos mucho, ó creemos que éste será el método ecléctico que en adelante se siga para que los estudios lingüísticos se propaguen entre nosotros y en todas partes.

Los que se sientan con vocación filológica y literaria tendrán, como los que persigan fines prácticos, base para ulterio-

res investigaciones; en tanto que un método exclusivo, ya teórico, ya práctico, dejaría sin cultivo en el alumno disposiciones que en uno ó en otro sentido deberían posteriormente desarrollarse.

III

Consideradas las lenguas en el concepto práctico, deberemos consagrar nuestro estudio á las de aquellos países que tengan más influencia en el nuestro, á las que más sirvan á la industria, comercio y marina, y á las de aquellos pueblos que, por decirlo así, hagan mayor sombra en el mundo. Por todas estas razones, de actualidad unas, y otras históricas, se reconoce por los extranjeros la importancia no solamente literaria, sino práctica de la nuestra, y en muchos liceos extranjeros se abren cátedras para enseñarla.

Tienen los ingleses el privilegio de hablar un idioma de los más extendidos por todos los países del mundo, idioma que, dado el carácter emprendedor, práctico y positivo de aquella raza, se ha llevado á todas partes, y por cuanto es más sencillo que la generalidad de los latinos y de los germánicos, se ha modificado menos que alguno de estos dos grupos en las más opuestas latitudes. La misma sencillez á que aludimos ha sido causa de que Mr. Henderson, en su opúsculo titulado *Lingua*, haya propuesto como lengua universal el latín, reduciéndolo en lo posible á la gramática británica. De este autor es la observación de que, consultada una columna del diccionario inglés, más de las tres cuartas partes de las palabras que comprende son latinas, y antes ya se había dicho que la lengua inglesa era la más germánica de las latinas y la más latina de las germánicas.

La primera impresión que debe producir á los latinos la gramática inglesa es la de una lengua en extremo sencilla y que se creería rudimentaria. Tan poca es la complicación de su mecanismo gramatical: en ello nos enseña que mucho de lo que ostentan como riqueza los idiomas es pura y simplemente lujo y despilfarro. En cambio, y á pesar de esa pobreza gramatical, no léxica—distingamos bien ambos conceptos,

— no hay pensamiento en otras lenguas que no pueda explicar la inglesa con sus recursos, y en muchos casos éstas no podrían hacer lo mismo con las expresiones británicas. Y de lo que se ha hecho con esa lengua como instrumento literario y científico responden los Newton, los Locke, los Darwin por una parte, y por otra los Shakespeare, los Milton y los Addison. De suerte que el trabajo de la adquisición, que no es penoso, queda ampliamente recompensado con la amplitud de la cosecha y lo exquisito de los frutos.

La riqueza de la lengua, especialmente para la expresión de los sentimientos y pasiones, merece especial estudio. Blair presenta un gran número de palabras que sirven para describir las variantes en la pasión de la cólera; de esta circunstancia dimana la facilidad con que se expresan en inglés los sentimientos trágicos y todas las doctrinas morales. La filosofía encuentra en esta lengua un instrumento adecuado y una clara expresión para este efecto, incomparablemente mejor que la alemana.

Componen las palabras el inglés como los pueblos primitivos construían los monumentos ciclópeos, colocando unas junto á otras sin cemento ni argamasa. Y así, prescindiendo, en cuanto es posible, de los nexos gramaticales, suma las ideas, y no ya suma, sino que multiplica el efecto que la palabra compuesta nos produce. Hace que en gran parte desaparezca la diferencia entre nombre y verbo, sujeto y acción, lanza el nombre entre las palabras de la oración y le manda ser verbo y lo es, conservando la sencillez que como nombre tenía y adquiriendo la vida que distingue á la palabra por excelencia, pasando, por decirlo así, de la situación estática á la dinámica.

La dificultad en la composición de las palabras y el escaso empleo de ese medio de expresión parécenos una falta y una causa de inferioridad en las lenguas latinas, aunque compensada y redimida con otras excelencias y bellezas que no encontramos en las germánicas.

En inglés se habla bien y mal, correcta é incorrectamente, como en todos los idiomas, y valen lo que donde quiera los clásicos; pero no hay preceptos académicos que obedecer ni resistencia á recibir y acoger elementos léxicos de todas

partes. Y la lengua no muere, porque si bien recibe nuevos huéspedes, sin preguntarles su procedencia, fácilmente les muda el traje y comunica su especial fisonomía; la lengua está segura y resguardada en la ciudadela de su sintaxis, y en tanto que ésa no sufra detrimento, se hará más rica, sin que por eso pierda su carácter. La intervención de las Academias, donde existen y son respetadas, y el valor reconocido á los escritores clásicos no han preservado á otras lenguas de males que en la inglesa se han evitado.

En la época llamada del *eufuismo* en la historia de la literatura inglesa, tratóse de adoptar un método como el de las lenguas latinas, preservativo de la corrupción, y se malogró la empresa, no pareciendo sino que en letras, como en régimen de gobierno, vale como ley la conocida frase: *Nolumus leges Anglicæ mutari*.

Si llegase á formarse una lengua universal, la analogía inglesa no sería superada en sencillez, porque realmente es imposible ir *más allá* en ese terreno. Lo que en otras lenguas no tiene explicación, como el género, en inglés ó desaparece ó adquiere un valor ideológico y literario. Si en los mismos animales nos es imposible ó inútil muchas veces conocer el sexo, si en algunos ni siquiera existe, ¿para qué hemos de enumerarlo en las lenguas ó aplicarlo mal, como hacen las lenguas de las naciones más cultas? En inglés, cuanto no puede tener género es del neutro, es decir, no lo tiene; pero si alguna vez se trata de personificarlo, la personificación se hace como figura retórica de pensamiento sólo con aplicarle el pronombre masculino ó el femenino. En la analogía inglesa no encontramos contrario á la lógica más que la colocación del adjetivo antes que el sustantivo; pero la poesía saca también de esto otro recurso colocándolo después del sustantivo, como hacemos nosotros, ó si hay dos, un adjetivo antes y otro después, lo que da un giro particular á la frase.

La distinción de las acciones necesarias y voluntarias, aunque solamente aplicable al futuro y al condicional, es realmente una belleza, productora en la redacción inglesa de otras muchas.

La sintaxis es al mismo tiempo sencilla y variada; pocas

son sus reglas, y, sin embargo, se presta á muchas y muy curiosas observaciones. Omitiendo señalar el acento, la prosodia inglesa es muy digna de estudio y su versificación, sobre todo la libre, muy superior á todos los ensayos que de ella se han hecho en lenguas latinas. Las rimas de Dryden y de Moore especialmente pueden compararse en armonía con las de cualquier idioma.

Pope ha traducido admirablemente á Homero y á Virgilio Dreyden, y en cuanto á Lucrecio, nadie le ha comprendido como un autor inglés el escepticismo y la manera de ser y de expresarse del inmortal cantor de la *peste*. La mejor traducción de *El Quijote* pertenece también á la literatura británica. En cuanto á Shakespeare, no creemos que nadie haya llevado á tanta altura como él la pintura y expresión de las pasiones; nadie ha descrito el Cielo, el Paraíso y el Infierno como Milton—perdónennos Virgilio y el Dante,—y nadie ha expresado la ironía y el *humorismo*, que es género exclusivamente inglés, como el cantor de *Don Juan* y de *Manfredo*, Lord Byron.

La enseñanza del inglés en nuestras aulas, mientras ha existido, preparaba á los alumnos para investigaciones literarias y al mismo tiempo los habilitaba para la conversación y la correspondencia mercantil, á la que, si nosotros no, dan cada día los extranjeros mayor importancia. No ha mucho tiempo que el editor Hœpli, de Milán, ha publicado un *Manual de correspondencia mercantil*, de los que desearíamos ver alguno entre nosotros.

De las dos bien marcadas formas que afecta la frase inglesa, una latinizada en las palabras, y alguna vez hasta en los giros, y otra germánica, de vocablos que preferentemente usa el pueblo, aquélla propia de historiadores, filósofos y poetas y ésta de novelistas y autores dramáticos, la que necesita conocer quien estudie inglés con sentido práctico es la segunda. Ésta es la de la conversación, la del trato cotidiano y, en gran parte, la propia de la correspondencia epistolar, así familiar como de negocios. Ninguna gran dificultad se presenta, sobre todo para los españoles, que encuentran la sintaxis inglesa más sencilla que la francesa, así como hallan más difícil

la pronunciación de la primera lengua. Cuantos ejercicios tengan por objeto la redacción de cartas y notas mercantiles deben recomendarse en las clases prácticas.

Para las mismas están indicadas las lecturas de pasajes de novelas modernas, Dickens y Trollope, por ejemplo, y la de periódicos. Sabido es que éstos emplean un lenguaje especial, para cuya inteligencia no basta entender las obras literarias.

Los manuales de conversación suplen difícilmente la práctica; pero no tenemos otro medio de acostumbrar á ella á nuestros alumnos: la principal falta que observamos en aquéllos es la de su redacción, y nos la explicamos porque los autores no pueden prever las infinitas circunstancias que en la conversación ocurren, y he ahí por qué el profesor, desentendiéndose hasta cierto punto de esos libros, es quien está llamado á promover diálogos en su clase acerca de diferentes asuntos. Dos ensayos hemos conocido en Madrid de círculos filológicos que tenían este principal objeto, y ambos vivieron poco y con grandes dificultades económicas. Y, sin embargo se impone la necesidad de cultivar las lenguas vivas, y esto nos hace creer que alguna otra tentativa habrá de ser más afortunada.

Entre mis libros raros y curiosos conservo un manual de conversación española para el uso de los extranjeros. Es del siglo XVII, lo que prueba, tanto que el español era idioma que entonces importaba conocer, como que no es de hoy la costumbre de escribir y usar esa clase de libros. De aquella misma época son las frecuentes citas en castellano que en libros extranjeros se encuentran. De aquélla, las palabras de nuestro idioma que en ellos han quedado; pero lo que más admira en ese libro es que recoge las palabras más groseras, las injurias y el lenguaje del pueblo castellano menos culto, como si se tratase de acostumbrar á los extranjeros á la lectura de las novelas picarescas y romances de germanía, más que á las grandilocuentes obras de nuestros clásicos, filósofos, místicos é historiadores.

Lo que importa recoger, tanto ó más que las palabras usuales, son las construcciones y frases, en las cuales el significado no es el que daría naturalmente la suma de los vocablos, sino

otros muy diferentes. En las lenguas muertas han dedicado á su estudio más trabajo los eruditos que en las vivas sus profesores. Desde que cursamos latinidad, nos acostumbramos á la inteligencia de esas frases entre las cuales hay algunas que entrañan profunda filosofía. *Dare verba* por engañar, *æs alienum* por deudas, *ducere uxorem* por contraer matrimonio, pueden servir de ejemplo. El viejo Chantreau citaba como una de las frases españolas intraducibles al francés la de *hacer papel*, diciendo que al expresarse un español diciendo *Mr. Untel fait beaucoup de papier à Paris* daba á entender, y así es á la verdad, á los franceses que se trataba de un fabricante de papel.

El conocimiento de las frases en las lenguas vivas es más importante que en las muertas, porque en aquéllas tenemos que usarlas, so pena de no hablar con propiedad los idiomas extranjeros, mientras en latín ó en griego nos baste conocerlas para la traducción, sin otras aplicaciones.

Por más que en la enseñanza se persiga el fin práctico, entendemos que el profesor debe explicar algo de etimología y gramática histórica; por ejemplo, al decir que los verbos ingleses en infinitivo no tienen terminación alguna especial, característica del idioma, convendría que dijese que, proviniedo ya de raíces germánicas (infinitivos en *en*), ya de latinas con sus consabidas desinencias, y dada la tendencia del idioma al monosilabismo, quedaror. poco más que las raíces tanto en uno como en otro caso: así de *thun*, do; de *machen*, make; de *singen*, sing; de *resolvere*, resolve, y otros que no podrían contarse.

Ha de indicar también que, si no se pinta el acento, se tiene en cuenta más que en otros muchos idiomas, y se sabe la cantidad silábica tan bien como en latín y griego, conservándose hasta los nombres de los pies métricos, distinguiéndose por la acentuación en la raíz y por el doble acento que llevan muchas palabras.

Convendría indicar que han sido los gramáticos ingleses los que más han estudiado el énfasis ó señalamiento de las palabras más importantes en cada caso, y que uno de ellos pone por ejemplo esta frase:

Do you ride to the town to day?

en la cual, según se quiera hacer notar quién es el que cabalga, á dónde se dirige ó cuándo, se detiene la pronunciación en *you*, en *ride*, en *town*, ó en *to day*, de manera que sólo en los nexos es donde no puede marcarse el énfasis. Y como estas observaciones, otras infinitas, que no son incompatibles con un sistema práctico de enseñanza.

El inglés ha variado muy poco en América, menos que otras lenguas europeas; con todo, se observan algunos cambios en la ortografía, simplificándola con arreglo á la ley llamada del menor esfuerzo; por eso y porque en la enseñanza práctica debe tenerse muy presente la correspondencia con los Estados Unidos, conviene alternar con textos de Inglaterra los de este país. En la *Chozo de Tom*, de miss Beechar Stowe, puede verse otra curiosa transformación del inglés, tal como se oye de boca de los negros.

Las observaciones de que hemos hablado tienen una tendencia práctica; que si se tratase de una enseñanza más literaria, se desarrollarían más todavía.

Conviene que el profesor acostumbre á los alumnos á la lectura de algún *Pronouncing Dictionary*, como el de Walker. El método de señalar con números los diversos sonidos de las vocales, el de las transcripciones, que se emplea en muchos diccionarios, sin dejar de ser ingeniosos, no siempre ni para todos logran su objeto. En cambio, después de algún tiempo, para los más no breve, de ejercitarse en la lectura, parece que se adivina la manera de pronunciar de los ingleses. Aprender esta parte, la más difícil del idioma, por las reglas que en las gramáticas se enumeran, cuando las excepciones son casi tantas como ellas, resulta un método tan inseguro como penoso.

Los gramáticos ingleses han estudiado profundamente su idioma y varios autores, relacionándolo con principios de gramática general. Mudray y Horne Tooke son bien conocidos; pero á menos de incurrir en la falta censurada á nuestros antecesores, no podríamos señalar para estudios elementales gramáticas en la misma lengua que se trata de dar á conocer. Desde el siglo XVIII al menos tenemos gramáticas inglesas en castellano; Fábregas y Cornellas las presentaron con todo

el aparato de las más complicadas. Nosotros entendemos que para nuestro propósito con menos basta. Uno de los ejercicios más útiles, el que consiste en presentar á los alumnos para que los corrijan temas en que se falte á las reglas de la gramática, debiera ser más practicado. Increíble es el placer que se experimenta en corregir, por decirlo así, al maestro con los mencionados ejercicios, y por eso vemos con placer que en la enseñanza de las lenguas vivas toman ya carta de naturaleza.

Una vez dominadas las dificultades de la pronunciación, el estudio gramatical en la mayor parte de los casos puede completarse en muy poco tiempo. Realmente en el compendio de gramática inglesa que escribió Jovellanos se contienen las reglas principales; el resto se aprende mejor que por el estudio teórico por una larga práctica.

Si en todo género de enseñanza es conveniente que los alumnos más adelantados entren á la parte de trabajo con el profesor, en las clases de idiomas resulta la intervención de aquéllos tan fácil como agradable, siendo un verdadero estímulo para todos. No nos cansaremos de recomendarlo, y no, como alguien pudiera creer, para descanso del profesor, sino para el mayor aprovechamiento de los escolares, atendiendo á que el maestro, cuando inspecciona y comprueba los resultados de la inspección, es quizá cuando más trabaja.

Y basta ya de parte exclusivamente pedagógica y técnica, pues nos conviene para dar por terminada la tarea mirar por otra fase el mismo asunto.

IV

Nunca entre nosotros se ha estudiado mucho el inglés; cuando se estaba formando hasta llegar á su perfección en la época de la Reina Ana, la nación británica nos importaba poco en unas ocasiones y en otras era acérrima enemiga, á quien se trataba como uno de nuestros grandes poetas á la Reina Isabel; y en cuanto al comercio, se extendía en detrimento nuestro, tomándonos ciudades en América y los teso-

ros en los viajes de los galeones. Luego se hicieron los ingleses nuestros amigos alguna que otra vez; pero en general se atravesaron siempre en nuestro camino. Pero atraviésemos ó no, hay quien piensa que con ellos debiéramos contraer alianza, porque no es bueno al individuo ni á la nación estar solos, y es forzoso confesar que la prodigiosa extensión del comercio y el dominio de los mares dan excepcional importancia á la lengua de Lord Byron. Ellos nos dan el ejemplo cultivando las lenguas de todos los países que como mercados pueden servirles. Nosotros conocemos del siglo XVIII una *Gramática portuguesa* en inglés, y todos vosotros sabéis perfectamente cuán seculares é íntimas son las relaciones entre la Gran Bretaña y Portugal y el censo que ésta le paga.

Á fines del décimotercero siglo y principios del siguiente el desgraciado Cadalso imitaba las Noches de Young, Samaniego hacía suyas, como él mismo confiesa, muchas fábulas de Gay, Escóiquiz traducía el *Paraiso perdido* y Moratín el *Hamlet*. No es ocasión la presente de juzgar semejantes obras, que citamos únicamente para demostrar que el conocimiento de las letras inglesas iba penetrando entre nosotros. En el siglo XIX ya comenzaron á tomarse algunas palabras inglesas, corrompiendo con ellas nuestro idioma; mas preciso es confesar que hacían menos liga con las nuestras que las palabras francesas y que hasta faltaban ocasiones para empréstitos de tal clase.

El romanticismo, en su fase inglesa, nos dió con Espronceda un imitador de Byron; pero más que ninguno de los mencionados escritores representan la influencia británica en lo literario Trueba y Blanco White. Aquél escribía en inglés como en nuestra lengua, y muchos ingleses creían percibir en sus páginas cierto sabor clásico. Blanco White, de pronunciadas aficiones filológicas, era menos conocido, por gustar más de lo científico que de lo literario. Como á la segunda mitad del siglo escribía con gran facilidad en lengua inglesa nuestro profesor de árabe D. Pascual de Gayangos. Antes se había manifestado gran conocedor de la lengua don Antonio Alcalá Galiano, en la española incomparable orador, y quizá el único entre los moderados, además de Toreno, de

aficiones británicas; los anglófilos eran casi todos progresistas, porque habían contraído, gracias á las persecuciones políticas que sufrieron, gran cariño á la isla de los Santos y de los emigrados. En nuestros días continúa la tradición de los españoles ó americanos que han escrito en inglés el Sr. Pérez Triana.

Ya lo veis, queridos alumnos; ni las dificultades para el estudio del inglés son tantas como alguien supone, ni lo que sería más difícil, por exclusivamente literario, la traducción y la redacción en la misma lengua, son cosa desconocida para los españoles. Animaos, pues, y procurad añadir á otros ese conocimiento, ya que debemos de aceptar los tiempos como vienen y es de hombres cuerdos y previsores sacar utilidad aun de las mismas desgracias.

Dicen los indios americanos del que conoce dos ó más lenguas que tiene dos ó más corazones: si de ellos han de manar buenos sentimientos, aumentenlos Dios; si hemos de hacer traición á nuestros afectos, bastante hay para deshonorarlos con el idioma patrio.

El que os dirige la palabra estudió inglés en el Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid, teniendo por único condiscípulo al Conde de Toreno, que fué nuestro Presidente, cuyo retrato adorna y honra nuestro salón de sesiones. Entonces eran muy pocos los que se dedicaban á esta clase de conocimientos. Antes había querido matricularse en una clase privada, cuyo profesor anunciaba que los primeros 25 alumnos que figurasen en las listas nada pagarían por la enseñanza. En la Puerta del Sol se había fijado este anuncio. No mencionaría esta circunstancia si no hubiese de sacar de ella provechosa lección, así para los profesores como para los alumnos. En cuanto me puse en relación con aquel profesor, que era extranjero, se me dijo que precisamente el vigésimoquinto acababa de inscribirse. Juzgad del caso, que esto es bastante.

Los profesores de idiomas no se daban hace algún tiempo la importancia á que realmente son acreedores. Anunciaban, y alguien lo hace aún, que en brevísimo número de lecciones y sin trabajo alguno por parte del alumno enseñan tal ó cual lengua viva, lo que no es posible, porque ningún maestro

puede enmendar la obra de Dios, que lo mismo que nuestros fisonomistas ha hecho diferentes nuestras inteligencias. Mientras los profesores no sostengan como deben el prestigio de la enseñanza, no adquirirá ésta ni logrará sostener todo el que merece.

Y otra cosa deben hacer con el mismo propósito los profesores y los alumnos. El vínculo que entre ellos se crea no ha de anudarse á las horas de clase para desatarse cuando terminen. Si los alumnos considerasen que los maestros hacen por el cumplimiento del deber mucha parte de lo que hacen los padres por el amor que Dios infundió en sus corazones, de otra manera los tratarían. Los maestros á su vez han de amar á sus discípulos como sustitutos que son de los padres y enseñar moralidad y cortesía como obligados apéndices de cualquiera otra clase de enseñanza. Si los profesores y alumnos de otros siglos hubiesen sido como la mayoría de los del nuestro, hubieran convivido en las escuelas; pero no hubieran formado lo que en la historia de la filosofía y de las artes se llama una escuela.

Así, queridos alumnos, mirada la cuestión de la enseñanza, fácilmente comprenderéis cuál es, respecto á los profesores y á la Sociedad que os brinda la instrucción, la naturaleza y extensión de vuestros deberes. Muchos de vosotros no podéis comprender aún los gastos y sacrificios que supone nuestra Institución de enseñanza; pero en vosotros debe obrar el sentimiento lo que no alcanza todavía la inteligencia.

Aquí nos oiréis citar nombres de ilustres personajes de nuestra nación y provincia que acaso no tuvieron para su carrera tantos elementos como vosotros; sírvaos de principal lección ese ejemplo. Hoy á nadie impiden las leyes llegar á las más eminentes posiciones del país; lo que no pueden dar más que las costumbres es la afición al trabajo, que con razón las conquista.

Como escritores ingleses que han dado señaladas muestras de amor á nuestra lengua y literatura, os citaré á Washington Irving, William Prescott, Coxe, Ticknor y al poeta norteamericano Longfellow, que ha traducido al inglés en el metro mismo del original las inolvidables coplas de Jorge Man-

rique, sabidas por todos vosotros, cuyas lastimeras estrofas parecen otras tantas dueñas doloridas que siguen un féretro en la vieja Castilla, y que plañen y se quejan con las mismas palabras que podríamos emplear nosotros. Hoy mismo, un ilustre hispanófilo, Mr. Morley, se prepara á celebrar en la patria de Shakespeare el centenario de Cervantes.

Os he hablado del inglés con el entusiasmo de profesor que deseara taansmitíroslo, aunque para sentirlo tengo razones particulares. Antepasados míos fueron irlandeses, católicos y mártires, ingleses políticamente, pero en el corazón enemigos de la Gran Isla; mas cerca de nuestro tiempo mi abuelo selló en Buenos Aires con sangre inglesa y con la suya propia su amor á España. Quien no tenga razones de esta índole para ocuparse en cosas de Inglaterra, sepa que le conviene hacerlo, porque en muchas partes se la encuentra por tierra y por el mar en todas.

En nuestros últimos planes de instrucción secundaria se ha prometido establecer cátedras de inglés, que por ninguna parte aparecen; imitad á otras Sociedades de vuestra especie, que no han suprimido la que tenían y... restablecedla vosotros.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

25 de Agosto de 1904.

DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN ⁽¹⁾

©Obras de Moratín.

Se dividen: 1.º En originales. 2.º En traducidas y arregladas.

Las originales son:

El viejo y la niña (tres actos), en verso.

El Barón (dos actos), en verso.

La mojigata (tres actos), en verso.

La comedia nueva (dos actos), en prosa.

El sí de las niñas (tres actos), en prosa.

Toma de Granada por los Reyes Católicos (en verso).

Lección poética (en verso).

Poesías sueltas.

Fragmentos del poema *La Huerteida* (en verso).

La derrota de los pedantes (en prosa).

Orígenes del teatro español (en prosa).

Viaje por Inglaterra é Italia (en prosa).

Cartas (en prosa).

Notas al auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en los días 6 y 7 de Noviembre de 1610 (en prosa).

Biografías de D. Diego de Torres y Villarroel, D. Juan de Iriarte, etc. (en prosa).

Artículos publicados en el periódico semanal *La Espigadora* (en prosa). ¿Son de Moratín dichos artículos?

Las obras traducidas y arregladas son:

La escuela de los maridos, de Molière (tres actos), en prosa.

El médico á palos, de Molière (tres actos), en prosa.

(1) Véase la pág. 129 de este tomo.

Hamlet, de Shakespeare (cinco actos), en prosa.

El Cándido, de Voltaire (en prosa). ¿Es de Moratín la traducción de *El Cándido*?

Moratín como poeta cómico.

El viejo y la niña, en tres actos, fué la primera comedia que compuso Moratín, y, como todas las del autor, está escrita con sujeción á las reglas dramáticas. La acción es sencilla, los personajes se hallan perfectamente dibujados y la versificación del romance octosílabo es correcta. Representóse en el teatro del *Príncipe* el sábado 22 de Mayo de 1790.

«En el teatro de la calle del Príncipe, por la compañía de Ribera, se representa la comedia intitulada *El viejo y la niña* ó *El casamiento desigual*, en tres actos seguidos: pieza original; consta de una sola escena, sigue una tonadilla y el fin de fiesta, que es también de una escena (1); todo nuevo, como asimismo las dos decoraciones de comedia y sainete, de Teatro» (2). El argumento consiste:

«¿Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
una niña con un viejo.
..... (3).

Un viejo (D. Roque), sin oír los consejos de su fiel criado (Muñoz), se casa con una niña (D.^a Isabel), la cual ya tenía amores con un joven (D. Juan). La joven, antes que faltar á sus deberes, se encerró en un convento.

Tanto Juana García en el papel de D.^a Isabel, como Manuel Torre en el de D. Roque y Mariano Querol en el de Muñoz, agradaron sumamente al público. En el *Correo de Madrid* del 5 de Junio se publicó el siguiente soneto:

(1) El fin de fiesta *Las gallegas celosas* era obra de D. Ramón de la Cruz.

(2) *Diario de Madrid* de dicho día.

(3) Acto II, escena VI.

¡Salve, brillante luz, fecunda aurora
de la española cómica Talía!
¡Salve, oh gran Moratín, cuya armonía
dulcemente persuade y enamora!

Espíritu divino que atesora
la sublime moral filosofía,
que en tu pluma feliz con energía
castiga el vicio, la virtud adora.

Una y mil veces salve, y á tu nombre
la fama eternidades le dedique
en cuanto el sol alumbra y el mar baña,
porque la envidia vil calle y se asombre
y por el orbe todo se publique
que también hay Terencios en España.

La comedia *El viejo y la niña* fué traducida al italiano por Signorelli.

La comedia nueva ó El café, en dos actos y en excelente prosa, es uno de los mejores modelos que tenemos en su género. En ella se pintan magistralmente los caracteres, se combaten los errores y se censuran los vicios dominantes en el teatro. Dice el Sr. Menéndez y Pelayo que «es la más asombrosa crítica literaria que en ninguna lengua conoce,» y don Francisco Silvela afirma que es «la obra más genial de todo el teatro» (1). Consiste su argumento en una severa crítica contra los malos poetas dramáticos. «Pero ¡no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nación sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices!» (2). Un poeta (D. Eleuterio), aconsejado por su mujer (D.^a Agustina) y por su hermana (D.^a Mariquita), animado por un pedante (D. Hermógenes) y por un necio (D. Serapio), no queriendo escuchar las razones de un hombre juicioso (D. Pedro), dió una comedia al teatro, que fué silbada. El buen consejero, compadecido de la situación del pobre autor dramático, consiguió que abandonase la escena y se dedicase á otras cosas más útiles y propias de su condición.

La primera representación tuvo lugar en el teatro del *Prin-*

(1) Artículo publicado en *El Liberal* del 11 de Mayo de 1900.

(2) Acto II, escena V.

cipe el 7 de Febrero de 1792. Juana García en el papel de Mariquita, Polonia Rochei en el de D.^a Agustina, Manuel García en el de D. Eleuterio, Mariano Querol en el de D. Hermógenes y Manuel Torres en el de D. Pedro estuvieron á gran altura y se esmeraron en su ejecución. Signorelli tradujo al italiano *La comedia nueva*.

El Barón, en dos actos y en verso octosílabo, no carece de algún mérito. Uno de los biógrafos de Moratín dice que «*El Barón* durará mientras haya memoria de la lengua castellana;» pero nosotros no opinamos del mismo modo, creyendo, por el contrario, que esta producción dramática es bastante inferior á otras de Moratín. Sea de ello lo que quiera, la obra se impuso, sin embargo de la oposición de la compañía que trabajaba en el teatro de los Caños del Peral; de la enemiga del gran actor D. Isidoro Máiquez, el cual no podía olvidar la ojeriza que su amigo el difunto García de la Huerta tenía á Moratín; y de las malas artes de que se valió D. Andrés Mendoza, oficial de la inspección de caballería y autor de la empalagosa comedia *La lugareña orgullosa*. Así termina *El Barón*:

¿Ves

como á este placer no iguala
otro ninguno? Esta es
la felicidad más alta:
Ésta... y los sueños que excita
la ambición, promesas falsas.
Vive contenta en el seno
de tu familia, estimada,
querida y en dulce paz;
que el fausto, la pompa vana
de las riquezas no pueden
hacer que disfrute el alma
estas dichas... ¡Infeliz
el que no sabe apreciarlas! (1).

Un aventurero (el Barón) intenta enamorar á una joven (Isabel), cuya madre (la tía Mónica), sin cuidarse de las aficiones de su hija á un joven del pueblo (Leonardo) y deslum-

(1) Acto II, escena XVIII.

brada por las riquezas que aquél espera y por el brillo de los blasones, se decide á casarles. El fingido aristócrata, viendo que un hermano de la madre (D. Pedro) se opone al enlace y que le amenaza con descubrir sus enredos y mentiras, y temeroso además de la actitud poco tranquilizadora del plebeyo galán, huye del pueblo, arrojando en su huída algunas cosas que había robado.

Se estrenó en el teatro de la *Cruz* el 28 de Enero de 1803. María Ribera hizo el papel de la tía Mónica, Antonio Pinto el de D. Pedro, Antonio Ponce el de Barón y Mariano Querol el de Pascual.

La mojigata, en tres actos y en verso octosílabo, se halla dedicada, como la anterior, al Príncipe de la Paz. Quintana, en la revista de *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, la encontró demasiado pálida, y Menéndez Pelayo, en los *Heterodoxos españoles*, afirma que es débil imitación del *Tartuffe* (1). No puede negarse que algunas veces Moratín se acuerda de Molière. Tales recuerdos abundan en las copias manuscritas que guardan todavía los curiosos entusiastas del poeta.

«Hija, en el mundo
el que no engaña no medra;
y hoy más que nunca conviene
usar de astucia y reserva.
Fingir, fingir...» (2).

Dos hermanos (D. Martín y D. Luis) educan á sus hijas (D.^a Clara y D.^a Inés), el primero, en el recogimiento y en la hipocresía, y el segundo, con cierta libertad y con el conocimiento del mundo. Ciertas ligerezas de la joven destinada al claustro se imputan á su prima; pero al fin se descubre la verdad, recibiendo severa lección el padre de aquélla (3).

Representóse en la *Cruz* el 19 de Mayo de 1804. Josefa Virg, en D.^a Clara; María García, en D.^a Inés; Francisco Vaca,

(1) T. III, pág. 281.

(2) Acto I, escena VII.

(3) Clara é Inés de *La mojigata* se parecen mucho á Clara y Eugenia de *Guárdate del agua mansa*, comedia de Calderón de la Barca.

en D. Martín; Antonio Pinto, en D. Luis; Antonio Ponce, en D. Claudio; Mariano Querol, en Perico, y Francisco López, en el tío Juan se hicieron aplaudir írecuenteemente.

La *primorosísima comedia*, como escribe el Sr. Menéndez Pelayo (1), *El sí de las niñas*, en tres actos y en castiza prosa, es fiel modelo del género escogido por Moratín y vivirá mientras haya literatura castellana. «El argumento envolvía una crítica fundamental del concepto de la familia al finalizar aquel siglo (XVIII), y en verdad que el triunfo de Moratín ha sido completo, pues ayudada aquella crítica por el general movimiento de las ideas en el propio sentido, se ha logrado evolución tal, que antes de cumplirse el centenario de *El sí de las niñas* se inspiraba en esa comedia otro gran poeta dramático, Ayala, para escribir *Consuelo*, que es un sí de las niñas invertido, que al morir el siglo XIX la lección ha de darse al revés...» (2). *El sí de las niñas* tiene por asunto mostrar los efectos ó consecuencias de la mala educación. «Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que llaman criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruídas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se les permite menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo» (3). Empeñarse en que una niña (Francisca), por consejos de su madre (D.^a Irene) y de las monjas, se case con un viejo (D. Diego), despreciando los amores de un joven arrogante (D. Carlos), es contrario á la realidad. Púsose en escena en el teatro

(1) *Heterodoxos españoles*, t. III, p. 281.

(2) D. Francisco Silvela, en *El Liberal* del 11 de Mayo de 1900.

(3) Acto III, escena VIII.

de la *Cruz* el 24 de Enero de 1806, siendo recibida con entusiastas aplausos por el público. María Ribera hizo el papel de D.^a Irene, Josefa Virg el de Francisca y Andrés Prieto el de D. Diego.

Aunque los enemigos de Moratín denunciaron como peligrosas las doctrinas de *El sí de las niñas* ante el tribunal de la Inquisición, el ilustre vate tuvo el apoyo y protección del Príncipe de la Paz.

No pocas alabanzas mereció también *La escuela de los maridos*, en prosa y en tres actos, traducida libremente y arreglada á nuestro teatro, y cuya representación tuvo lugar en el teatro del *Príncipe* el 17 de Marzo de 1812. El traductor Moratín era digno del autor Molière. Dos hermanos (D. Gregorio y D. Manuel) educan de distinto modo á dos huérfanas (doña Rosa y D.^a Leonor), con las cuales piensan contraer matrimonio. Consigue el uno que su pupila sea suspicaz é hipócrita; el otro, que sea franca y honesta. La primera se enamora de un galán (D. Enrique), hasta el punto de abandonar su casa para ser depositada. Cuando el tirano tutor, creyendo que la que tales cosas hacía era la pupila de su hermano, da consejos á éste y reprueba su sistema de educación, se descubre la verdad, teniendo que acceder al matrimonio de aquélla con el joven. En cambio, su hermana, agradecida á las bondades de su tutor, dice: «Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazón, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya». Josefa Virg hizo el papel de Rosa, María García el de D.^a Leonor, Gertrudis Torre el de Juliana, Isidoro Máiquez el de D. Enrique y Eugenio Cristiani el de D. Gregorio.

El médico á palos, en prosa y tres actos, traducida libremente de *Le médecin malgré lui*, de Molière, y corregidas las palabras poco decentes del original, se representó en Barcelona el 5 de Diciembre de 1814. La mujer de un cortador de leña (Martina), deseando vengarse de los malos tratos de su marido (Bartolo), hace creer á dos criados (Ginés y Lucas) de un señor (D. Jerónimo), cuya hija (D.^a Paula) se hace la enferma, que su mencionado marido es célebre médico, aunque éste lo niegue, porque su manía es *no manifestar el talento maravilloso que Dios le dió*. Añade que sólo á fuerza de

palos le harán confesar sus conocimientos en la profesión. Así sucedió al pie de la letra. La fingida enfermedad de la joven es la mudez y la verdadera es el amor que siente por un galán (Leandro). Habiéndose entendido el médico y el galán, el primero presentó al segundo como famoso boticario, logrando de este modo que hablasen los amantes y concertaran la boda. La joven dice: «Sí, padre mío, he recobrado el habla para decir á usted que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.» Bárbara Fort, Vicente Alonso y Felipe Blanco hicieron respectivamente los papeles de Martina, D Jerónimo y Bartolo. Moratín hubo de suprimir de la de Molière algunos personajes y escenas. Representóse en un día destinado al beneficio del gracioso Felipe Blanco, amigo de don Leandro.

La tragedia *Hamlet*, de Shakespeare, en cinco actos, traducida por Moratín, es una de las joyas más preciadas del teatro inglés. Si algunas de las notas que puso el traductor á la creación de Shakespeare aquilatan el mérito de la versión española, por lo que respecta á la traducción, tal vez minuciosa crítica encontraría algo que no estuviera conforme con el sentido del original. ¿Dónde halló Shakespeare el argumento de su tragedia? Seguiremos á Moratín, cuya exposición puede servir como modelo de lenguaje y estilo: «Hamlet, hijo de Hervendilo y Gerutha, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos en tal manera que su tío no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficción. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa joven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del día, y hablase con él, esperando que al verla depondría toda disimulación y daría lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debían ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia sólo se lo sugiriese, Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la corte por algunos días, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la reina

para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente.

Vino en efecto el príncipe, y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama, hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer y se los dió á comer á los puercos. Volvió después á verse con su madre, y asegurado ya de que no había espías que le oyesen, la reprendió asperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolución en que estaba de vengarse, haciéndole prometer, por último, que á nadie revelaría aquel importante secreto.

Viendo el rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató sólo de acabar con el príncipe por cualquiera medio que fuese. Envióle á Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel rey, y le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Éste, durante el viaje, mientras sus acompañantes dormían, logró apoderarse de los despachos que llevaban, y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso y escribió encima expresiones tan diferentes de las suprimidas, que así que leyó las cartas el rey de Inglaterra hizo ahorcar á los dos mensajeros, acogió al príncipe con extraordinarias muestras de amor y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año después de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y halló que, habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el rey á los señores de la corte: Hamlet, en el desorden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes; cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fué al cuarto del rey, que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados después los nobles del reino, justificó ante ellos su conducta y le aclamaron rey, y ocupó el trono, hasta que, habiéndose rebelado Wicleto, gobernador de Selandia, murió

á sus manos en una batalla, año de 3450 del mundo, quinientos cincuenta años antes de Jesucristo, según el cómputo vulgar.»

Juicio acerca de las composiciones escénicas de Moratín.

«En orden á las composiciones escénicas de Moratín, escribe la Real Academia de la Historia, es ocioso detenerse á ponderar su mérito. La aprobación y elogio general de los inteligentes, el aplauso constante de su representación en las tablas, las traducciones hechas en Francia, Alemania é Italia las han colocado ya entre las obras clásicas europeas, declarando á su autor digno del renombre de *Terencio español*. Lope de Vega mostró de lo que era capaz el ingenio abandonado á la naturaleza: Moratín ha mostrado lo que puede la reunión del ingenio y del arte. La lozanía desordenada de Lope extravió con su ejemplo á los que, sin tener su talento, quisieron imitarle: la austera corrección de Moratín, no dejando abierta otra senda que la de las reglas para su imitación, obliga á caminar por ella á los que aspiren a emularle. Lope fomentó la corrupción del arte en el tiempo que iba á sucederle: Moratín ha preparado su mejora y perfección en el nuestro. La lectura y estudio de sus obras no puede menos de contribuir á la propagación del buen gusto y á la deseada reforma de nuestro teatro» (1). Con efecto, Moratín trabajó asiduamente para llevar á feliz término el pensamiento que acariciaba toda su vida su padre D. Nicolás: la reforma del teatro nacional, según los principios del clasicismo.

Moratín, siguiendo el ejemplo de Molière, consideró que el arte dramático era resultado de principios ciertos é inalterables, y que, olvidados éstos, se malograban los mejores ingenios. Pensó que toda composición teatral debía tener una sola acción, á la cual debían acompañar las dos unidades de lugar y de tiempo. En Moratín, como en ninguno, se encuentra

(1) Prólogo, XIV y XV.

aquella facultad creadora para dar á las composiciones dramáticas la difícil facilidad, la fuerza de expresión y la constante apariencia de reunir la verdad y la virtud con el deleite. Teniendo esto en cuenta, dió la siguiente definición de la comedia: «imitación en diálogo (escrito en prosa ó verso) de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual, y de la oportuna expresión de afectos y caracteres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad, y recomendadas, por consiguiente, la verdad y la virtud.»

Si Moratín tuvo siempre presente las unidades de acción, de lugar y de tiempo, del mismo modo hizo gala de la sencillez en el plan.

En alguna de sus comedias no hay lo que se llama intriga, como sucede en *La comedia nueva* y en *El viejo y la niña*; pero cuando quiere enredar la acción lo hace magistralmente, pudiendo servir de ejemplo *El sí de las niñas*. El desenlace se verifica casi siempre por medios sencillos y naturales: en la comedia *El viejo y la niña* no se encuentra motivado, carece de éste y el fin no es tan moral como debiera.

Manejaba el diálogo Moratín de un modo admirable, como puede servir de muestra el de la escena IV del acto I de *El sí de las niñas*:

D.^a Irene.—Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. Diego.—Tiene un donaire natural que arrebatata.

Bellísimos son también los diálogos de D. Roque y Muñoz en *El viejo y la niña*.

Nadie iguala á Moratín en el gracejo, en los chistes y en la sal cómica.

Sirva de ejemplo el diálogo entre D. Eleuterio y D. Hermógenes en *La comedia nueva*.

D. Eleuterio.—¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que estos hombres gastan un lenguaje, que da gozo oírle!

D. Hermógenes.—*Aquila non capit muscas*, D. Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia.

Escena XI del tercer acto de *El sí de las niñas*:

D.^a Irene.—Conque, señor Diego, ¿es ya la de vámonos?...
Buenos días... ¿Reza usted?

D. Diego.—Sí, para rezar estoy yo ahora.

.....

No se negará, como hizo notar D. José de la Revilla (1), que falta el colorido y el vigor á algunas escenas entre doña Isabel y D. Juan en la comedia *El viejo y la niña*, y algo se nota también de esto en Leonardo de *El Barón*.

En suma: *El sí de las niñas* es una preciosa comedia, la mejor, sin duda, de Moratín. Encanta la delicadeza de esta obra dramática: sencillo es el argumento, natural su desarrollo y moral el fin. También es una joya *La comedia nueva*. Exigente crítico encontrará tal vez en esta producción dramática demasiada erudición, que llega á ser empalagosa. Son inferiores *El viejo y la niña* y *La mojigata*, y bastante inferior *El Barón*. *La Escuela de los maridos* y *El médico á palos* son sencillas por su argumento, y en algunas escenas campea con singular atractivo la *vis comica*. La traducción del *Hamlet* no añadirá más gloria á la conquistada por Moratín en otras producciones.

Paralelo entre Molière y Moratín.

El maestro y el discípulo son dos genios: el primero en la literatura francesa, y el segundo en la española. Si Molière fué el primero que combatió y logró desterrar de la escena á mediados del siglo XVII las composiciones plañideras, ridículas y desvergonzadas, Moratín tuvo que luchar con un público aferrado «á vejeces y novedades, á aciertos y locuras» y con los Comellas, Zabalas y Cañizares. Combatió las extravagancias de los mencionados poetas y los sepultó en el olvido. Además, imitó lo bueno que encerraba nuestro teatro antiguo,

(1) *Juicio crítico de D. Leandro Fernández de Moratín como autor cómico y comparación de su mérito con el del célebre Molière*, pág. 58.- Sevilla, 1833.

huyendo de las audacias de Lope de Vega y de Calderón. D. Tomás de Iriarte, en *El señorito mimado*, primera comedia escrita conforme á las reglas del arte, intentó reformar el teatro, empresa que llevó á cabo Moratín. Recrear é instruir fué el doble objeto que se propuso el autor de *El sí de las niñas*. Si Molière es más genial y enérgico que Moratín, éste es más delicado, sencillo y moderado en las palabras. Molière exageró con frecuencia lo ridículo, y Moratín nunca traspasó los límites de esta cualidad. Aunque muchos personajes de Molière son naturales, otros son caricaturas. Permittede atrevimientos, bufonadas y chocarrerías, sí del gusto del teatro francés y del italiano, contrarios á una sana crítica. El hombre sensato se reirá de las farsas, pero no las aplaudirá. Seguramente que á Boileau le causaron risa algunas farsas de Molière, lo cual no impidió que las censurase con energía. Moratín no siguió el camino de Molière, y el mismo D. Hermógenes del poeta español es un tipo verdadero y real. No lo es Mr. Jourdam de Molière. *El Tartuffe*, *El hipócrita*, *El misántropo* y *El avaro* son hermosos caracteres, pero exagerados. Pintó magistralmente los caracteres, subordinando á esto el plan, la conveniencia, la verdad y todo. Molière no respetó el decoro escénico: Moratín no traspasó la línea de la decencia. Molière cuidó poco de los desenlaces, á veces fríos y lánguidos: Moratín los llevó á la perfección. Aun admitiendo con Mr. Lemorcier, profesor de literatura en el Ateneo, que el desenlace de *El Tartuffe* obedece á los verdaderos principios del arte, nadie negará que los de *El sí de las niñas* y de *La comedia nueva* son más verosímiles y naturales. Molière fué á veces declamador y retórico: Moratín nunca mostró afectación. Si Molière se distinguió por el nervio y osadía que supo dar á sus personajes, Moratín dió á los suyos más realidad y consecuencia. Molière en *Le Tartuffe* y en *Le médecin malgré lui*, como en otras comedias, incluyó escenas que pudieran suprimirse y dió á algunas demasiada extensión: Moratín tuvo en esto exquisito cuidado. Es cierto que *Le Tartuffe* es la creación del genio de Molière, pero *El sí de las niñas* reúne todas las condiciones de la crítica más severa y aun exigente. Como traductor, se dirá que Moratín interpretó fiel-

mente á Molière en *La escuela de los maridos* y en *El médico á palos*. Molière fué el primer poeta cómico de Francia: Moratín no tuvo rival en España, y tal vez éste conoció mejor que aquél la sociedad en que vivía. Molière pintó, bajo capa de religión, hombres egoístas, mundanos y sensuales. «Si el *Tartufo*, decía Napoleón, hubiese sido escrito en mi tiempo, no hubiera permitido su representación.» Escribe Federico Schlegel que «no hay poeta cómico que haya podido igualarse con Molière» (1); pero Moratín, contemporáneo del escritor alemán, merece lugar distinguido al lado del autor de *Le Tartuffe*. Como afirma D. Juan Valera, «su teatro es un acabadísimo modelo de corrección, de elegancia y de gracia en el decir» (2).

Moratín como poeta lírico y satírico.

Si Moratín no aspiró á la gloria de poeta lírico y satírico, algunas de sus composiciones no sólo son dignas de fama, sino que pueden servir de modelo en nuestra literatura. «Su estilo y lenguaje, dice D. Juan Valera, tanto en sus obras líricas como en las dramáticas, son un dechado de elegancia y de pureza» (3). No todas las poesías líricas y satíricas están exentas de lunares; pero ¿qué obra humana no los tiene?

La toma de Granada por los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel.

Romance endecasílabo.

Así comienza:

Era la noche, y el común sosiego
por las opacas sombras se extendía,
y en medroso silencio los mortales

(1) *Historia de la Literatura*, t. II, pág. 193 Tr.

(2) *Historia general de España*, de Lafuente, continuada por Valera, t. VI, pág. 411.

(3) *Hist. gener. de España*, de Lafuente, continuada por Valera, t. VI, pág. 411.

con el sueño olvidaban las fatigas.

En la hermosa ciudad que Genil baña,
y el Darro con sus aguas fertiliza,
matizando sus cármenes de flores,
de frescas flores que el Abril envía,

Yace soberbio alcázar, cuya cumbre
del aire ocupa la región vacía;
palacio en tiempo del monarca moro,
que el regio trono granadino pisa.

.....

Y termina:

El sucesor invicto de Pelayo
y la excelsa matrona de Cestilla,
triunfantes entran, la cerviz pisando
del bárbaro poder y la herejía.

La fe y la religión iban delante,
que dirigieron la feliz conquista,
arrollando moriscos estandartes
y eclipsando las lunas enemigas...

Cante otro lo demás, si á objeto tanto
menos puede bastar que voz divina,
pues fatigada del asunto heroico
enmudece esta vez la trompa mía.

Lección poética.

Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana.

Comienza:

Apenas, Fabio, lo que dices ereo,
y leyendo tu carta cada día,
más me confunde cuanto más la leo.

Termina:

Mas cuando con sus manos soberanas
de laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quién debes el honor que ganas,
y agradécelo á mí que te instruído.

Entre las epístolas se citará la que dedicó *Al Príncipe de la Paz*, en lenguaje y verso antiguo, ó como escribe Mesonero Romanos, «aquella preciosa epístola en antigua fable» (1):

(1) *Memorias de un setentón*, pág. 23.

Á vos el apuesto complido garzón
asmándovos grato la péñola mía,
vos faz omildosa la su cortesía
con metros polidos vulgares en son;
ca non era suyo latino sermón
trobar, é con ese decirvos loores:
calonges é prestes, que son sabidores,
la parla vos fablen de Tulio y Marón.
..... (1)

También la epístola *El filosofastro* es de lo mejor que se ha escrito en lengua castellana. Así comienza:

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
locuaz declamador, á verme vino
en punto de las diez... . (2)

¡Qué sentida es la oda á la muerte de D. José Antonio Conde!

¡Te vas, mi dulce amigo
la luz huyendo al día!
¡Te vas y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
en el estrecho límite,
mudo tu cuerpo está!

Otra oda de mérito no escaso es la dedicada *Á la Virgen Nuestra Señora*, etc.:

Ya los felices campos que corona
profundo el Po, y el Átesis fecunda,
oigo sonar con voces de alegría
que repiten los ecos,
..... (3)

Sonetos.

La noche de Montiel.

¿Adónde, adónde está, dice el Infante,
ese feroz tirano de Castilla?
Pedro, al verle, desnuda la cuchilla,
y se presenta á su rival delante.

(1) *Autores españoles*, t. II, pág. 583.

(2) *Autores españoles*, t. II, pág. 586.

(3) *Autores españoles*, t. II, pág. 586.

Cierra con él, y en lucha vacilante
se postra, y pone al pecho la rodilla:
Beltrán (aunque sus glorias amancilla)
trueca á los hados el temido instante.

Herido el Rey por la fraterna mano,
joven expira con horrenda muerte,
y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano
la inocente virtud, si da la suerte
por un delito atroz una corona.

Á la muerte del excelente actor Isidoro Máiquez (1).

Tú solo el arte adivinar supiste
que los afectos acalora y calma:
tú la virtud robustecer del alma,
que al oro, al hierro, á la opresión resiste.

Inimitable actor, que mereciste
entre los tuyos la primera palma,
y amigo, alumno y émulo de Talma,
la admiración del mundo dividiste;

¿Á quién dejaste sucesor muriendo?
¿de quién ha de esperar igual decoro
la escena, que te pierde y abandonas?

Así dijo Melpómene, y vertiendo
lágrimas en la tumba de Isidoro,
cetros depone y púrpura y coronas.

Bellos son todos los romances y sirvan de ejemplo los siguientes:

Á un ministro.

Ayer salí de mi casa
muy afeitado y muy puesto,
encaminado á la vuestra
como de costumbre tengo,
para anunciaros felices
pascuas, salud y contento;
buen remate de Diciembre
y buen principio de Enero.

.....

(1) Admirable soneto, escribe Mesonero Romanos. *Memorias de un setentón*, pág. 191.

Al Conde de Floridablanca.

Musa, mañana sin falta
 has de llevar un recado;
 oye la lección, y cuenta
 con alterar un vocablo.

.....

Los epigramas siguientes son dignos de figurar entre los mejores del Parnaso español:

A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos.

Pedancio, á los botarates
 que te ayudan en tus obras
 no los mimes ni los trates:
 tú te bastas y te sobras
 para escribir disparates.

Al mismo.

Tu crítica majadera
 de los dramas que escribí,
 Pedancio, poco me altera:
 más pesadumbre tuviera
 si te gustasen á ti.

A un mal bicho.

¿Veis esa repugnante criatura,
 chato, pelón, sin dientes, estevado,
 gangoso y sucio y tuerto y jorobado?
 Pues lo mejor que tiene es la figura.

Epitafio.

Por el estilo conciso y primoroso se citará el que escribió en 1808, para que se colocase en la tumba de D. Francisco Gregorio de Salas:

En esta veneranda tumba, humilde
 yace Silicio: el ánimo celeste,
 roto el nudo mortal, descansa y goza
 eterno galardón. Vivió en la tierra

.....

Entre las *composiciones diversas* se encuentra la bellísima *Elegía á las Musas*:

Esta corona, adorno de mi frente,
esta sonante lira y flautas de oro,
me disteis, sacras Musas, de mis manos,
trémulas recibid, y el canto acabe,
que fuera osado intento repetirle.

..... (1)

También *Los Padres del Limbo*:

Coro.

¡Oh cuánto padece de afanes cercada,
merced al engaño de fiero enemigo,
en largo castigo la prole de Adán!
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,
y dé sus promesas el cielo cumplidas,
que ya repetidas en sombras están.

.....

Como muestra de traducciones, servirá de ejemplo:

A Póstumo. H. 14.

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
ni la santa virtud el paso estorba
de la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.

.....

Traducción de Pablo Rolli:

—¿Quieres decirme, zagal garrido,
si en este valle, naciendo el sol,
viste á la hermosa Dórida mía,
que fatigado buscando voy?

—Sí, que la he visto pasar el puente,
y á los alcores se encaminó:
un corderito la precedía,
atado al cuello verde listón

—¿Sólo el cordero la acompañaba?

—También con ella iba un pastor.

(1) *Autores españoles*, t. II, pág. 611.

—¿Lícidás?—Ese; Lícidás era.
 Mas ¿qué te asusta? ¿qué mal te dió?
 —¡Ay, vaquerillo! ¡Qué feliz eres!
 Pues aún ignoras lo que es amor.

Fragmento de *La Huerteida* (poema burlesco) y un soneto que conservaron en la memoria D. Juan Antonio Melón y don Manuel Silvela (1).

Moratín ponía en boca de Huerta los siguientes versos:

¿Y Virgilio? Virgilio era un gandumbas.
 ¿Acaso no sé yo lo que él sabía
 y hasta dónde llegaba en sus alcances?
 Que cotejen á ver sus poesías,
 que las cotejen con mis tres romances.
 Él jamás de su asunto se desvía,
 y refiere sin gracia muchos lances;
 él imitó como cualquier bolonio:
 y yo, ¿de quién imito? Del demonio.

.....

Decía Huerta, hablando de París:

París, la gran París ya me vió un día,
 en sus concursos más acreditados,
 la vena confundir y la armonía
 de los cisnes del Sena celebrados,
 y cuando su Apolo, su Voltaire vivía,
 aquel que en frigidísimos y helados
 versos cantó de su saber por fruto
 la Alcira y Haira, el Mahomet y el Bruto.

Allí vi de Racine alguna cosa,
 cuando la Dumenil representaba;
 ¿Y qué? Si cuando aquella actriz famosa
 se esforzaba mejor, más se notaba
 la pesadez insulsa y soporosa,
 la regularidad que Francia alaba:
 reglas malditas, arte encarecida,
 que he despreciado yo toda mi vida.

Más de catorce tomos tengo escritos,
 que de puro escribir me he vuelto loco;
 y en corrigiendo algunos defectitos,
 dos ó tres, porque yo corrijo poco,

(1) Bib. Nac. (P. V., c. 29, fol. núm. 26).

se quedarán todos tamañitos,
 como los niños cuando viene el coco.
 ¡Si se imprimieran! ¡Pobre Betinelli,
 Tiraboschi, Masson y Signorelli!

¡Si se imprimen...! no hay más, los hago astillas.
 ¡Pobres pelotas! ¿Si querrán que sea
 tan indulgente yo como Lampillas?
 ¿Ó que mi musa lleve la librea
 del tímido y mezquino Cabanillas?
 Contra bichos mi numen no se emplea;
 para acabar con tan maldita casta,
 con que yo suelte un estornudo, basta.

Basta... ¿y no ha de bastar? ¡Haya virotos!
 ¿No soy entre los árcades activo,
 ínclito paladín? ¿Saben los zotes
 que ya en las lenguas de la fama vivo?
 ¿Y que desde los rudos hotentotes
 al sabio inglés, al musulmán activo,
 escuchan las naciones con espanto
 y religiosa adoración mi canto?

Estando en Barcelona hizo este soneto en lenguaje vulgar y payo, que nunca quiso dar á nadie:

El pobre Polidemo dijo un día:
 Basilio, tu gobernarás mi hacienda,
 y aunque todo se gaste, empeñe y venda,
 siendo tu voluntad, será la mía.

Pagaré numerosa compañía
 que á mí me insulte y á tu gusto atienda;
 entrégate al placer, cena, merienda,
 no estorben mis pesares tu alegría.

Aunque soy ignorante, será bueno
 hacerme más estúpido y más tonto,
 que los estudios para mí son malos,
 y si es que alguna vez me desenfreno,
 trátame con rigor, átame pronto,
 y si tengo razón, dame de palos.

J. O. R.

(Continuará.)

EL MARIDO MODERNISTA

POEMA PROSAICO

Rasgando tinieblas
la pálida luna
con luz importuna
dibuja los bultos que surgen doquier;
de prisa cruzando
por calle desierta
distingo encubierta
airosa, elegante y esbelta mujer:
el vestido
ya de intento
recogido
contra el viento
que moleta por demás;
con cuidado
su faz tapa;
embozado
yo en mi capa
de la dama voy detrás.

Un silencio sepulcral
reina en la calle; al final
descubrir se me figura
la siniestra catadura
de un guardia municipal.

Brilla la tierra escarchada,
lo cual prueba que la helada
va apretando, zumba el viento
y de una nube argentada
recúbrese el firmamento.

La mujer parada queda
como en sitio convenido,
y acercándome atrevido
siento ya crujir la seda,
la seda de su vestido.

Pero aquí la sangre mía
se heló, pues vi que venía
pisándome los talones
con cierta descortesía
un oficial de dragones.

Á la dama se acercó
sin hacer caso de mí,
su mano luego estrechó,
apasionado la habló
et point de ceremonie.

Á perseguirles acierto;
ella con gracioso modo
dejó el rostro descubierto,
y yo quedé medio muerto,
cuando no muerto del todo.

Esa mujer que afanosa
se fué sin temor al frío
á una cita misteriosa,
era *soi disan*, la esposa
de un señor amigo mío.

Sin salir de mi extrañeza
me acerqué, miré, tosí,
y con súbita presteza
ella volvió la cabeza,
y yo desaparecí.

Dejé aquellos lugares pensativo...
Mas, alto aquí, lector: si te parece,
cambiaremos de metro con motivo
de que la historia en interés acrece,
y llegamos del cuento al objetivo,
además que la cosa lo merece,
pues para describir escenas tales

conveniente es poner octavas reales.

¡Compromiso fatal! Esa señora,
bella como la Venus Citerea
y falsa cual sirena engañadora,
infidel, con el amante se pasea,
y en tanto su marido hora tras hora
calentándose está á la chimenea.
¿Qué hago, lector? ¿Le aviso? ¿No le aviso?
¿Le parece á usted flojo el compromiso?

Si callar el secreto me propongo,
cómplice soy de la mujer artera;
si canto, al matrimonio le indispongo;
el asunto se pone de manera
que partir por mitades un diptongo
mayor dificultad no me ofreciera;
pero, en fin, á su casa me encamino
y cúmplase *la forza del destino*.

El marido, sentado en su butaca
de rica seda y de pintadas flores,
cuando llego me ofrece la petaca
henchida de cigarros superiores;
elijo el que entre todos se destaca
por su forma, su aspecto y sus olores,
y como un caballero me lo fumo
viendo las espirales que hace el humo.

La sensatez usando y la cordura
que aconsejan las prácticas sociales,
referí yo al marido la aventura,
sin darle pelos, pero sí señales:
escuchó mi relato con finura
contando de la bata los ojales;
en su muelle butaca puso el codo
y me habló de esta suerte y de este modo:

—El pingüe dote de mi cara esposa
me hace dueño feliz de mi albedrío,
y en tanto el cuerpo entre *moiré* reposa
con *il dolce far niente* á gusto mío,
se me importa del mundo poca cosa,

que yo del mundo y aun de ti me río.
Siendo yo pobre y rica mi costilla,
la solución del caso es bien sencilla.

Quedéme al escucharle sorprendido,
y loco de furor tomé el portante;
no parece verdad que haya un marido
de humor tan placentero y arrogante
que sufra por mirarse enriquecido
de su mujer la falsedad constante.
Nunca yo consintiera tales tratos,
y eso que soy un triste pelagatos.

¡Oh, mundo, cómo estás! ¡Con qué porfía,
y tolera á mi pluma este lamento,
el hombre ha abandonado la hidalguía,
cerrando el corazón al sentimiento!
El marido que ayer noble se erguía,
hoy ya se moderniza en un momento.
De éstos, lector, que la moral condena,
conozco yo en Madrid media docena.

CARLOS CAMBRONERO.

REFORMAS SOCIALES

XIV

**La mujer.—Su concurso para la obra del progreso.—
Clases sociales.—Matrimonios.—Crímenes hoy no
castigados.**

Habrás comprendido, mi muy querido amigo, que cuanto expongo en esta serie de epístolas, relativo á trabajo, educación, deberes y derechos, es extensivo á la humanidad toda, y por tanto á mujer y varón, pues ambos sexos constituyen la especie.

Jesús emancipó á la mujer, y la Iglesia se vió obligada á imponerle iguales obligaciones que al hombre, reconociendo que es acreedora á los mismos premios y castigos.

La ley civil, injusta y falta de equidad, niega al bello sexo muchos derechos civiles y casi todos los políticos. No le concede el ejercicio de cargos públicos, fuera de excepciones contadas; no le da participación en el poder legislativo, pero, en cambio, cuando delinque la castiga lo mismo que al hombre; en el orden tributario le exige los mismos desembolsos que á él.

Examinando las consecuencias del retraimiento de la mujer bajo el doble prisma de la conveniencia y la economía, resulta que ha retrasado el adelanto de las ciencias y de las artes notablemente, así como la producción, y por lo tanto la riqueza. Pudiera sostenerse que con su concurso hubiesen alcanzado doble grado de adelantamiento del que hoy tienen, si á aquéllas, ó sea á las ciencias y artes, se hubiera aplicado doble esfuerzo del que se empleó.

La civilización, bajo cualquier punto de vista que se consi-

dere, pierde un cincuenta por ciento con el retraimiento de la mujer; ó lo que es lo mismo, todos los ramos del saber se encontrarían doblemente adelantados, si ella, que constituye la mitad del género humano, hubiese contribuido á su fomento en igual escala y proporción que el hombre.

No admitirán estos cálculos los que la consideran inferior, por su naturaleza, al varón, fundándose en que su cerebro pesa menos. Olvidan los que tal sostienen que «las masas cerebrales se aprecian por su volumen relativo y no por el absoluto.» Pero aunque así fuese, es lo cierto que dependiendo del cerebro la forma del cráneo, y aumentando todo órgano con el ejercicio, aumentaría en la mujer si en vez de estar en la inacción cultivase el estudio.

No puede aplicarse esto á la mujer en las aristocracias y en la clase media, como no puede estudiarse, con fruto, al pájaro en cautividad, ni al león prisionero en un jardín de aclimatación zoológica. Cuando se trata de la resistencia física de la mujer, debe tenerse en cuenta su valor y arrojo en las guerras en que toma parte, ya en el campo de batalla, como hermana de la Caridad, ya en las plazas sitiadas, llevando á cabo actos de heroísmo imponderables.

Es frecuente que se tome por aficiones, tendencias, gustos y defectos inherentes al sexo los que son debidos á su estado de retraimiento y á vicios de educación.

Es frecuente oír asegurar que la mujer ha nacido *sólo* para amar, como si el amor no fuese el principal deber de la humanidad; como si Moisés hubiera recibido sólo para ella, y no también para el varón, aquella ley santa y sublime que se encierra en dos grandes preceptos: amar á Dios y amar al prójimo.

En la actualidad reciben educación deficiente y defectuosa, y la educación sabida es que constituye una segunda naturaleza.

Se fomentan en ella exageradamente gustos, tendencias y aficiones determinadas y, en cambio, se atrofian otras.

El matrimonio, base de la sociedad, está llamado á sufrir importantes modificaciones, aunque sólo sea por la supresión de la diferencia de clases. Sucede con éstas algo de lo que acontece con las aristocracias, que llevan en sí el germen de muerte prematura y vergonzosa. Parece que se forman con el

deliberado propósito de que duren poco, porque al prohibir los matrimonios con individuos de fuera de ellas, que son reducidas, decretan la decadencia física é intelectual en sus sucesores: al cerrarles las puertas de la mayor parte de las profesiones científicas y artísticas las condenan á la ignorancia, hermana carnal de la servidumbre, y creándoles necesidades y exigencias, á la vez que no les conceden medios de enriquecerse, las colocan á las puertas de la pobreza.

Hay, además, en las aristocracias el contrasentido de que sea más estimada la familia á medida que es más antigua, es decir, aquella cuyo mérito se remonta á tiempos más remotos. Lo natural sería que el noble lo fuese por hechos propios ó por lo menos de sus ascendientes más próximos. Lo contrario esteriliza el estímulo y hace la envidia, infructuosa para el bien, en sentido de que no puede transformarse en noble emulación.

Las clases privilegiadas son poco numerosas, constituyen como grandes familias, y las uniones que se verifican entre individuos pertenecientes á ellas resultan casi consanguíneas, debilitándose la prole, que es cada vez más raquítica, enfermiza é ignorante. Como contrarias á la naturaleza, las limitaciones para elegir consorte tienen grandes inconvenientes. Es uno de ellos el de que al sostener relaciones con persona de clase inferior, si el matrimonio se efectúa, queda en mal lugar entre los suyos el privilegiado, y si no se efectúa resulta un concubinato altamente inmoral, que hace odioso al noble entre los de clase inferior. De todos modos, contribuye poderosamente al odio de razas y entorpece el mejoramiento de la especie.

No son lícitas muchas uniones, aunque estén revestidas de todo el ceremonial prescrito por las leyes canónicas y civiles. Pudieran llamarse «concubinatos hipócritas» los matrimonios en que no se tiene en cuenta el amor; en que ella, él, ó ambos venden su pudor al interés ó á la posición social.

Se da grande importancia al adulterio cometido por la mujer y muy escasa al del marido. Fúndanse para establecer la distinción en que tal delito en ella puede llevar á la familia seres que compartan con los hijos legítimos bienes, cuidados y atenciones que no les pertenecen. La falta cometida por el marido no ocasiona perturbación de esta índole en la familia.

Tal razonamiento resulta desprovisto de todo principio de justicia y equidad, porque el fruto de la adúltera, por ser hijo de ella, tiene realmente derecho á los cuidados de la madre. En lo que gasta y hereda hay algo que le corresponde por derecho propio. La adúltera cumple su misión como madre; él, por el contrario, lleva la perturbación y la deshonra á la familia ajena: crea en ella un nuevo ser; no participa de ningún inconveniente ni desgracia: abandona al hijo para que otro lo eduque y sustente.

Al extenderme en estas consideraciones he tenido el propósito de llamar tu atención acerca de lo deficiente é imperfecta que bajo todos aspectos es la actual organización social. Con lo que á tan grandes rasgos vengo describiendo (en cuyos detalles no entro porque haría estas cartas interminables), al alcanzar la humanidad un alto grado de moralidad y cultura, mayor respeto que el que se tiene hoy por los buenos á la propiedad material se tendrá á la *propiedad* en el sentido lato de la palabra, esto es, á la moral, intelectual y material.

Todos debemos contribuir á que llegue un día en que herir en lo más mínimo honra, libertad ó amor, aprovecharse indebidamente del producto de la ajena inteligencia, tenga más gravedad, mucha más, y sea, por tanto, deshonroso é in-noble en mayor escala, que hoy tomar dinero ó alhaja ajena con violencia de persona ó cosa, aprovechando nocturnidad, confianza de la víctima, superioridad sobre ella y dificultad de que puedan llegar auxilios á aquélla por estar en despoblado el teatro del crimen.

XV

Dónde se encuentran las ideas salvadoras. — Á lo que conduce el desnivel entre el adelanto material y el atraso en el orden moral. — Programa socialista. — La humanidad en el porvenir.

Por grande que sea tu apasionamiento, por muy ofuscada que esté tu clara inteligencia, no podrás menos de conceder, mi muy querido amigo, al meditar acerca de lo expuesto á

vuela pluma en mis cartas anteriores (en las que puede leerse bastante entre líneas), que la organización social actual es inmoral en grado sumo, contraria á los deberes del hombre, y cabe reorganizarla bajo las bases apuntadas, de conformidad con la naturaleza y, por tanto, de la equidad, de la justicia y de la virtud.

Si esto es así, hay que convenir necesariamente en que es un crimen contribuir, siquiera sea pasivamente, á que continúe imperando la iniquidad.

Ya habrás observado que ninguna de las ideas fundamentales expuestas por mí en esta serie de epístolas es nueva ni propia. Si quieres conocerlas con detenimiento, nada más fácil: busca la ampliación de cuanto llevo expuesto en los Evangelios, y no olvides que el creyente ha de esperar que todos los preceptos de Jesús se pongan en práctica, porque para que quedasen incumplidos es claro que no los diera Aquel que no puede engañarse ni engañarnos.

Si continúa el desnivel entre el adelanto de las ciencias físicas y el estancamiento de las morales, es indudable que llegará día, no lejano quizás, en que la situación se haga insostenible. La maquinaria reemplaza al hombre en muchos casos: cada nuevo invento exige el trabajo de menor número de obreros; la población entre tanto crece, y la excedencia de ella no puede exterminarse, entre otras razones por la de que no es de suponer que lo consienta. Por lo menos ha de luchar, puesto que la lucha está entablada.

Al desaparecer en el pobre el sentimiento religioso ha dejado de existir el freno, de fuerza incalculable, de que tanto se ha abusado. Al extinguirse en el rico aquel sentimiento se ha hecho aún más odiosa la explotación y más inevitable la resistencia en el explotado.

De los dos medios de dominio, la persuasión y la fuerza, queda sólo el último. La fuerza está aún en los ejércitos por la falta de unión de las masas populares. Ya se unen y se organizan y, por si esto no bastase, tratan de romper la disciplina militar, de conquistar al soldado, por cuyo camino han avanzado mucho los socialistas.

No es el programa de éstos el que se desprende de todo lo

por mí expuesto. No tienen programa, propiamente dicho, lo que se llaman ordinariamente «socialistas». Lejos de inspirarse en las doctrinas que me han inspirado al escribirte, anímanles, al parecer, sentimientos de odio y venganza, deseo de bienes materiales. Tratan de destruir sin haberse detenido á pensar qué edificarán después, y consideran la fuerza material como medio único para alcanzar el triunfo.

La fuerza material estará bien empleada siempre que sea en apoyo de la justicia y la necesidad imponga este recurso extremo. Para que tal caso llegue, es necesario haber agotado todos los demás medios legales.

Pudiera el triunfo de ellos, en vez de ser beneficioso, iniciar en la historia de la humanidad un retroceso que retardara, en vez acelerar, el día, que ha de llegar, en que sean un hecho las reformas sociales que, en lo sustancial, quedan descritas en estas cartas, ó sea, entre otras, el desarrollo por igual, en todos los individuos de la familia humana, de sentimiento, inteligencia y musculatura: distribución equitativa y alterna de trabajo en las tres indicadas fases; disfrute cada individuo de una parcela de tierra cultivable y de una casa; matrimonios por inclinación sin sujetarse á determinada clase.

Tal sistema mejoraría la especie en todos conceptos, y la muerte de un conciudadano, por avanzada que fuere su edad, sería sentida por propios y extraños, aparte de otro género de consideraciones, por la de que ningún bien material reportaría á nadie y sí, en cambio, la pérdida de una vida supondría disminución de la riqueza, pues riqueza es el trabajo, y en grande ó en pequeña escala, según la edad, á él se dedicaría todo hombre mientras viviese.

Muchos suponen que un estado de perfeccionamiento moral y material es imposible y contrario á la naturaleza, puesto que la extensión de la tierra es limitada é incalculable el crecimiento de la población en largo período de paz y prosperidad. En mi próxima procuraré demostrarte que no debe temerse el indicado conflicto.

XVI

Opinión de Moltke y de Brialmont respecto á la guerra.—Extensión del globo terráqueo.—La creación no terminada.

Se supone que si la higiene, la moralidad y cultura llegan á tal grado de adelantamiento que se consigue abolir las enfermedades, si no hay guerras ni crímenes y la población crece constantemente, pronto la plétora de ella producirá el hambre, y como consecuencia de ésta los crímenes aislados y las guerras serían necesarias para restablecer el equilibrio.

La admisión de la existencia de tal peligro no justifica la resistencia del mejoramiento de la sociedad, pues equivaldría á aconsejar el homicidio que, indudablemente, evita á la víctima las enfermedades y disgustos que le aguardan si continúa viviendo.

Según Moltke, «en interés de la misma humanidad, en beneficio suyo, hay que desear sinceramente que de cuando en cuando sobrevengan grandes guerras que cubran los campos de cadáveres, grandes epidemias que diezmen las poblaciones de las ciudades. Cuando un organismo está excesivamente pletórico, se hacen indispensables las sangrías copiosas. Un siglo entero sin guerras mortíferas, sin epidemias crueles, un siglo de paz y de salud sería para la humanidad el más formidable de los peligros, el más horroroso de sus males.»

Otro general, Mr. de Brialmont, dice que «como la población crece indefinidamente, en tanto que la producción de las subsistencias queda limitada por la extensión y el rendimiento de las tierras, llegará fatalmente el momento en que el equilibrio entre la población y la producción quedará roto, y no podrá restablecerse más que por la desaparición de aquellos que no encontrarán ya sitio en el banquete de la vida.»

Los generales no son los llamados á dilucidar estos problemas. Han de sostener la necesidad de las guerras; han de tratar de disculpar sus horrores.

Son erróneos todos los cálculos formados respecto al máxi-

num de habitantes que podría alimentar la tierra. Se supone que la superficie del globo es de 510.000.000 de kilómetros cuadrados, y si de ellos 374 están hoy cubiertos por los mares, no se sabe si éstos en lo porvenir aumentarán ó disminuirán en extensión.

Las estepas y desiertos podrán convertirse en tierras habitables y laborables, si el hombre consigue distribuir el calor como le convenga. Los mares guardan riquezas de substancias animales y vegetales, propias para la alimentación, quizás no explotadas ni conocidas. Mr. Berthelot supone la futura manutención de la humanidad asegurada exclusivamente por los productos químicos del porvenir y prescindiendo por completo de la carne.

Lo que el hombre haría para retardar el conflicto es incalculable, porque como es un ser perfectible, han de tener las generaciones venideras recursos mayores que las pasadas y presentes.

Debe tenerse muy en cuenta que la creación no está terminada y que Dios es providencia. Él es, pues, el llamado á evitar el conflicto que se supone puede existir para las generaciones futuras; pero cuando el globo se encuentra des poblado, cual hoy sucede, aconsejar la guerra para evitar plétora de población en lo porvenir, vale tanto como sostener que sería conveniente matar á los niños á fin de librarles de los achaques de la vejez.

JOSÉ ROCA DE TOGORES.

ROMANCE HISTÓRICO ⁽¹⁾

IV

¡Huid, nieblas hiperbóreas!
¡Acceso franco á la luz!
y evoquemos de la lira
al régulo que en Tibur
en copa libó de Chipre,
lejos de sede curul,
rancio néctar de Falerno
con miel de Himeto. Ningún
ingenio cantar pudiera
cual de hacerlo hubieras tú
la empresa que, por España,
realizó el nauta ligur.
De Luso á la verde playa
vino en alas del querub
para encontrar en Castilla
el más allá del *Non plus*.
Á la ciencia en Corogeo
presto se unió la virtud
de la corona Católica
para ayudar al augur
que entrevía el *contrapeso*
de Europa... allá... en Calicut.
Como al *Corpus* amparaba
el bizantino tisú,
Dios quiso que al ginovés,
bajo el purísimo tul

(1) Véase la pág. 579 del tomo anterior.

del cielo onubense hallara
pardo monje, fausto albur,
que cual Mecenas albano
templó del nauta el alud,
la verdad y el bien latiendo
bajo el sayal y el capuz.
Si á Granada enriqueció
de Aladín la flama azul,
ó la impureza y la usura
del sectario del Talmud,
cuando en el minar ondeen
monogramas de Jesús
á Span tornan prepotente
criaderos del Perú.
¡Bogue el galeote! ¡Crujan
antenas cien del laúd!
Quiebre el bravo rompeolas
de Moguer el *andalus*,
reemplazada la muslime
media luna por la cruz,
rey *chico* por gran princesa,
buen yelmo por mal tarbuc,
Cristo que aplasta al Nebí,
mal inspirado Thagut;
la gualda y roja tremole
por doquiera del Astur.
¡Despierta! Gonzalo en Córdoba
blandió su colada. ¡Sus!
Ríndese el planeta dócil
bajo la férrea segur:
los de Ulisea circundan
el tormentorio zulú,
el celta pasa el Noroeste,
Magallanes dobla el Sud
y Nereo nuestras proras
lleva al reino de Mangú.

V

Robustézcase la fe
viendo renacer á Psiquis,
que un tarraconense halló
otra fontana de Dirce
donde templaba el acero
undoso Salo, de BÍlbilis.
En el jaspe de la Cíclada
esculpirá otro Cellini
de las Navas y el Salado
los sacratísimos timbres;
á Engracia en César-Augusta,
más que veneranda virgen
de aquella legión de mártires,
cifra, norma, verbo, estirpe,
no han de faltarle poemas
ni vate que le haga epigrafes;
¿por qué no tal remembranza
á la hermosísima síntesis
de ocho centurias de hierro
que con las naos de Tifis
hundiéronse en el abismo
cuando España fué á Borinquen?
Dormido está el derrotero
del cosmógrafo que, triste,
en Olisipo, Lutecia
y Lugdun galeras pide.
¡Horridas conflagraciones
del ánimo! ¡Femeniles
demencias de la fortuna!
¡Ardides nauseabundos!
¡Medusas de la ira humana!
¡Eterno disfraz del crimen!
No hurteis al genio sus alas,
cual expoliadores viles:
el genio es Dios que descende

á un cerebro y lo bendice.
En tanto, lucha Cristóforo
con mil áulicos serviles
y dedica al Omnisciente
su profano apocalipsis.
De la decepción la sombra
de Atropos, la horrenda esfinge
surgen del nauta en presencia
y entonces el premio consigue:
de Beatriz las caricias
(que al amante alienta Cipris)
y el auxilio de una Reina
honor de una raza insigne,
prez de matronas iberas
desde Galindo hasta Alcipe,
la que inició la gloriosa
senda á austriacos paladines.
*Que un pacto infernal sin duda
al mar proceloso lique*
para abatir á la Cruz
y estrellarla ante la sirte
poco importa; cuando el nauta
¡Sálvanos! con Pedro grite,
conseguirá que del Ponto
las galernas se apacigüen
y el pescador calmará
las borrascas con el iris.
¡Avizor! Pueblos y razas
escépticos ó pueriles:
ya se oye el cetro tridente
que hunde á la sármata Circe
y desliga de sus brazos
mendaces al buen Ulises;
de tornasolado nácar
suenan ingentes clarines
con que su furor aplacan
Cimotöe y Anfitrite.
Termola la Cruz: la estela

alumbra la azul planicie,
en la carabela hispana
va el sacro amuleto Ancile
conservado por los Salios
que anclan en el mar Caribe,
¡Eureka! Ya ha demolido
God la columna de Alcides;
Numancia en Calpe borró
los tenebrosos confines.
¡Perpetúen esta hazaña
veros, péñolas, buriles,
ya que Iberia su renombre
llevó en empresa difícil
desde donde nace el sol
hasta donde el sol se extingue!!

ENRIQUE PRÚGENT.

LA CRIMINALIDAD

EL CRIMEN Y EL CRIMINAL SEGÚN LAS ESCUELAS MODERNAS DE CRIMINOLOGÍA (1)

CAPÍTULO III

La formación del criminal y los factores que á ella concurren.

I

Resulta de cuanto venimos diciendo que en la criminología moderna, bastante más científica que la anterior, y menos saturada que ésta de abstracciones y de ideologismos, y por lo mismo más encaminada á fines prácticos positivos, invirtiendo los términos bajo los que era considerada por el *clasicismo*, *sancta sanctorum* de los *misoneístas* juzgadores históricos, se concede mucha mayor importancia al estudio del delincuente, del llamado *sugeto* del delito, que no al de éste, pues si es convenientísimo fijar con toda claridad la naturaleza, caracteres y clases de los hechos que deben ser objeto de sanción penal como dañosos á los miembros de la sociedad y á esta misma, lo es también y en mayor grado el conocer con cuanta exactitud sea posible al autor de tales hechos, para que sean adaptables á él y verdaderamente eficaces las medidas preventivas y represivas que la sociedad adopte como defensa. Nos parece casi inútil detenernos en demostrar la utilidad de este estudio. Haremos, sin embargo, brevísimas consideraciones.

(1) Véase la pág. 89 de este tomo.

«Era axioma de la antigua ciencia médica,—dice el doctor Marro al comenzar la parte histórica de su tan estimable libro *Los caracteres de los delincuentes*, en el tratamiento y curación de las enfermedades humanas, la investigación de las causas que las producen y sostienen, á fin de buscar los medios para combatirlas con éxito. No se mitigan, y mucho menos se curan, ignorando ó disimulando el mal. La sociedad, como muy bien ha notado Guerry, tiene grandísimo interés en conocer á los que más la dañan. Uno de los males más amenazadores de la sociedad lo es la delincuencia, puesto que conmueve sus cimientos y de continuo se opone á su bienestar. Estudiar y conocer sus verdaderas causas es dar el primer paso en el serio intento de combatirla. ¿Cuál es la causa de la delincuencia? ¿Qué es lo que conduce al hombre á deshacer los lazos sociales que le unen con los otros hombres? Á ello le compelen, ó la perversión de la voluntad, ó el predominio de influencias externas.»

La criminalidad es un hecho complejo que obedece á distintas causas, y no únicamente, cual con casi unanimidad se ha sostenido, la libre y consciente voluntad del hombre, como complejísimo es también el delito, socialmente considerado. Esto, conforme expresa Vaccaro en su *Génesis y funciones de las leyes penales*, «no es otra cosa que una consecuencia de la falta de adaptación á las condiciones especiales á que conduce al hombre la lucha por la existencia». Sobre la delincuencia obran diversos factores, que son los que hemos clasificado y analizado, y los mismos concurren también á la formación de los criminales.

De tales factores, los que revisten un carácter social, y después los individuales, son los que principalmente obran sobre gran número, sobre la casi totalidad de los verdaderos delincuentes, y en especial sobre los profesionales. Demostración de este aserto la encontraremos al considerar, como lo haremos, los delitos y los delincuentes contra la propiedad. No puede conocerse bien ni combatirse con éxito la criminalidad general de un país, sobre todo la profesional ó habitual, sin estudiar y conocer al malhechor, su naturaleza, sus instintos, sus sentimientos, sus inclinaciones, sus hábitos, sus pasiones,

sus debilidades, sus anomalías, su lenguaje, sus modos de ejecutar los atentados, sus asociaciones, sus puntos de reunión, su literatura, etc., etc. De aquí la utilidad suma de las investigaciones y de los trabajos que en tal dirección se hacen por los antropólogos criminalistas, por los sociólogos y aun por algunos, desgraciadamente muy pocos, jurisconsultos. Siendo como es la criminalidad una llaga social que desde el individuo donde nace pasa á la agrupación, que va comunicándose de unas á otras como las enfermedades infecciosas se comunican, y que concluye por afectar, aunque de muy distinto modo, á la comunidad entera, para reducirla y atenuarla en sus efectos hay que obrar primeramente sobre las *células*, digamoslo así, en que se ha presentado el germen, y le sostienen y difunden; hay que procurar el mayor conocimiento posible de la naturaleza de dicho germen y de la particular de los seres en que se manifiesta, y conocer asimismo las influencias que han actuado.

La *embriología* del mal y su *diagnosis* han de preceder necesariamente á la *terapia*. Pensar en la aplicación de un plan curativo sin saber nada ó muy poco de la constitución orgánica, de la fisiología del enfermo y de las causas particulares que han podido determinar la enfermedad, nos parece un absurdo. Lo mismo puede decirse con referencia al terreno jurídico en general, y en especial á la criminología. Ni la delincuencia ni el delito pueden combatirse eficazmente sin el conocimiento previo de la naturaleza y circunstancias del malhechor y de las influencias á que se ha visto sometido.

Las mismas causas que determinan la criminalidad de un pueblo determinan también la índole y la proporcionalidad de los delitos ó crímenes que la constituyen, y en cierto modo los caracteres del malhechor. Así lo han comprendido casi todos los criminologistas modernos, en especial los antropólogos, ajustando á tal convicción sus estudios, persuadidos de que es absolutamente indispensable enlazar el de la delincuencia y el delito y el del delincuente, ó sean el *subjetivo* y el *objetivo*, el del hecho y el de su autor. Todos ellos han llegado á la concepción de la *sociabilidad del delito*, y en cuanto al delincuente, á la no menos importante de que en él hay algo de anormal en su organización *físico-psíquica*, algo que le dife-

rencia de los demás hombres, producto ó resultado de la herencia ó de la degeneración, del medio ambiente, de las condiciones particulares de su existencia, de los términos en que se le ofrezca la lucha por la vida y de otras causas externas, cooperantes con las internas, de que no ha podido ó querido librarse.

El criminal, ha dicho Mr. Lacassagne, es el microbio social; cuando el caldo es el apropiado para su fermento, crece, se propaga y profundiza. «La sociedad encierra en su seno, escribió mucho antes Quetelet en *Física social*, los gérmenes de todos los crímenes y, en cierto modo, es la que los prepara.» «Las causas de los delitos, manifestó Beltrani-Scalia en sus *Estudios sobre la reforma penitenciaria*, y de su aumento se hallan en el clima, en las tradiciones, en la ignorancia y en la forma y modo como se administra la justicia.» «La educación, las condiciones impropias en que es criado el hombre son para Helvetius el origen de todos sus males y extravíos morales.» «Todo es bueno al salir de las manos del Creador, exclama Rousseau, y todo degenera en las manos de los hombres.» Lauvergne, á quien con razón se ha considerado como uno de los precursores de la escuela antropológica, y que estudió profundamente á los malhechores, fijándose en sus caracteres distintivos, apreciados desde los puntos de vista fisiológico, moral é intelectual, atribuye grandísimo influjo en la producción y naturaleza de los delitos y en la formación é índole de los delincuentes á las causas ó factores sociales. Mr. Gabriel Tarde, cuyos numerosos trabajos de sociología criminal compiten con los de los publicistas italianos y alemanes, sostiene calurosamente el predominio de dicho factor social, que «modifica la delincuencia», y dice «no ver la razón de que el crimen, de distinto modo que el genio y la locura, penda de causas más bien naturales y sociales, habiéndose demostrado, especialmente por la estadística, que el genio y la locura son consecuencia de estados sociales, por lo que debemos creer con mayor razón que el crimen se explica de igual manera; y digo con mayor razón porque en estas tres anomalías las dos primeras nos colocan en situación de extraños dentro del mundo social, y el crimen nos pone en lucha con él, por lo cual depende del medio más que los

otros dos». (*Geografía criminal*.) Y, por último, Mr. Alauzet, lamentándose ya en el año 1862 del incremento de la criminalidad (*Ensayo sobre las prisiones y el sistema penitenciario*), «no obstante haberse multiplicado los establecimientos benéficos, de haberse abierto en todas partes nuevas escuelas y de no haber disminuído el prestigio de la religión», señala como causas eficientes «el aumento de la población, el de la riqueza mobiliaria, el excesivo desarrollo de las industrias, las nuevas necesidades y los nuevos hábitos, etc.

Se ve, pues, que muchos y muy notables escritores, apartándose de los derroteros clásicos, hacen de la criminalidad el resultado inevitable de causas ó factores de distinto orden, las cuales á su vez, como era natural y lógico, dan vida y carácter al delito y que, no menos inevitable y fatalmente, por lo mismo que éste es la exteriorización del alma del delincuente, la manifestación de su voluntad malévolá, concurren á formarla. Pretender, por consiguiente, conocer el delito y la delincuencia sin conocer antes al delincuente, es científicamente pretender lo imposible. Por sostener este imposible es por lo que el *clasicismo* ha fracasado, y por apartarse de él, por lo que la moderna antropología criminalista ha multiplicado sus triunfos y va proporcionando innegables resultados benéficos. Sobre el delincuente, sobre el sujeto del delito es sobre quien ha de accionar la sociedad; es el enfermo, es el ser malvado, peligroso, altamente dañoso. ¿Cuál es el carácter de su enfermedad? ¿Qué causas se la han producido? ¿Qué vicios ha deparado á su naturaleza? ¿Cómo comunica á otros su mal? ¿Qué efectos son los que su contagio produce en el cuerpo social? Tales son algunas de las cuestiones que deben estudiarse. Vamos á hacerlo, pero refiriéndonos casi exclusivamente á determinada clase de malhechores.

II

El doctor Corre relaciona, en el ya citado trabajo, con determinados instintos, y en mucho hace depender de su nacimiento, arraigo y desarrollo, la formación de la naturaleza

psíquica del malhechor: ellos vienen á constituir la esencialidad del alma del criminal; ellos, al exteriorizarse, al manifestarse por el acto que á su índole corresponde, dan lugar al crimen. «Los instintos—dice,—haciéndose malos, producen el crimen, y éste, en sus grandes tipos, busca conseguir el fin según las condiciones del medio, menos variada, en el curso de las edades y de los diferentes pueblos, que lo que *a priori* pudiera suponerse. Pero ¿quién ha hecho á estos instintos tan rudos y temibles? Hay que confesarlo: el egoísmo, el olvido ó el desdén de la solidaridad, el mismo antialtruismo, que por donde quiera han presidido á la organización de las llamadas sociedades civilizadas, siendo causa de las desesperaciones, de las rebeliones, de las graduales degeneraciones de las clases desheredadas, de donde brota el atentado muy ordinariamente en un momento dado. No puede pensarse en concluir con los suicidios ni los crímenes motivados por la miseria, por la falsa idea del honor, etc., sin una reforma radical de nuestras costumbres y de nuestro régimen económico. La propiedad, tal cual se halla establecida, es la fuente de los robos y de los asesinatos más audaces: la desigualdad en la repartición de las cargas entre los sexos y una educación hipócrita y antinatural, las de muchos infanticidios, etc., etc. Es indudable que el hombre no puede crear una sociedad perfecta, pero al menos dispone de una potencia intelectual suficiente para mejorar en amplio grado las condiciones de sus actividades.»

Entrando de lleno, por decirlo así, el doctor Corre en materia, se expresa en los siguientes términos: «El suicidio y el crimen no tienen por completo su causa ó génesis en las defectuosidades fundamentales de las leyes. Encuentran en parte la razón de sus arranques en la exaltación de la *imitabilidad*, en sí misma resultante de la multiplicidad de las sollicitaciones á la imitación de ciertos actos, y en la *impresionabilidad* particular *semi-mórbida* de las individualidades receptoras. No está por hacer la prueba de esta verdad. Se despliega á nuestra vista con la repetición de ciertas formas *semi-ocultas*, ó exteriorizadas, del atentado, en otros tiempos rarísimas, y hoy cada vez más frecuentes. Desde el siglo XVII el es-

pectáculo de las escandalosas fortunas de los intendentes y de los arrendatarios generales y pagadores de la renta ha sofocado la conciencia en el corazón de una burguesía que derribó un trono con el pretexto de levantar al proletariado. El ejemplo del enriquecimiento á toda costa ha penetrado en las más altas esferas, manchando á los de reputación más íntegra y engendrando los crímenes del gran mundo, manifiestos en torno de la irradiante personalidad de la explotación cosmopolita. En todos los tiempos ha habido imaginaciones lo suficientemente malvadas para vislumbrar los medios refinados de venganza. Desfigurar á una rival, á una mujer cuya virtud ha triunfado de todas las tentativas de seducción, esto se ha visto desde el origen de las aglomeraciones civilizadas: por de pronto se acudió brutalmente á las mutilaciones; más tarde los hidalgos hicieron uso de las botellas de vidrio llenas de una especie de tinta, como en la agresión contra la Marquesa de Chaulnes; ahora se *vitrioliza*, y como este género de atentados, á pesar de su atrocidad, es torpemente excusado por una pretendida nota pasional, casi ennoblecido por ella, se repiten cada año en categorías muy inclinadas á aprovechar también bellas lecciones».

«¿No es el colmo del arte —exclama el doctor Corre antes de comenzar el estudio de los instintos malévolos y de sus causas, de que en los correspondientes estudios nos ocuparemos,—no es el colmo del arte para los fanáticos el pulverizar á un personaje detestado, á un personaje político? Durante mucho tiempo se utilizó el explosivo entonces conocido; pero en el siglo XVI, época de renovación, surgió la idea de una máquina infernal, revistiendo forma científica. «El sábado 26 de Septiembre de 1587, dice Lestrich en su periódico, fué atormentado en París en la rueda un normando llamado Chautepie, que había enviado al señor de Miauch d'Allegre, por su lacayo, una caja que él había fabricado, en la que estaban dispuestos 36 cañones de pistoletes, cada uno de los cuales iba cargado con dos balas, teniendo un resorte acomodado de tal modo que al abrirse la caja producía fuego é inmediatamente hacía funcionar los 36 cañones arrojando 72 balas.» El hecho se había olvidado, cuando Freschi en

1836 inventó una máquina bastante parecida á la de Chaute-
pie, pero destinada á obrar á distancia, máquina sustituida en
1852 por las bombas Orsini.»

III

El doctor Corre no hace sino apuntar ideas, cuyo desarrollo se encuentra en sus muy apreciables escritos. Mr. Gaston Richard, al ocuparse del modo cómo el criminal se forma (*Las crisis sociales y la criminalidad*), lo hace con mayor precisión, desprendiéndose claramente de sus palabras lo que á su juicio constituye la esencialidad del alma del malhechor nato, y del que á más de sus predisposiciones congénitas ha encontrado en el medio y en el hábito el desarrollo de esos instintos que contribuyen á determinar su verdadero carácter. «El acto criminal—dice—es siempre la reacción del carácter individual, y sobre esta afirmación descansa la idea de imputabilidad. El carácter criminal obedece á una ley de formación que la psicología, y con mayor razón la biología, no permiten establecer suficientemente. El carácter criminal, aun cuando sin duda alguna preparado por ese estado que Mr. Ribot ha denominado *infantilismo psicológico* (*Los caracteres anormales y mórbidos*), no es innato, sino adquirido, y á no haberse confundido á los criminales con los semi-criminales ó semejantes á ellos, locos morales y epilépticos, no se habría hablado nunca de caracteres criminales innatos. Este carácter adquirido es tan pronto el de un tipo profesional con tendencia parasitaria como de un tipo sectario. Uno y otro son tipos sociales que atestiguan la disolución de la disciplina social por consecuencia del debilitamiento de un contrarresto personal y de los sentimientos ético-sociales en cierta categoría de individuos. La criminalidad resulta de un desacuerdo entre la ley del desarrollo de estos caracteres y la más elevada de las funciones sociales, que consiste en garantizar á las personas los derechos, ó, hablando mejor, los bienes jurídicos.» Como se ve, Mr. Richard se aleja en esta parte del eminente antropólogo criminalista César Lombroso, que en su monumental es-

tudio del *Hombre delincuente* ha partido del para él indudable *tipo criminal innato*, marcado por evidentes caracteres *fisiopsíquicos*; tipo cuya efectividad entendemos no hallarse todavía suficientemente comprobada, por más de que no quepa duda alguna de que ciertos malhechores ofrecen caracteres que son de atribuir á la herencia, juntos con otros adquiridos. Pero si en este particular difieren, no acontece lo mismo en cuanto á otros.

Así, por ejemplo, escribe á continuación: «Los criminalistas que han pedido explicaciones á la psicología y á la antropología comparadas, no se han engañado radicalmente, puesto que han puesto el dedo sobre una relación cuya importancia es capital, la relación entre los progresos de la criminalidad y la regresión de las tendencias morales y sociales. Bajo este punto de vista no puede concederse grande importancia á la oposición de la teoría francesa de la *degeneración* y la teoría anglo-italiana del *atavismo*. La degeneración, científicamente concebida, no es la alteración de un tipo primitivo hipotético: debe verse la disolución de los atributos adquiridos recientemente por la especie ó la raza, y, por consiguiente, la *regresión*. Sin duda alguna, los sentimientos morales, es decir, los sentimientos sociales más delicados y elevados, son aquellos que la especie ha adquirido los últimos, y que, por lo tanto, son los primeros heridos por la degeneración. Esta regresión no tiene por efecto inmediato la formación de un pensamiento criminoso, porque hablar de tal pensamiento no es hacer otra cosa que realizar una abstracción. Pero á la regresión corresponde siempre en cierta medida el *parasitismo*, y el parasitismo *social* no puede dejar de hacer aparecer la criminalidad, porque el parásito no puede vivir sin lesionar los bienes jurídicos de los individuos ó de las personas morales. Sin embargo, los criminalistas de la escuela antropológica no se explican la regresión. Considerada solamente en el individuo, aparecería como un hecho accidental. Para atenderla ha sido preciso hacerla entrar hipotéticamente en una ley que se ha llamado del *atavismo*. Pero ¿está probado que coincidan el *atavismo* y la *regresión*? ¿Es necesariamente patológico el *atavismo*? ¿Es esto la reaparición de caracteres útiles á los

antepasados de la especie actual, ó la desaparición de caracteres útiles á sus descendientes? Congelad una de las raíces de la encina actual, nos dice Lombroso, y veréis reaparecer el follaje de la encina de la época terciaria. ¿Es ésta una regresión verdadera, ó es más bien el caso de una adaptación normal? »

«Sin duda alguna—dice poniendo término á este razonamiento, en el que se hace referencia á uno de los elementos que concurren en la formación del criminal,—es hacia tal solución hacia la que se inclinan los sociólogos de la escuela positivista italiana, Ferri y Niceforo entre otros. Tales vaguedades no conducen á una explicación científica. La regresión de los sentimientos morales, explicación del sentimiento sectario y del parasitismo social, de que la criminalidad, lesión de los bienes jurídicos, es la consecuencia ordinaria, queda sin explicar, á no referírsela á un estado del medio social. Aquí se ofrece un nuevo equívoco. La criminalidad atávica, fruto de una regresión moral, es considerada por dicha escuela como una *supervivencia* de los estados sociales más antiguos. La regresión moral es asimilada á un *ricorso* que hace reaparecer los miembros de antiquísimas sociedades, y á veces, en la asociación de malhechores, el tipo mismo de estas sociedades. Pero los fenómenos sociales no son reversibles de ese modo. La reversibilidad total explica el mecanismo universal, y parece que el mecanismo puro no existe en el mundo inorgánico. Por otra parte, sin solicitar de la filosofía de las ciencias otra cosa que una razón al dudar de este evolucionismo poco simplicista, el sociólogo puede encontrar pruebas ciertas de la diferencia entre la *regresión* y sus *supervivencias*. La supervivencia es una ley de la sociedad normal, la gran prueba de la continuación de los estados sociales. Jamás ninguna supervivencia ha presentado obstáculo al disfrute de los derechos. Por el contrario, las regresiones sociales tienden al parasitismo, y ésta es siempre una causa de desorden y de sufrimiento. Puesto que no podemos buscar fuera del medio social las causas de la *regresión moral*, de la que la *criminalidad es efecto*, y puesto que la criminalidad no puede nunca ser considerada como la supervivencia de una

antigua moral, es *preciso atribuirle á un estado de crisis de la sociedad*, crisis que se reproduce cada vez que la disciplina social sufre una transformacion.»

IV

El medio ambiente social, sea por el influjo del instinto de imitación, sea por la ley de la regresión, sea por ese estado de crisis de la sociedad recrudescido siempre que la disciplina de ésta se transforma, es á juicio de los anteriores escritores el factor principal en la formación del verdadero criminal y en la producción del crimen, y, por lo tanto, de la criminalidad, todos los que, como repetidamente hemos dicho, tienen entre sí una conexión tan íntima que al estudiarlos se hace imposible su separación absoluta, por cuanto á cada uno de ellos afecta lo que obra sobre los otros. Muy distinta es la opinión de otros no menos distinguidos antropólogos y sociólogos, los cuales colocan en primer término, si no consideran exclusivamente, al factor individual. Entre ellos citaremos al eminente sabio H. Mandsley, y extractaremos algo de lo que aparece en su doctrinal libro *El crimen y la locura*.

Según Mandsley, «es de ayer cuando se ha procurado saber cómo se forman los criminales, aconteciendo en inucho respecto á ellos lo que en otros tiempos con los lunáticos, pues cuando de aquéllos se decía que eran degenerados y de éstos que eran locos, se creía inútil mayor explicación y superfluo todo examen ulterior». No obstante—añade—«es lo cierto que lunáticos y malvados son dos artículos confeccionados, lo mismo que las máquinas de vapor, sin más diferencia que el que los procedimientos de la fabricación orgánica son bastante complicados para que podamos seguirlos. No hay accidentes ni anomalías en el universo; todo acontece en virtud de una ley, y todo atestigua una causalidad; la misión de la ciencia es precisamente descubrir las causas y la ley de su acción. Nada es fortuito, nada extra-natural, en el impulso al *bien*, ó en el impulso al *mal*: uno y otro son *producto* de la *herencia* y de la *educación*, y la ciencia no puede ya conten-

tarse con la explicación que atribuye aquél á la gracia del cielo y éste á la malicia del demonio».

Establecidas estas premisas, cuya exactitud no puede negarse, y en consonancia con ellas, expone Mr. Mandsley su teoría. «Las investigaciones hechas sobre la historia personal de los criminales, y sobre la de sus familias—dice,—son todavía poco numerosas y son también imperfectas, pero bastan para inspirar serias reflexiones. Un hecho que estas investigaciones han puesto más de relieve es el de que el crimen es con frecuencia *hereditario*, que así como la herencia marca los rasgos personales y el carácter del hombre en el molde de sus padres, del mismo modo le impone sus malas pasiones y sus tendencias dañosas. Del verdadero ladrón, parodiando lo que se dice del verdadero poeta, puede repetirse que nace, que no se hace ladrón. Por otra parte, esto es lo que debía hacer prever la observación de los fenómenos de la herencia. En vano algunos teólogos mas dispuestos á hacer encajar por fuerza el orden de la naturaleza en lo que ese orden debía ser según sus doctrinas, han rechazado la que sustituye simplemente á la herencia en el sentido moral y terminará por hacer imposible en este, como en otros casos, discusiones contra los hechos. Por exceso de infortunio bastantes criminales son, no solamente engendrados, concebidos y alimentados en el crimen, sino que son instruídos para él desde la infancia, si bien que en ellos el instinto criminal, en ellos originario, adquiere una potencia contra la cual todos los esfuerzos subsiguientes para atraerlos al bien quedan ineficaces.»

«Todos cuantos han estudiado á los criminales—añade reforzando su argumentación—saben que existe una clase de seres entregados al mal, cuya horda se reúne en nuestras grandes ciudades en el cuartel de los ladrones, entregándose á la intemperancia, á las riñas, á la disipación, sin cuidarse de los lazos del matrimonio y de los impedimentos de la consanguinidad, y propagando toda una población criminal de seres degenerados, siendo otro hecho de observación que la clase criminal constituye una variedad degenerada ó mórbida de la especie humana, marcada por caracteres particulares de inferioridad física y mental. Esta clase de individuos, se ha

dicho con razón, es tan claramente distinguible de la clase de los obreros honrados y bien nacidos, «como un carnero de cabeza negra lo es de todas las otras razas de corderos». Por eso un guardia de seguridad, ó un director de prisiones, por poca experiencia que tengan, los designan sin dificultad en medio de otros muchos. (Thomson. *De la herencia en el crimen*.) Un aire de familia los denuncia como compañeros «marcados y señalados por la naturaleza para obra de vergüenza». Escrofulosos, con frecuencia deformes, la cabeza angulosa ó mal conformada, son estúpidos, mendicantes, desprovistos de energía vital y con frecuencia epilépticos. En general, su inteligencia es mediana y defectuosa, aun cuando sean excesivamente astutos y bastantes de ellos son débiles de espíritu é imbeciles. Las mujeres, de feo semblante, carecen de gracia en la expresión y en los movimientos. Los niños, que tan temprano se hacen criminales, no muestran para la educación la aptitud de los pertenecientes á las clases trabajadoras, en ellos son muy incompletas las facultades de atención y de aplicación, mala su memoria, y no aprenden sino muy lentamente. Mr. Bruce Thomson, cuya posición oficial de médico de las prisiones de Escocia le permitió observar á miles de delincuentes, declaraba no haber conocido uno solo dotado del menor talento estético. «Los criminales inveterados, dice, no tienen sentido moral, y sí positivamente imbecilidad moral: su insensibilidad moral es tan grande, que no tienen sobre sí mismos dominio alguno ante la tentación del crimen. De entre unos quinientos homicidas que he conocido, no puedo afirmar que más de tres experimentasen remordimientos.» Entre otros testimonios que corroboran el suyo, cita el de un médico con quien le unía amistad, observador habilísimo, muy conocedor de la locura, y con larga experiencia en el mundo del crimen, que se manifestaba absolutamente convencido de la falta completa de sentimientos morales, ó de la depravación completa de los criminales, al mismo tiempo que de la fuerza de los sentimientos de estas intratables naturalezas.»

Resulta de lo expuesto que Mr. Mandsley atribuye casi exclusivamente á la herencia morbosa, física, mental y moral

la formación del criminal verdadero, del que constituye el tipo característico, y que, con el de los llamados criminoloides, forma la inmensa clase de los malhechores, y no sólo la atribuye esta formación, sino que, como consecuencia lógica, con Lombroso y los demás antropólogos de la escuela de éstos, llega á la aseveración de la efectividad del *criminal nato*, cuyos caracteres, que Morel, Feré y otros atribuyen á degeneración, y que no dejan de ser cuestionables, enumera.

Como resumen de su opinión manifiesta que «el crimen no es en todos los casos el hecho de ceder á un pensamiento vicioso ó á una mala pasión que se hubiesen podido reprimir ejerciendo sobre sí propio la coacción ordinaria»; que es muchas veces, «y muy claramente, resultado de una verdadera *neurosis* relacionada íntimamente por su naturaleza y su origen con otras *neurosis*, y en especial con la *epilepsia* y con las *delirantes*», y que «esta *neurosis* es resultado físico de las leyes fisiológicas de la producción y la evolución».

La herencia, la degeneración congénita ó adquirida, la educación, el ejemplo, los instintos imitativos, el medio ambiente, desde el familiar hasta el social, la regresión moral, las crisis sociales, las condiciones económicas, los extravíos de la opinión pública, las malas leyes, etc., son factores que concurren, á juicio de los publicistas citados y de otros que oportunamente mencionaremos, á veces todos ellos, aunque en distinto grado, y á veces uno ó varios, á la formación del verdadero criminal, y muy señaladamente del ladrón, determinando sus caracteres particularísimos, los que, por decirlo así, constituyen su psicología, y que al exteriorizarse por medio del hecho antijurídico ó antisocial dan lugar al crimen, cuya naturaleza corresponde siempre con el estado anímico de su autor. Pero para poner más en claro la acción de tales factores, presentaremos algunos casos prácticos.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Concluirá.)

LITERATURA SERVIA

I.—El poeta Djuro Yakchitch.

Djuro Yakchitch ocupa uno de los primeros lugares en la literatura servia contemporánea, no tanto por su fecundidad, como por la variedad de su talento. Nació en 1832, en la parte servia de la Hungría, y murió en 1878. Durante su juventud cultivó la pintura más que la poesía. La falta de recursos le impidió seguir su primera carrera. Sin embargo, en el Museo nacional se encuentran algunos de sus cuadros. Djuro Yakchitch ha escrito nada menos que 150 poemas líricos y épicos (cerca de 6.000 versos), 29 novelas y 3 tragedias. Si no ha dejado ninguna novela que forme época en la literatura servia, cúlpese á que la vida de aquel pueblo no es quizá lo bastante compleja para servir de asunto á un vasto estudio de costumbres. La mayor parte de su vida la pasó Yakchitch en Servia, donde ha ocupado puestos muy humildes, tales como el de jefe de policía de un pueblo y el de corrector de la imprenta nacional de Belgrado. Las persecuciones de que fué objeto por parte del Gobierno servio, por haber señalado y estigmatizado en muchas sátiras los abusos de la administración, contribuyeron a su muerte prematura.

*
* *

En *La desposada*, que es un poema histórico, el autor no nos presenta momento alguno determinado de la historia servia. Es más bien un cuento legendario mezclado con un estudio de costumbres políticas, reflejo de las simpatías y los odios nacionales. Así, cuando el *royvoda* Vonk Hranitch, cuyo secreto deseo es ver á su hijo Sandal sentarse en el trono de

los destierros de Bosnia, exige de su hija Militza que se case con un húngaro, el hermano interrumpe á su padre con voz de trueno, preguntándole por qué quiere que su hermana, «nieta de gloriosos abuelos», se case con un húngaro y no con un servio. El padre dice que si la hace casarse con un húngaro es porque sólo este matrimonio puede asegurar á su hijo en el trono de Bosnia. Este odio atribuido á los servios respecto de los húngaros—que son los principales enemigos de los eslavos y el perpetuo peligro para la autonomía de los Balkanes—se hace notar en muchas partes. La bella Militza ama á Lionbicha, que es hermano adoptivo, amigo íntimo de Sandal. Pero cede á la voluntad del padre y se va á casar con el húngaro.

«En el fuerte de Kamen, el pavimento resuena bajo las pisadas de los caballos. Se oye el ruido de las espuelas y las armas. Los huéspedes llegan de Hungría. El joven prometido está allí desde hace una semana, y á la mañana siguiente matrimoniárase con la desposada. Era el séptimo día de la estancia de los huéspedes extranjeros en el castillo y se hacían preparativos para el torneo vespertino. No lejos de Kamen extendíase una pradera: allí han clavado sus lanzas una docena de húngaros. Sólo se espera para dar comienzo al torneo el son de la trompeta que debe servir de señal. Ya el viejo *royvoda* se ha sentado en su tienda: la bella Militza está á su lado. La trompeta deja oír tres veces su sonido estridente y las montañas han devuelto su eco. Un centenar de caballos recorre la pradera. Vense flotar al viento cien magníficos plumajes, destacándose entre ellos el del prometido. Sandal y Lionbicha los contemplan con mirada terrible en que se leen á la vez la ironía y el desprecio.

—Adelante, amigo—exclama Sandal:—¿no ves el avance que han hecho los cobardes húngaros?

Lionbicha aprieta los ijares de su caballo Garrane y dice:

—¡Adelante, Garrane! ¡Si vences á estos orgullosos húngaros, te haré forjar anillos de oro! ¡Si sales victorioso, te cubriré de perlas!

La flecha no vuelve con tanta impetuosidad, la luz no atraviesa tan velozmente la nube como los caballos de los dos

amigos corrían por la extensa pradera. Los húngaros quedan atrás: sólo el prometido se mantiene en el primer puesto. Pero no tardan los hermanos en pasarle. Terminadas las carreras, se pasa á los asaltos guerreros. El prometido salta por cima de cinco caballos. Su mirada brilla de orgullo. Pero el hijo del viejo *royvoda* salta por cima de nueve caballos...

—¡Salta, Lionbicha!—gritó Sandal á su amigo. Lionbicha salta y Sandal le sigue. Los húngaros quedaron mudos de sorpresa á vista de aquellos actos sin ejemplo en su patria... La bella Militza soltó después un águila. Al punto cien flechas húngaras silbaron el aire; pero el águila prosiguió su vuelo. Entonces los dos hermanos blandieron sus arcos y lanzaron sus flechas: el águila se replegó sobre sí misma, batió sus alas y cayó herida por la flecha de Lionbicha. Presentósela al prometido; pero éste, no pudiendo contener por más tiempo su furor, gritó sacando la espada:

—Ven á batirte: ¡el combate es conveniente á los héroes!

Tuvo lugar el encuentro en el campo. Al segundo pase el húngaro fué vencido y desarmado. Pero Lionbicha no quiere que una gota de la sangre del extranjero riegue la tierra sagrada de Servia.»

El fin de la novela es muy pintoresco. En Hungría el desgraciado Lionbicha va á cortar el paso al cortejo nupcial. Mata á su contrario y bañado en sangre aún tiene fuerzas para dirigir un eterno adios á Militza, que invoca á la muerte y no tarda en sucumbir. En *La desposada*, el autor ha pagado justo tributo á la leyenda que tan eminente lugar ocupa en la literatura servia, así como al recuerdo de un pasado histórico glorioso.

* * *

Pero en el ambiente campesino es donde mejor brilla el talento de Djuro Yakchitch. La burguesía no existe en Servia, ó, por mejor decir, comienza ahora á desarrollarse en Belgrado. Djuro Yakchitch conoce bien á su pueblo. Se deleita en su sociedad. No ignora los defectos del campesino servio, pero acentúa con amor los rasgos primitivos de su carácter. Como conviene á los cuentos campesinos, en Yakchitch la



virtud oprimida es la que triunfa. Los cuentos de Yakchitch tienen aún otro mérito: son una crítica acerba de las instituciones locales, que dejan un poder excesivo entre las manos de las autoridades administrativas. Los capitanes y *natchelmiks*, por poco elevado que sea el rango que ocupen en la escala administrativa, hacen el papel de Providencia en la vida de un pueblo servio.

El autor lleva su audacia hasta la crítica de las costumbres del clérigo ortodoxo, audacia muy arriesgada en los países eslavos, donde los servidores de Dios han conservado el ascendiente que les legase la Edad Media. Así, en su novela *Una noche* pone el diálogo siguiente en boca del archimandrita Kalinik y de su feligrés Jirko, que ha venido á enterarle de su proyecto de matrimonio:

—¿Qué negocio te trae, Jirko? ¿Quieres que celebre una misa por tu intención?

—No he venido á eso, padre.

—¿Entonces á qué?—interrumpió el presbítero.—¿Acaso quieres casarte?

—Sí, padre: quiero casarme; sólo falta usted para arreglar el asunto.

—Está bien... Pero ¿no sois parientes?—preguntó de pronto el archimandrita fijando en Jirko una mirada en que se leía el deseo de hacerse pagar lo más caro posible.

—No, padre Kalinik, no somos parientes...

—¿Y vuestros papeles? ¿Dónde están vuestros papeles?

—Padre, no los tenemos, pero deseamos que usted se encargue de arreglárnoslos y pagaremos lo que sea.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios del archimandrita; se adivinaba que esta proposición le había sido muy agradable.

—Quieres que yo te arregle el negocio—replicó.—¿Y mi dignidad profesional?... ¿Y el honor de mi cargo?... ¿Quién me indemnizaría?

Jirko sacó su bolsa repleta de oro y ofreció seis ducados al sacerdote.

—Tenga usted, padre—dijo.—Por las molestias que esto le ocasionará de seguro...

—No puedo—respondió el archimandrita.

Jirko añadió diez ducados á la ofrenda. El párroco entonces no se resistió.

—Pues bien, sea—dijo.—Pediré vuestros papeles al párroco de Sukoratz: dame solamente el nombre y apellido de la joven.

—Stana Tchonkanow.

El archimandrita tomó nota de estas palabras y añadió:

—Venid mañana. Os desposaré: el domingo se celebrará el matrimonio... Pero, para que sea válido, tengo que pedir una autorización, y si quieres que se celebre el domingo próximo hay que enviar un despacho... Y esto necesita pagarse.

—¿Cuánto quiere usted, padre?

El archimandrita tosió. Después, fijando los ojos en Jirko:

—Entre amigos no se trata de explotar: para ti, esto no será más que cinco ducados.

El pobre Jirko suspiró, viendo su bolsa casi vacía... ¿Pero ¿qué hacer?.. Se decidió...

Una noche está escrita en forma de diálogo entre un viajero y un comerciante de peletería amigo de Jirko. Han llegado cerca de la ciudad. La noche llega y resuelven pasarla en un prado que ante ellos se extiende. El comerciante había estado en vela. Tenía lúgubres presentimientos; es que caminando había observado una serpiente que atravesaba el camino. Durante la noche entretuvo á su compañero de viaje con las aventuras de Jirko. Le dijo que éste habíase enamorado de su amada con auxilio de su amigo, que no era otro que el narrador mismo. Stana tenía por madre una viuda á quien la voz pública acusaba de haber envenenado á su marido. De su hija nada podía decirse. El matrimonio se había efectuado. Había sido seguido de un banquete al que asistió el archimandrita. El narrador había observado que el sacerdote conocía á Stana y á su madre. Además, sorprendiera una conversación secreta entre esta última y el párroco: éste pedía á la madre que le diese la nueva esposa. Estaba bien seguro de la infidelidad de Stana y había dado cuenta de ello á su amigo.

—Jirko se levantó y sin decirme una palabra me condujo á su casa. En la mesa permaneció mudo: apenas comió dos ó

tres bocados; pero bebió más que de costumbre. Su suegra y su mujer le miraban con temor. En cuanto á su madre, le observaba con inquietud. La infeliz mujer había adivinado que Jirko sufría y quizá se debía á ella la herida que acababa de desgarrar su corazón. Aún no asomaba el alba, cuando Jirko se levantó. Tomó su escopeta. Ansioso y atemorizado, le pregunté:

—¿Cuáles son tus intenciones?

Jirko sonrió tristemente y me respondió con voz seca:

—Me preparo á la caza, como ves.

¡Sería aventurado suponer que se acerca el terrible desenlace! Aún está muy lejos. Pero, para excusar á Jirko, ¡recordemos que se trata del archimandrita, del *padre!* De sobrio é infatigable trabajador, Jirko se convirtió en perezoso y borracho. Su mujer no dejó de ir á casa del cura. Todo el pueblo sabía el motivo...

Al comienzo del día, los dos viajeros prosiguieron su camino: llegados cerca de la casa parroquial, observaron una gran multitud delante de ella. Preguntaron el motivo de aquella manifestación. Respondiéronles que se organizaba una batida en busca de Jirko, que acababa de matar al archimandrita.

* * *

Hemos tenido ya ocasión de decir que Djuro Yakchitch era no sólo un escritor sino un pintor de talento. En efecto, es necesario amar de verdad la naturaleza y tener sentimiento artístico para describir un paisaje como él lo hace en sus *Aldeanos*.

«Al pie de una cordillera, en una explanada relativamente pequeña, se extiende el pueblo de Kamenatz. Los habitantes, que son de origen servio, viven dedicados á la agricultura. Pero su labor se esteriliza ante la penuria de la tierra, que es su único campo laborable, porque en el término de la aldea sólo hay rocas peladas y áridas que no se pueden atravesar sin miedo y donde el eco repite hasta el suspiro del hombre, que parece salir de las rocas mismas. Si resbaláis al andar, caéis en el precipicio, produciendo un ruido sordo, como si la

roca entera se desgajase. No obstante, este país es muy alegre en la estación primaveral. Todo se embellece: los hombres, los árboles y las rocas mismas. Las montañas exhalan fragantes olores y el perfume de los tilos embalsama la atmósfera del valle. La voz del pastor repercute en lontananza. En el valle hay otra melodía, el armonioso dúo de la alondra y de una mozuela. Por aquí aparece un mozo oculto tras las maleza. Á su vista la mozuela calla, en tanto que el mozo toca en una flauta aires encantadores.»

El autor coloca la escena de *Aldeanos* en 1857. Es un sombrío cuadro de las condiciones de la vida campesina en Servia. Están aún bajo el régimen de *la bastonada*. Esta novela es una crítica tan sentida y tan serena de la corrupción administrativa, como *Una noche* de las costumbres del clérigo. Pero, para contrapesar sus críticas, el autor ha tenido cuidado, en la acción de su drama, de introducir personajes de gran amor á la patria, como si quisiese probar que no desespera del porvenir. Surge una querrela de vecinos entre Stoiane, el héroe de la novela, y el alcalde del pueblo, Yoro. El Consejo municipal, siempre predispuesto á inclinarse ante el representante de la autoridad, hace ganar el pleito al alcalde, á pesar de la inocencia de Stoiane, á quien condena á pagar las costas y á recibir doce *bastonazos*.

— Vamos, Stoiane, ya sabes que es preciso obedecer á la ley—dice uno de los jueces improvisados. — Ya no eres un niño: has hecho mal, y tienes que pagarlo. En cuanto á los bastonazos, ¿crees tú que nuestro alcalde Yoro hubiera sido lo que es si no hubiese recibido algunos? Eso prescindiendo de mí y de otras buenas personas.

Stoiane rehusa recibir el castigo. Su caso se agrava con la desobediencia, y el alcalde se aprovecha de la estancia en la aldea del capitán de la provincia (especie de gobernador con poderes muy amplios) para someterle el negocio pendiente entre él y Stoiane. Este último pierde aún más, primeramente, porque el alcalde y el capitán tienen mutuos intereses, y en segundo lugar, porque la bella Smilia, que ama á Stoiane y es amada de él, agrada al capitán, que quiere poseerla. Ante la negativa de Stoiane de ir á la alcaldía la tarde misma de la

llegada del capitán, éste ordena que se le traiga al rebelde «muerto ó vivo.» Unos diez campesinos armados llegan á casa de Stoiane. El capitán, creyéndose desembarazado de su rival, se sirve de los buenos oficios de Milvrane, amigo del alcalde, que le propone raptar á Smilia aquella noche misma. El viejo Milvrane ha sabido hallar un pretexto para hacer salir de casa á la madre de Smilia, y hallándose solo con ella, entabla el diálogo siguiente. Dejemos la palabra al autor:

—Smilia, niña, es necesario decirte que los negocios de tu Stoiane van muy mal.

Smilia palideció. Hubiera querido responder, pero no pudo.

—Sí, niña: había injuriado al capitán y al alcalde, y le han prendido. Será condenado á trabajos forzados perpetuos... Pero, Smilia, el capitán es un hombre de corazón.

—¡Oh!—suplicó la joven, cubriendo de besos la mano del miserable.—¡Salvadle, Milvrane!

—Es necesario que tú se lo supliques inmediatamente. Mañana sería tarde. Anda de prisa, arréglate un poco, y estoy convencido de que tus lágrimas no dejarán de conmoverle.

Smilia tuvo miedo, y miró al viejo con aire desconfiado; después se cubrió el rostro con sus manecitas y se puso á llorar.

—¡Jamás, Milvrane, jamás!...

Él quería aún insistir, pero de repente la voz expiró en sus labios. Aterrorizado, miró á la puerta: Stoiane estaba allí.

.....

Viendo los dos fracasos de sus tentativas, la evasión de Stoiane y la mala aventura de su mensajero, el capitán ordenó que se prendiese á Smilia y á su madre, y las hizo conducir atadas al subjefe del distrito. Tuvieron que responder á la acusación de haber acogido en su casa un rebelde á la autoridad. El capitán esperaba así conseguir sus fines, pero el día que el capitán se marchó del pueblo llegó al subjefe del distrito una comisión enviada de Belgrado para examinar los abusos del poder, del *uatchelnik* T..., superior al capitán.

Esta comisión, ó más bien su jefe, ejerce el papel de Providencia y lo arregla todo bien.

El autor, fiel á la tradición, hace triunfar la virtud.....

.....

II.—Una escritora danesa: I. Blicher Clausen.

Se concibe que el individualismo haya echado profundas raíces en el alma soñadora de las gentes del Norte, porque es sueño de grandeza moral. «Si no quieres vivir más que para ti no satisfaces más que la nobleza de tu propio ser, no tiene necesidad de consejo alguno,» dice, con razón, Peter Schlemid de Chamisso. Sin embargo, cuando se intenta transportar este sueño á la vida real se observan sus peligros. La familia está seriamente amenazada por esta moral subversiva. Las uniones desgraciadas ofrecen en todos los países asunto para estudios muy apropiados para el pesimismo del día. Pero el individualismo invita á los esposos malavenidos á que rompan sus vínculos y busquen en el libre desarrollo de su personalidad el olvido de un pasado odioso, á menos que aspiren á encontrar en su nuevo enlace la recompensa que hace fácil la sanción dada al divorcio por los países luteranos.

Los moralistas y dramaturgos de por acá se complacen en describir amores adúlteros. La estética escandinava rehuye estas descripciones peligrosas, no por prudencia, sino porque busca otros efectos. En lugar de introducir al lector en un entresuelo confortablemente amueblado donde se dan citas culpables, lo eleva á las altas esferas, algo frías y brumosas, del ideal, en donde los amantes se juntan para filosofar, aun á riesgo de tomar amorosas actitudes. No son dos seres de carne y hueso que se dejan arrastrar por la pasión: son dos inteligencias que se comprenden.

En la novela de Jacobsen *Nûls Syhne*, escrita bajo la influencia de los literatos franceses, vemos una mujer joven, Femimore, casada con el pintor Crik Refstrop, hacerse la amante de Nûls y practicar tranquilamente el adulterio bajo el techo conyugal.

Pero una escandinava, educada en la escuela individualista,

no dudará, si no ama á su marido, en abandonar el domicilio conyugal, donde le es imposible *rehacer* su vida. Emma Bovary es reemplazada por la Nova de *Carne de muñecas*. Así el divorcio, preconizado por la doctrina individualista, dispensa del adulterio. Muy bien. Pero aquí se da origen á una cuestión dudosa. ¿Destruir la familia no es hacer la desgracia de los hijos? Sí, responde resueltamente en *Inga Heine* la señora Blicher Clausen, y al mismo tiempo que toma la defensa de los derechos que pertenecen á los hijos, sostiene en este libro una tesis demasiado atrevida. La brillante escritora se ha propuesto rehabilitar el crimen y darle títulos de nobleza, representándolo como un acto de la voluntad, como una prueba de energía. Ya un escritor sueco llamado Almquist que publicó su primera obra hacia 1814, había hecho la apología del crimen lanzando el aforismo célebre: «Hay dos cosas resueltamente blancas: la inocencia y el arsénico».

No está fuera de propósito decir aquí algunas palabras acerca de este loco genial, en quien sus compatriotas veían el talento literario más potente de Suecia. Discípulo de Rousseau, se casó con una campesina, soñando llevar á su lado una existencia idílica. El sueño fué interrumpido; la sencilla hija de los campos era incapaz de conciliar sus aspiraciones con las del poeta. Irritado por su infortunio, Almquist, que fué siempre un espíritu revolucionario, concibió un odio violento hacia las tradiciones y convencionalismos sociales. Atacó la indisolubilidad del matrimonio: dijo de la moral que era «una palabra vacía» y quiso demoler en su país, eminentemente conservador, las leyes morales y religiosas. Fué perseguido por las autoridades eclesiásticas, después de la publicación de su libro *Amorina*, libro en el que se ha hecho con la violencia de ningún otro el proceso de la sociedad. Hablando del suicidio y de la universal reprobación que sufre Rousseau, ha dicho «que el error viene de que se concede demasiada importancia á la vida.» Almquist demostró su desprecio por ella suprimiendo una existencia, no la suya, sino la de un viejo usurero, á quien dió muerte suministrándole una fuerte dosis de arsénico. Desgraciadamente no fué sólo el odio á un antiguo prejuicio el que le impulsó al crimen, sino también la

miseria. Almquist aparece ante la posteridad como un vulgar asesino, no como un campeón de la idea liberadora. Es, quizá, el único ejemplo de gran escritor que haya sido al mismo tiempo un gran criminal. Cometido el crimen, partió para América, donde estuvo catorce años, después de los cuales volvió á Europa, muriendo miserablemente en Brem, el año 1866.

Sus dramas románticos y novelas rústicas son verdaderas obras maestras. Almquist fué un precursor. Antes de Jorge Sanz, antes de Ibsen, escribió contra el matrimonio páginas subversivas. Nietzsche le debe la teoría de la superioridad del criminal sobre la multitud; el crimen se convierte en una acción propia de intelectuales que desprecian el supremo grado moral de las gentes bajas. Esta teoría es como una forma suprema del individualismo. «Sé lo que quieras, pero sólo cumplidamente», ha dicho Ibsen por boca de Braud. Esto significa que la personalidad desigual puede afirmarse en el mal como en el bien, ó, mejor, que el mal reside todo en la vanidad y vulgaridad. La energía moral tiene más que nunca derecho al respeto cuando se traduce en actos que condena la mayoría. No hay nada más despreciable que las semivoluntades, las conciencias timoratas.

Si la autora de *Inga Heine* no llega á tratar, como lo hace Nietzsche, los remordimientos y la expiación de las cobardías, se dedica á mostrar su inutilidad. La fabulación de la novela es de lo más sencillo: un médico acaba de sufrir dos años de prisión, á lo cual los tribunales le han condenado por incendio voluntario de la casa de su padre. Este crimen cometiolo por preservar á su familia de la miseria y también para asegurarse los medios de seguir sus estudios. Terminados éstos, se denunció, sometiéndose al castigo infligido por la ley danesa á los incendiarios, porque si no le ha faltado el valor indispensable para llevar á cabo el crimen, en cambio carece de la «robusta conciencia», frase empleada por Ibsen en *Solners el constructor*, que le hubiera permitido ir con la frente erguida, guardando silencio sobre su crimen. No es que sea como el asesino Raskolnikof de la célebre novela de Dostoiensky, *Crimen y castigo*, impulsado por un arrepentimien-

timiento sincero y por un piadoso deseo de purgar su alma con el sufrimiento. El espíritu escandinavo es espíritu de revolución, en lucha desde la reforma con las leyes religiosas. Es opuesto al espíritu eslavo. El hecho de que el idioma danés-noruego no posea justa equivalencia con la palabra *resignación*, es muy significativo. La doctrina de la humildad evangélica que ha conducido al más ilustre de los novelistas rusos á proclamar «que el ser mejor es el que piensa menos», es incompatible con la filosofía escandinava. De acuerdo con Pascal, coloca la grandeza del hombre en el trabajo del pensamiento, y este trabajo debe terminar en las paradojas del género de las formuladas por la señora Blicher Clausen en su novela. El estudiante convertido en incendiario no ha conseguido desarraigar de su corazón el tradicional respeto á la ley civil. Ha creído leer en todos los ojos la historia de su crimen, ha sentido quebranto su sistema nervioso. En su calidad de médico, no ve para librarse de la obsesión y hallar el equilibrio mental otro medio que el castigo libremente aceptado como una deuda cuyo pago debía hacerle abandonar la sociedad. Advierte su debilidad á Inga Heine, joven de origen israelita y de espíritu completamente libertado del yugo de los convencionalismos.

«La sociedad es indulgente para con las faltas que no consiguen infringir las leyes; despiadadas para las que lo consiguen... ¡Oh, si pudieseis saber lo que pasa en el alma de un hombre que sale de la cárcel! Todo él se lanza hacia la vida que en el exterior palpita; pero sólo encontrará desengaños. ¡Libre... qué ilusión! El hombre que ha sufrido una condena ha terminado de vivir. Jamás será libre. A lo más, se le otorgará un poco de piedad, mezclada con desconfianza. Las sentencias inicuas de la sociedad dan muerte como un veneno lento.»

Inga le responde:

«No creáis que vuestra falta os humilla ante mis ojos; al contrario. Me parecéis grande porque tuvisteis el valor de denunciaros. Por lo demás, todos llevamos algo de que sonrojarnos. No admito que un hombre sea mejor que otro porque su falta no haya tenido castigo.»

Animado por estas palabras, el médico cuenta su crimen:

«Mi naturaleza es tal que nunca he podido soportar la contrariedad de mis deseos. De niño tenía ya una voluntad de hierro. Cuando mi padre me advirtió el triste estado de sus negocios y la necesidad en que iba á encontrarme de renunciar á mis estudios, repuse:—Eso no es posible; yo necesito ser médico. Mi madre lloraba diciendo que todos acabaríamos mal. Mis hermanas hablaban de hacerse criadas. Y era preciso abandonar mi carrera, cuando ya llevaba andado la mitad del camino... La idea del crimen comenzó á germinar en mí. Sabía que éste era el único medio de salvarse. Resolví incendiar la casa. Escogí un día en que toda la familia estaba en el campo. Saqué á las bestias de la cuadra. Jamás he podido hacer sufrir á ningún animal. Las palomas no quisieron abandonar sus nidos. Aún me parece estar oyendo el crujido de sus alas al ser devoradas por las llamas... Creí leer en el rostro de mi padre una desconfianza burlona que ya me parecía hallar después en todas partes: en los rostros de los transeúntes, en los ojos de mi profesor, hasta en las miradas de los enfermos á quienes velaba en el hospital. Me hubiera vuelto loco si no llego á denunciarme... Lo que necesito al presente es encontrar un ser que me dé testimonio de la más absoluta confianza, un ser para quien yo sea intachable, que me ame con amor bastante fuerte para borrar los recuerdos del pasado.»

Inga lo miró un instante y después le volvió la espalda bruscamente. Comprendía que le faltaban fuerzas para resistir la tentación de expresar á este hombre tan cruelmente atormentado la piedad, la ternura de su corazón ardiente. «Las gentes ordinarias no cometen crímenes,» dice ella á su abuela, la señora Heine, que duda al recibir en su castillo un hombre que sale de la cárcel. Inga y el doctor se sienten atraídos por una profunda simpatía, pero el doctor está casado desde antes de cometer el crimen. Ha querido casarse con él á pesar del estigma con que está señalado, y advierte que confió demasiado en sus fuerzas. Un importuno rumor les sigue y atormenta hasta el rincón tranquilo donde Inga vive con su abuela.

«Desde hace quince años, dice la pobre mujer á la señora Heine, no había oído murmurar nada de nosotros. No podéis figuraros cuán duro es ser perseguido por una sombra, por un cuchicheo al que no puede uno sustraerse.»

Inga, verdadera naturaleza de poeta y artista (es pariente de Enrique Heine y su padre fué un gran músico), se indigna ante tanta pusilanimidad.

«Si yo fuese su mujer, exclama, jamás me quejaría. Mi marido sería mi orgullo, aunque hubiese sufrido mil condenas.»

Inga posee «la robusta conciencia» de que carecen el doctor y su mujer. El vínculo del matrimonio le resulta á aquél odioso y está pronto á divorciarse para matrimoniar con Inga, cuando la señora Heine le recuerda la existencia del pequeño Kai, un niño encantador de cuatro años, «cuya felicidad se destruiría si sus padres se separasen, porque perdería el sentimiento de seguridad, que es el más precioso de la infancia.» Con el corazón desgarrado escucha Inga las observaciones de su abuela. El doctor abdicaría voluntariamente sus derechos y deberes de padre. La elección es entre Inga y Kai. Y ella, que tan amplio espíritu tiene, se inclina ante el prejuicio de los derechos del niño.

—«Sin embargo—objeta el médico,—nuestro amor es bastante poderoso para demoler las más altas murallas.

—Algunas veces me parece que moriría con gusto si pudiese solamente destruir los muros que nos separan. Pero ¿y la felicidad de un pequeñuelo?

—Vos decidiréis.

—¡Oh!—exclama Inga.—¿Por qué me dejáis la responsabilidad de la elección? El niño no es mío.

—Quisiera que Kai no existiese. Ha sido un rayo de sol en mi vida; pero sin él consentiríais en casaros conmigo.»

Inga persiste en su negativa y parte para siempre. «Este sacrificio heroico la coloca entre el número de las mujeres dotadas de firme voluntad, de espíritu valeroso, á quienes está reservado añadir un tramo en la gran escalera del templo del Ideal.»

El doctor y su esposa se resignan á vivir juntos, «no como

marido y mujer, sino como padre y madre de un mismo hijo.» Por cariño hacia él aceptan el martirio de la vida común.

«He visto sobre la tierra una multitud de cruces: en ellas hay clavados algunos vivos, puestos dos á dos en el mismo instrumento de suplicio. Están los desventurados unidos por la vida, cuerpo con cuerpo, alma con alma. Uno de ellos quiere conseguir la libertad; sangran sus heridas inútilmente. Sabedlo bien, hombres y mujeres: estos instantes de libertad traen consigo la muerte...»

Así habla la autora de *Inga Heine*. Es necesario que los derechos del individuo estén subordinados á la conservación de la familia, de quien depende la conservación del hijo. Esta felicidad debe colocarle al hombre por cima de su yo; caso muy significativo que indica una evolución de la doctrina individualista.

La novela es notablemente austera en su forma. Y Blicher Clausen no ha querido mostrarnos en su héroe una personalidad superior por el talento y por el espíritu. Se le puede discutir eso de que basta ser un criminal para ser un grande hombre; pero es preciso reconocer que la autora de *Inga Heine* ha sabido conducir con elocuencia su requisitoria contra la sociedad que no satisfacía en consideración del culpable la aplicación de las leyes penales.

Hay un encanto delicado en la psicología de la joven, bastante fuerte para despreciar al mundo, pero que se detiene ante los justos reproches de un niño. La literatura individualista es voluntariamente feminista. Despreciadores durante algún tiempo de la mujer, los filósofos del Norte están hoy de acuerdo en la cuestión del progreso moral de la humanidad sobre la base de la manumisión del alma femenina. Los eternos problemas de lo verdadero, lo bello y lo bueno les parecen íntimamente ligados con las relaciones entre los sexos. La ciencia de vivir se confunde con la ciencia de amar. Lo importante, dice un feminista sueco, no es que el amor sea feliz, sino que sea bastante fuerte y bastante puro para hacer dichosa toda una vida.

Otra novela de la misma escritora, *El tío Frantz*, muestra

la tendencia escandinava á espiritualizar el amor, á colocarle en la categoría de las ideas que sirven para el progreso moral del género humano en lugar de convertirle en pasión tiránica. El tío Frantz ama con amor ardiente y silencioso á su sobrina Kaüe, para quien ha sido un segundo padre. Kaüe, impaciente por vivir, se casa con un actor, cuyo talento y belleza física la han subyugado. Casándose con él «hace traición á lo mejor de sí misma, porque sabe que no le ama como debiera.» El actor es un inconstante que corre de pasión en pasión. Abandonada de su marido, la joven halla en el tío Frantz una simpatía discreta y una ternura dulcísima. Kaüe consigue divorciarse después de tres años de paciente espera, prescritos por la ley danesa, y se casa con su tío. Los goces melancólicos de aquel amor abnegado han hecho al pobre hombre incapaz de soportar otros más positivos, porque muere de la ruptura de un aneurisma la mañana siguiente á la del matrimonio.

.....

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

RELATO SUBMARINO

I

Recuerdo bien que naufragamos un martes de Pascua, á la hora serena y cálida en que el cielo empalidecía. Estábamos frente al cabo de Finisterre, que, á distancia, semejaba el enorme dorso de una serpiente estirada sobre el mar. Sobre el oleaje verde y claro, donde refractaba el amarillo sol declinante, balanceábase nuestro derrengado patache con un cabeceo fuerte y sacudido. Arrimado á la borda, con su pipa albazanada al extremo de los labios, el piloto, de ceño fruncido, rumiaba cóleras y sinsabores que había ido almacenando en su corazón de acero durante su larga y calamitosa vida de marino; y sus ojos inyectados, sanguinosos, posábanse languorosamente en el mar, como para acariciarle con una prolongada caricia visual, rebotante de odio insano. Á popa, dos viejos tripulantes, hombres culembreados por el continuo calafateo de las navegaciones, oteaban el mar, conversando con charloteo de una vivacidad sombría, mientras hacían revirar sus ojos, plateados como los de un besugo que ya no rebulle.

Yo estaba al pie del puente, aguardando órdenes, con reconcentrado miedo, en espera de la tormenta que se acercaba.

En lo lejano del horizonte, hacia la costa, por el lado de Finisterre, congregábanse nubes pardas y compactas y la tempestad rugía con ronca y cava voz. Entre las jarcias silbaban ráfagas de Nordeste, largas y desoladas, vibrando lastimeras, como las notas agudas de una eucarina que hubiese desafinado un tritón. Al oscurecer, el patrón, tético, pensativo y silencioso como un Dios que calcula destrucciones de mundos, mandó arriar velamen. Subime yo al palo de mesana. Hinchá-

das como informes tumefacciones de cordilleras, las turbias olas danzaban sobre el lomo del monstruo oceánico, una danza de agua en torbellino: hacia el Oriente aparecía la luna pálida sobre el mar revuelto; y la costa de Galicia se había esfumado entre las últimas púrpuras del crepúsculo. Con un avance violento, el buque barloventó, gimiendo sordamente.

Desatóse la tempestad sobre nosotros cuando ya había cerrado la noche. De proa á popa, iban hoscos y medrosos los tripulantes, resignados, con una serenidad fatalista, á la terrible evidencia del peligro, y leyendo en los ojos del capitán que, con aire de murnia sorda y dolorosa, escuchaba desde el puente cómo el ronco Nordeste venía á batir los costados del patache.

De súbito, sóbrio y digno, el capitán ordenó con voz cansada: ¡Botes al agua!

Conservo bien distintamente en los nervios de la memoria, el recuerdo de aquel momento. Metime en uno de los botes con el contramaestre y otros cuatro hombres de la tripulación. El *Santa Rosa* desapareció entre las rachas de viento y las cortinas de agua. Todavía escuchamos breve rato los adioses prolongados que nos mandaban los del otro bote, y el gemir de la lluvia en los bordes del patache que se despedía, sacudido por una postrera descarga de agua y viento, con el exterior convulsivo de un agonizante.

II

Entré de marmitón en el *Santa Rosa* al morir mi madre. Tenía yo por entonces trece años y era un rapazazo desarrollado y forzado. Poseía varias y pintorescas habilidades que todos, aun los más sagaces raposos marinos, me reconocían unánimemente: trincaba como nadie, *surolía* que era un primor, y en todo lo que fuese baldear una lancha, escalar un palo de mesana y atracar una falúa al muelle, no tenía quien me aventajase. En mi primera infancia, pusiéronme el graciosísimo mote de *Estrobo*, porque siempre me distinguí manejando y rehaciendo estos pequeños utensilios marinos.

Vagamente recuerdo, de cuando yo tenía unos tres años, la casa de mi madre, baja de techo, frente al mar, con redes siempre puestas á secar en la puerta. De mi padre guardo una confusa memoria; sé que volvía de la pesca todas las tardes á las cinco y que, sin comprender por qué ni cómo, un día supe que había desaparecido, dejando á mi madre en duelo y desconsolada. Pronto olvidé, rapaz como era, la presencia de aquel hombretón recio, dándome á correr por la ribera, á merme descalzo por las peñas, á saltar por las bancas de las traineras y á bregar entre velas y remos.

Con mis recuerdos de infancia al hombro y mi audacia de rapazote, entre pecho y espalda, echeme á la mar un día de San Juan, en el puerto vecino donde me había llevado un hermano de mi padre, para hacerme entrar de grumete en el *Santa Rosa*. Palpóme y resobóme el piloto como á mula de feria; pusiéronme un hatillo bajo el brazo y, con cuatro palabras rezongadas á la sordina por el taciturno capitán del *Santa Rosa*, dime á la vela por vez primera, con rumbo á las Antillas. Mi triste peregrinación por los mares tuvo funesto acabamiento en aquella infausta noche, en que dejamos al patache azotado y abatido por el viento como un tronco seco.

III

Sentíme cogido por una onda que me batía y azotaba con la furia de cien látigos que hubiesen repiqueteado al unísono sobre mis carnes. Agité los brazos con el ansia desgarradora y suprema de los agonizantes en el mar, y sólo distinguí en lo lejano del horizonte la chalupa del *Santa Rosa* que rebri-llaba á la lumbre de una hoguera que sin duda habían encendido para calentarse y que relumbraba roja, intensamente roja, con ese rojor encendido, imponente y terrible de los incendios crepusculares, en que parece como si una chispa de fuego celeste prendida sobre los horizontes fuese á convertir la tierra en un ascua.

¿Me habían abandonado? ¿Qué misterio de agua amarga

había pasado sobre mí? Á la lumbre de aquel fuego siniestro que se hundía en el oscuro abismo del Océano, contemplé mi imagen desencajada reflejándose en el turbio mar. Á poco hendí las muchas concavidades del Atlántico con un gemido angustioso y desgarrador que se perdió silbando como el aviso de una sirena... Luego el bote pareció incrustar su proa en los bordes del cielo como si navegase por un nuevo mar ignoto, mientras yo quedaba desamparado en el inmenso Océano; como cogido por las garras de un salvaje unicornio que hubiese saltado al mar; sin aliento, dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo, con el abandono desfalleciente de los fríos calambres; como arrancado por un monstruo submarino de cien bocas que pretendiera tragarme y hundirme en su vientre escamoso y colosal.....

.....

Ni sé dónde me encontraba. Cercábame por todas partes un muro enorme de arena y peña; el suelo que pisaba era también de peña y arena; y todo esto formaba un conjunto turbio, cenagoso, repulsivo como el *detritus* de una inmensa y negra fábrica subterránea donde se estrujasen vidas humanas, hacinando después todas sus fetideces y sus escorias en la misteriosa infinitud de un gran planeta deshabitado. Aquel inacabable lodazal submarino parecía no tener entrada ni término, como un caos de fango amasado por un decrepito Neptuno. En un remanso que formaban las aguas del Océano hundiéndose en el arenoso lodo, el terreno se hacía cada vez más fétido y viscoso. Encima, las rompientes airadas del Océano rugían con febril hervor.

Encallado en un banco de arena más amarillenta, percibí el casco enorme de un buque de gran porte. Estaba varado, inmóvil y estúpido como un fakir indio. Me produjo una terrible sensación de miedo, de miedo irracional, loco y frenético. Era aquel buque como la petrificación de una vida intensificada. Pero aún me esperaba visión más repulsiva. Sobre el buque, á la borda, á proa, á popa, hombres astrosos, milenarios, reposaban en una quietud somnolente de calma eterna. Tenían luengas barbazas, glutinosas como algas, cabellera de algas también y la piel rugosa, arada, seca, erizada de esca-

mas. Creyéranse sátiros del mar, encarnados en cuerpos de hombres feroces, tristes y centenarios, con sus gruesas pipas atacadas de tabaco.

Todos tenían el semblante oculto entre la glutinosa barba y sus gorras de marino. Sólo el timonel estaba descubierto. Cuando alcé los ojos hacia él, ahogué un irreprimible grito de horror... Aquellos ojos huecos, aquel rostro arado, yo los conocía confusamente, como en el caleidoscopio de un sueño...

¡Y aquel bergantín de quilla robusta, de casco poderoso, de bauprés altanero y enhieste, aquel bergantín que yo tantas veces había visto tallado en madera, sobre un marco de cuadro pequeño, en el desván de mi casa pobre!

Yo reveía aquella escena: la reveía como si lo hubiese visto en una vida anterior, inconcreta y esfumada entre el recuerdo...

¡Y todo era tan pútrido, tan medroso, tan extraño que producía náuseas, las náuseas de lo infinito! Yo lo reconocía todo: aquellas facciones esqueléticas, aquel mirar sin fuego, aquella senilidad caduca é imperecedera, aquella voz temblorosa y cascada que me llamaba, lúgubre, lamentosa, desde las profundidades insondables de una eternidad sin orillas...

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

←-----→

LOS FASTOS DE OVIDIO

LIBRO SEGUNDO

(Continuación.)

Nupta, ¿quid expectas? non tu pollutibus herbis.

¿Qué esperas, dime tú, oh recién casada?
Ni á súplicas, ni á hierbas virtuosas,
ni á mágico cantar serías fértil.
Ofrece con paciencia tus espaldas
de diestra fecundante al latigazo,
y al punto halagará con su dulzura
de abuelo el nombre al padre de tu esposo.
Un tiempo fué en que jóvenes esposas,
cual perseguidas por poder siniestro,
muy rara vez lograban de su enlace
el dulce fruto con ardor ansiado.
«¿De qué, pues, me ha servido, así clamaba
Rómulo, entonces rey, á las *Sabinas*
haber raptado? ¿Sómos más potentes?
¡La guerra! Ese es el fruto conseguido
con tal iniquidad. Á tanto precio
mejor hubiera sido no tenerlas.»
Al pie del *Esquilino* se elevaba
un bosque á excelsa *Juno* consagrado,
indemne de seguir, por mucho tiempo.
Allí los matrimonios se reúnen
doblando suplicantes la rodilla;
de súbito los árboles cimbrean
sus agitadas cumbres, y ¡oh prodigio!

á la deidad se escucha de este modo
hablar de lo interior de aquella umbría:
«¡Madres del *Lacio*! Que cabrón velludo
á vos fecunde.» Atónita se queda
la multitud y de terror transida
á tales, tan dudosas expresiones.

Á un augur, cuyo nombre se ha perdido,
después de tantos soles, desterrado
de *Etruria*, hacía poco, se le ocurre
inmolar un cabrón: látigos hace
de la piel de la víctima: obedientes
á la orden recibida, las esposas
se entregan á sus golpes. Por el cielo
diez veces ya la luna divagara
sus renovados cuernos: el esposo
es padre entonces y la esposa madre.

¡Gracias, *Lucina*, á ti! ¿Debes tu nombre
á aquesa misma selva consagrada,
ó procede tal vez de que tú eres
la diosa á quien debemos ver el día? (14)
Presta ¡oh *Lucina*! tu potente brazo
á la joven esposa embarazada,
á fin de que se libre dulcemente
y en sazón de la carga de su seno.

El día, en que los vientos no engañaban,
termina con la aurora, que se ofrece:
en lo futuro cesa de fiarte
de su voltario soplo: que las puertas
de la prisión de *Eolo* por seis días
están de par en par. Joven *Acuario*
ya desaparece, conservando siempre
su urna inclinada. *Peces*, á vosotros
los caballos del sol su planta guían.
Astros próximos hoy en las alturas,
vosotros erais, otro tiempo, hermanos
en el lugar, en donde cada uno
de vos una deidad llevó en el dorso.
Entonces, cuando *Júpiter* luchaba

por conquistar el éter, fugitiva
 de terrible *Tifón*, *Dione* al *Éufrates*
 llegado había con el dios *Cupido*.
 Sentárase en las márgenes del agua,
 que riega á *Palestina*: en un extremo
 de la ribera erguíanse cañales
 con sauces y con álamos frondosos:
Dione entre ellos su guarida busca,
 y se resguarda allí; pero al instante
 el viento muge; pálida de miedo,
 de mano hostil ya víctima se juzga:
 contra su seno estrecha al hijo amado
 y clama: «¡Ninfas! ¡Oh, favor, auxilio,
 dos númenes salvad!» Dice y se arroja
 y dos peces gemelos la recogen.
 Por beneficio tal fúlgidos brillan
 ahora en el cenit; jamás de entonces
 el pez se ofrece en mesa de los *Sirios*,
 porque al comer un pez, escrupulosos
 cometer sacrilegio temerían.

El subsiguiente sol no tiene fiesta;
 el tercero conságrase á *Quirino*;
 con esta voz á *Rómulo* se adora
 hoy día, ó bien porque, deidad guerrera,
 llevar le plugo en el *Olimpo* el nombre
 del dardo, al que los prístinos *Sabinos*
 llamaban *Curis* (15), ya porque, monarca
 de los *Quirites*, plúgoles á éstos
 su nombre le impones; ó, finalmente,
 por agregar á *Roma* á los de *Cures*.
 Cuando armípote *Marte* vió los muros
 erguidos por la mano de su prole,
 después de triunfador en cien combates:
 «¡Oh *Júpiter*! clamó, de hoy más es *Roma*
 asaz viril y puede sin el brazo
 de *Rómulo* alentar: al padre torne;
 él las veces hará del que he perdido,
 él me recuerde y me devuelva á *Remo*.

El cielo prometiste á un hijo mío:
la promesa de *Júpiter* se cumpla.»
Su frente inclina *Jove*, y ambos polos
á signo tal retiemblan, y *Atlas* gime
al ponderoso azul estremecido.
Hay un lugar—laguna de *Caprea*
llamáronle los viejos—donde leyes
dictaba el gran *Quirino*: allí un día
el sol súbito huyó; doquiera al cielo
densos nublados en tropel entoldan,
y lluvia torrencial rápida cae;
rimbomba horrisonante el ronco trueno,
y rasgan en zig zag el éter puro
los sulfúreos relámpagos ardientes;
todos huyeron: *Rómulo* entre tanto
en carro paternal asciende al cielo.
La plebe en su dolor acriminaba
de horrendo asesinato á senadores,
y quizás no se hubieran visto libres
de tal odiosidad sin el auxilio
que el noble *Julio Fróculo* les diera.
Aqueste regresaba de *Alba Longa*,
de la luna al fulgor, y de repente
oye á su izquierda entrechocar las nubes
con gran fragor: el pánico le obliga
volver atrás; se erizan sus cabellos
viendo á *Rómulo* en medio del camino
con célica beldad, con estatura
mayor que la de un hombre y de la trábea
ornado: «Cesen, clama, los *Quirites*
de lágrimas verter: ya con los dioses
me encuentro, y esas lágrimas me ofenden;
ofrézcaseme incienso, y pía turba
culto me dé, llamándome *Quirino*:
sea el *Romano* en artes de la guerra
siempre señor y vea siempre el mundo
que de *Rómulo* es la ilustre prole.»
Dice y al punto por el aire tenue

huyó la aparición. Próculo llama
á todo el pueblo y núnciale los votos
del gran *Quirino*: se levantan templos
á aqueste dios; recibe una colina
su nombre y en cada año se festeja
el día igual al padre del *Latino*.
Pero ¿de dó procede que este día
también se llame fiesta de los *Necios*?
Te lo voy á decir, y, ciertamente,
menguada es la razón, pero oportuna.
Nuestros antiguos labradores eran
de muy poco saber; acostumbrados
á la guerra feroz, muy más preciaban
el hierro que la esteva; sus campiñas
por mal cultivo les rendían poco;
mas se sembraba el rubicundo trigo,
y hallándose en las trojes la cosecha,
á *Ceres* se brindaban las primicias.
Solían, doctrinados por el uso,
torrefacer el grano, pero á veces
y por su negligencia, se dolieron
de torpes accidentes, pues ó hallaron
negras cenizas en lugar de trigo,
ó se incendiaba su tugurio humilde.
Vino la diosa *Fórnax*, que á los hornos
gobierna. Alegres con tan buen invento
suplican los agrícolas al numen
que él mismo sea tostador del grano.
Hoy todavía jefe de *Curiones*? (16)
designa con litúrgicas palabras
el regreso del sol, en que se debe
la fiesta celebrar de *Fornacales*,
la cual no cae siempre en día fijo.
Suspéndense en el *Foro*, por doquiera,
tablillas, donde puede cada uno
reconocer el signo de su curia;
pero la parte ignara de la plebe,
sin saber á qué curia corresponde,

deja pasar el verdadero día
de tal festividad y la celebra
en el que se le da como postrero.

Se honran también las tumbas: aplacamos
las sombras de los padres y ofrecemos
menguados dones en su muerta pira:
los manes se contentan con muy poco:
estiman la piedad cual don egregio
porque no reina en dioses de la *Estigia*
la sórdida avidez. Han lo bastante
con que la teja sepulcral se oculte
bajo coronas y unos pocos granos
de trigo y unas cuantas pedrezuelas
de sal, y algo de pan mojado en mosto
y algunas violetas esparcidas,
todo en un vaso, que dejarse debe
en medio de la vía abandonado.
Más pompa da, si quieres, á tus cultos,
pero á los manes con lo dicho basta.
Pronunciarás también las oraciones
y las frases litúrgicas al fuego
de su sagrado altar. Justo *Latino*,
modelo *Eneas* fué de píos hombres
y trajo á tu región tales costumbres;
el pueblo, al contemplar cómo se ofrecen
solemnes dones de su padre al genio,
adopta al punto ritos tan piadosos.
En días de cruentas, largas luchas
quedaron, por olvido, sin su culto
los soles consagrados á los manes;
y no hubo impunidad: por este olvido
en los suburbios prende tal incendio
que sus voraces llamas alcanzaron
hasta la misma *Roma*. Se asegura
¡oh prodigio increíble! que los manes
de los mayores, de sus tumbas frías
surgieron, arrojando tristes quejas
en medio de la noche silenciosa,

y además que la turba funeraria
de los espectros tétrica ululando
hinchó de miedo á *Roma* y sus campiñas.
Al fin se tributaron á las sombras
y tumbas los honores exigidos,
y acabaron portentos, y la muerte
cesó de ser cruel. Jóvenes viudas,
en tanto se celebran tales ritos,
no forméis nueva unión; más puros días
esperad para arder pinosa tea.
Y tú, ¡oh rapaza! que á impaciente madre
ya núbil parecías, no toleres
á la recorva lanza que divida
tu crencha virginal (17). Dios de himeneo
oculta tus antorchas; no, no deben
en funeral lucir; las tristes tumbas
han de con otras lámparas lumbrarse.
Hasta los mismos dioses en el fondo
del santuario queden escondidos;
las aras no reciban los perfumes
y cese en el altar de arder el fuego;
que entonces sutilísimas las sombras
de los yacentes en las tumbas andan
por todas partes y á nutrirse vienen
de los allí ofrecidos alimentos;
jamás, no obstante, deben estos ritos
de los días pasar que al mes le quedan
y que igualan los pies de mis cantares.
El día en que concluyen, es llamado
día de los *Ferales* (18), pues se ofrecen
en él los dones que á las sombras calman.
Mas ved aquí que vieja muy añosa
en medio de unas jóvenes sentada
al numen sacrifica del *Silencio*;
mas ella ¿enmudecer?... Ni por asomo.
Con tres dedos recoge tres granitos
de incienso, que en la puerta deposita,
por donde ratoncillo larguirucho

huye por el camino; que se ha abierto.
Después de haber ceñido con tiritas
de los encantos el oscuro rombo,
siete habas negras en su boca mueve:
después coloca al fuego y va tostando
de anchoa una cabeza empecinada,
y ya transida con broncínea aguja,
mas no sin le coser antes la boca.
Hace también algunas libaciones
de vino y lo que en vasos permanece
por ella y sus adláteres se absorbe,
mas la parte mayor la vieja empina.
«Así, prorrumpe, encadenado habemos
lengua enemiga, maldicientes labios.»
Tales las voces son que el vejestorio,
al retirarse, dice, y su talante
revela la embriaguez. Pero ¿qué diosa
es esa del *Silencio*? Vas a oirlo,
según me lo enseñaron los mayores.
En vivas ansias *Júpiter* excelso
ardía por *Futurno*, y ya sufriera
desdenes á tal dios nunca debidos;
pues ora entre avellanos de los bosques
se oculta, ora se hunde en medio al agua,
que, como á su señora, la recibe.
Congrega un día *Jove* á cuantas ninfas
moran ¡oh *Lacio*! en ti, y, en medio de ellas,
les habla así: «*Futurno*, vuestra hermana,
de sí enemiga es: su bien desdeña
por no querer unirse al sumo *Jove*.
Si me servís, también prestáis servicio
a vuestra hermana, y, si mi amor colmare,
verá todos sus votos satisfechos.
Cuando escapar intente, colocaos
en la margen, á fin de que no pueda
somorgujar sus miembros en las ondas»,
dijo, y á sus deseos obedecen
las ninfas *Tiberianas*, las que viven

do tú, *Iliá*, de un dios esposa has sido.
Entre estas habitantes una había
—Lara su nombre; —sílabas primera (19)
de nombre tal dos veces repetida
formaba en otra época su nombre,
nombre que anuncia impertinente lengua;
ya varias veces *Almo* te dijera:
«Hija, tu lengua ten»; pero la joven
Efeta, hablando, al punto al lago escapa,
donde *Futurno* mora, y tal le dice:
«¡Oh, hermana de las *Náyades*, evita
la margen de los ríos!» Y le cuenta
lo por *Júpiter* dicho; luego marcha
á ver á *Funo* y dícele oficiosa:
«Arde de amor tu esposo por *Futurno*.»
Airado *Jove*, prívala de lengua
por indiscreta ser, y acto seguido
llama á *Mercurio*: «Llévala á los mares,
le dice, á esa región en donde reina
silencio pavoroso: yazga ninfa
mas ninfa en la laguna del infierno.»
Las órdenes de *Júpiter* se cumplen;
marchan los dos; atravesando un bosque
Mercurio encuentra hermosa á aquella ninfa,
y alampa por gozarla á todo trance.
Quiere mover la náyade sus labios,
mas todo inútil; permanece muda,
y una mirada suplicante opone
tan sólo al violador. Ya se halla en cinta;
dos gemelos da á luz, que son los *Lares*,
custodios de las vías, y, sentados
en el hogar, vigilan nuestras casas.
En el siguiente sol se rinde culto
á las *Caristías*, nombre originario
del afecto reinante entre parientes;
que en hora tal se juntan las familias
en un banquete mismo. Ya honorada
la tumba de los suyos y en memoria

de aquellos que perdimos, es muy dulce
 aproximarse á los parientes vivos;
 que después de llorar á los difuntos
 se gozan nuestros ojos en posarse
 y en contar los vivientes, que nos restan.
 ¡Oh! acudan los sin mácula; huyan, huyan
 el hermano cruel, la madre impía,
 que al dulce fruto de su seno ahoga,
 y el que los años cuenta de su madre,
 y el que medita que su padre tarda
 en expirar, y la madrastra inicua
 que oprime con el peso de su furia
 á la hija de su esposo: lejos, lejos
 de *Tántalo* la raza: fuera, fuera
 la esposa de *Jansén*, y quien semillas
 entregó al labrador (20) carbones hechas.
Procne de aquí se aleje con su hermana
 y *Tereo*, el autor de su infortunio,
 y cuantos su caudal crecen con crimen.
 Quemad, quemad aromas en el ara
 del genio tutelar de la familia,
 porque, según se dice, la *Concordia*
 en ese día es blanda á nuestras preces.
 En el vaso poned de sacrificios
 el cibo que reclaman nuestros *Lares*,
 dioses de suelto ceñidor: ponedles
 á los pies del banquete las primicias,
 porque les es muy dulce tal ofrenda;
 y cuando, muy entrada ya la noche,
 busquéis plácido sueño, asid la copa
 de libaciones, elevad orantes
 las manos, y, vertiendo dulce vino,
 estas palabras pronunciad solemnes:
 «Vigilen por nosotros las deidades,
 y, ¡oh Padre de la Patria, óptimo César,
 por ti también!»

Pasada ya la noche,
 honor tributarás, según es uso,

al numen, que los límites señala
de nuestros campos! *Término* divino.
ya se te adore en forma de pedrusco,
ya en la de tronco de árbol arrancado
del seno de la tierra, no, por ende
dejas de ser divinidad augustal
Los amos de los predios colindantes
corónante á la par y te tributan
dos guirnaldas y dos pasteles sacros.
Levántase un altar: la esposa entonces
del labrador al atrio se dirige
á traer del hogar algunas brasas
en un cacharro; un viejo parte astillas,
y elevado montón forma con ellas
y jadea al clavar en duro suelo
estacas con que arder fogata alegre.
En tanto enciende las primeras chispas
con hojas y cortezas desecadas,
cabe él está un rapaz, en cuya mano
hay anchas cestas, y, después que el trigo
al fuego por tres veces se ha arrojado,
ofrece la más joven hermanita
de dulce miel panal recién inciso;
otros el vino traen: con su copa
rocía el fuego cada cual; la turba
de blanco revestida guarda atenta
silencio religioso. Con la sangre
de una cordera la sagrada efigie
del *Término* común queda regada;
mas no se enoja, si una puerca en leche
se le brindara en vez de una cordera.
En tanto ya se juntan los vecinos
y se sientan en torno de un banquete
donde se explayan rústicos sus goces
y cantan en tu honor, *Término* santo.
Tú á pueblos, ciudades, grandes reinos
límites marcas, y sin ti sería
el más breve rincón de nuestro mundo

perenne manantial de mil discordias.
Sin ninguna ambición, incorruptible
eres custodio fiel y sacrosanto
de fincas á tu celo confiadas.
Si en otros días tu mercado hubieras
las lindes á los campos de *Tirea* (21)
gozaran vida los trescientos bravos;
Othryades no su nombre gravaría
en un trofeo de armas sanguinosas.
¡Cuánta sangre vertió por dulce patria!

V. S. C.

(*Concluirá.*)

LA CUADRUPLE ALIANZA

Es inútil cerrar los ojos ante lo que evidencian los hechos. ¿Qué ventajas le ha reportado á Francia la duple alianza con Rusia? Ninguna, salvo el contar con la amistad del coloso moscovita, que la considera como un adlátere que le guarde las espaldas ante las contingencias de lo porvenir, y la preserve de los peligros que pudieran venirle de la parte occidental de Europa.

¿Qué utilidades le ha reportado á Italia la triple alianza? En el fondo, ninguna; en la forma, representar en el concierto europeo un papel cuyo debut le ha costado muy caro, y si no díganlo los gastos extraordinarios en un armamento que de nada le sirvió, ni aun cuando llegó la debâcle de Abisinia.

¿Qué provecho ha sacado Portugal de su amistad con Inglaterra? Que ésta le considere como un jalón entre la metrópoli y sus colonias y que mate todas sus iniciativas de aumento territorial en Africa, en aras del engrandecimiento de la Gran Bretaña en aquel continente.

¿Qué ha obtenido España de su aislamiento cuando han llegado momentos supremos en que necesitaba, aunque no fuese más que el apoyo moral de las demás potencias para conservar su derecho? Promesas inútiles y desdenes que animaron á sus enemigos á realizar el despojo de su poderío colonial, á ciencia y paciencia de los demás Estados.

De poco ó nada le sirven á Italia sus aliados para desarrollar en Africa su política de expansión colonial.

Portugal no ha hallado apoyo en Inglaterra para el engrandecimiento de sus posesiones africanas.

Francia no necesita de Rusia para desarrollar en el continente africano sus aspiraciones de aumentar su poderío en las tierras de Africa.

España no acierta á comprender sus intereses y deja que ingleses y franceses se convengan para el mejor aprovechamiento del caduco imperio marroquí, como si los españoles no tuvieran preferente derecho á intervenir en cuanto pueda relacionarse con los asuntos del Mogreb.

Puede Francia por cuenta propia, sin contar con Rusia, determinar lo que más favorezca á sus planes de predominar en la región septentrional africana ó en cualquiera otra. Es indudable que Inglaterra, sin necesidad de preocuparse de Portugal, su antigua amiga, adopta, respecto al vecino continente africano, lo que mas le plazca para la satisfacción de sus ambiciones y buena prueba de ello es la última campaña contra los boers.

Pero ¿puede España por cuenta propia llevar su esfera de acción más allá de las fronteras? Es indudable que no; aunque tal limitación obedezca á la falta de tacto de sus políticos, que han dejado perder múltiples ocasiones en que pudieron hacer sentir lo que podían y valían los intereses de España en su relación con los asuntos exteriores y particularmente en los relacionados con Marruecos; pero puesto que esto no se ha tenido presente de un modo serio hasta ahora, llega la ocasión de que se piense por los que se encargan de dirigir la política del país en que el aislamiento es perjudicial, y que de unirse con alguien se debe buscar la amistad de los que tienen intereses comunes, y de ahí la necesidad de que España se alie con Francia, Italia y Portugal, para formar con ellas algo superior á la duple y á la triple alianza, algo que contrarreste su poderío á la Gran Bretaña en los mares y la fuerza del imperio ruso por tierra, y que, sirviendo de vínculo de unión la igualdad de raza, la identidad de aspiraciones y la comunidad de intereses, siquiera fuese respecto á los asuntos relacionados con el continente africano, constituyese entre los pueblos hermanos la cuádruple alianza, que sellarían los mutuos afectos y no podrían romper ni eslavos ni germanos ni sajones, por poderosos que fueran.

GABRIEL MARÍA VERGARA.

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

El hecho de más nota ocurrido en España durante el pasado Agosto ha sido el de la publicación del reglamento para la ejecución de la ley de descanso dominical. Con verdadera saña han caído sobre él tirios y troyanos, analizándole y desmenuzándole punto por punto, y encontrándole, no ya deficiente, sino hasta absurdo en muchos extremos. *Justicia y no por mi casa*, dice una frase castellana harto vieja, y, en efecto, mucho de lo que ésta significa puede haber en tanta enconada crítica y acerba censura. Aparte de que todo cuanto se haga bajo la dirección de D. Antonio Maura tiene la enemiga de un crecido número de gentes. Ello podrá carecer de gran fundamento, pero es un hecho. Aparte de lo cual, la redacción de tal reglamento es obra sumamente difícil por el infinito número de detalles que hay que tocar y el modo vario con que el espíritu de la ley debe aplicarse á cada uno. Si ninguna disposición legal sale perfecta y acabada de primera intención, con más motivo que otras será deficiente un reglamento que tiene que abarcar tantas minucias. La práctica y sólo la práctica irá diciendo lo que falta ó lo que sobra. Si alguno me preguntara mi particular opinión, le diría que las tales ley y reglamento, otorgados en virtud de largas y tendidas peticiones, va á ser letra muerta para muchos casos, y que las contravenciones contra el último estarán protegidas por la masa social, que más vive de costumbres que de leyes. ¿En qué se mete en los corridas de toros? Deje á cada cual que toree cuando quiera y como quiera. Será la prohibición por evitar trabajo á los toreros. Pero ¿los toreros lo han pedido? ¿Lo pide el público? Esto es meter una cuestión de civilización, de cultura, de gustos y costumbres, dentro de un reglamento hecho para evitar que los patronos abusen del trabajo de los obreros, ó sea la admisión y concesión de una de las peticiones socialistas.

En fin, lo que fuere sonará, y ya veremos lo que resulta antes de seis meses.

*
**

Cierta parte de la prensa ha resucitado los desdichados sucesos de Alcalá del Valle, y con ello los ataques á la Guardia civil. Es de notar que á la Guardia civil se la llama por antonomasia la *benemérita*, significando este nombre la gratitud social á dicho instituto, por los infinitos servicios que ha hecho, hace y hará en los tiempos venideros. Todos saben la eterna canción de los criminales que han sido maltratados por la Guardia civil. No puede haber persona de juicio que pueda creer lo que de la benemérita dicen los anarquistas y vagabundos. En cambio, los más saben que en tal ó cual ocasión un oficial, un cabo ó un simple guardia prestó este ó el otro servicio, ya á ellos mismos, ya á sus parientes ó amigos, y siempre con afabilidad, con agrado y con formas cultas, como sus reglamentos les mandan. ¿Quieren hacernos creer que un cuerpo tan altamente honrado, tan leal, tan noble, un cuerpo cuyos individuos exponen á diario sus vidas por salvar las de otros, ha caído en las bajezas que suponen los relatos de los anarquistas? Afortunadamente esta hostilidad no halla eco; se sabe quiénes son los acusadores y quiénes los acusados. Y la acusación resulta totalmente inverosímil, cuando en ella se citan hechos que no cometieron Nerón, ni César Borgia, ni la Inquisición en sus tiempos más furiosos; hechos para cuya enunciación hay que emplear palabras impropias de todo lenguaje culto, palabras que sólo pueden aparecer en los libros de medicina, resultando que los periódicos que hacen tales relatos hay que guardarlos para que no caigan en poder de mujeres ó chicos. Es una tendencia al escándalo sucio, que sería de desear no prosperase. Las acusaciones á la Guardia civil seguirán produciéndose por bandoleros y tumultuarios; pero el cuerpo social seguirá llamándola la benemérita, porque lo ha merecido y lo merece.

* * *

Huelgas. La de consumidores en el Ferrol resulta, no diré imponente, pero sí divertida, hasta cierto punto. Los de consumos huelgan, reclaman la ayuda de los obreros, y éstos se la prestan, siendo así que unos son empleados y otros jornaleros, que á diario se pelean éstos con aquéllos y que no hay honrado fielato que no presencie con frecuencia cómo Juan y Pedro se tiran la zarpa á la greña. ¡No podía resultar otra cosa de la conjunción de elementos tan discordes!

La huelga de consumidores y la ayuda que se la presta significan la libertad del matute, libertad preciosa, merced á la cual los pobres que apenas disponen de dos pesetas, pueden adquirir y llevar á su casa los géneros alimenticios, en precios

relativamente baratos. La ayuda es lógica y bajo cierto punto de vista, huelga y ayuda son hasta meritorias. La huelga de consumidores, si se repite, se debe proclamar al grito de «¡viva el matutel!»

* * *

Otras huelguécitas más ó menos jaleadas, viajes de S. M. el Rey sin novedad particular, veraneos de personajes, entrevistas con ellos, unas reales y otras supuestas; relatos de las mismas un tanto dramatizados, pintorescos ó fantásticos, y algunas algaradillas contra frailes ó devotas, forman la suma de todo lo demás ocurrido en casa durante el finado Agosto.

II

Salgamos del patrio domicilio. Estamos en Amsterdam, donde se celebra el Congreso socialista. Nos parece bien que cada cual cuide de sus intereses, y que se armonicen las aspiraciones. Hubo pocas sesiones, pues no es necesario hablar mucho para decir lo que hace falta; pero el final muy mediano. Fué éste la ratificación del acuerdo de Dresde, esto es, la intransigencia obrera con todas las demás clases sociales. Pero ¿creen los socialistas que en una lucha con la sociedad entera van á vencer? ¿No vieron hace tres ó cuatro años que en Bélgica la guardia cívica dominó la huelga general en un solo día, acallando los alborotos originados por la propia huelga? ¿No ven hoy mismo que sus exageraciones amenazan dar al traste con la prosperidad de Marsella, dejando en espantosa miseria á muchos millares de obreros? Las lecciones de la experiencia deben servir para algo, y los radicalismos concluyen con aquello que quieren proteger. Lo principal del Congreso ha sido una lucha entre dos franceses, Jaurés y Guesde, aquél transigente y éste intransigente. Venció el segundo. Tan rotundas conclusiones más parecen de un déspota que de un Congreso compuesto de personas que quieren pasar por ilustradas. Es fácil que sus determinaciones no den resultado, máxime si se atiende á que la proposición de huelga general ha sido desechada por muchos votos, lo cual significa en alguna manera la nulidad del acuerdo de intransigencia total.

* * *

¿Y qué tenemos de la guerra ruso-japonesa? Perdonen los noticieros, tanto europeos como asiáticos, que se les diga que de sus noticias apenas son creíbles la décima parte. Y sepan

que en leal y honrado proceder deben cumplida satisfacción á los chinos que llegan á Chefú, porque les cuelgan todas las tremebundas nuevas que de Puerto Arturo nos llegan. Es muy fácil y socorrido achacar á los chinitos estas cosazas, aunque se inventen en Londres, porque los del Celeste Imperio ni se quejan ni demandan á nadie por embustero. Pero vamos al caso. Salió la escuadra rusa de Puerto Arturo, fué tras ella la japonesa, la alcanzó, y empezó entre una y otra un diálogo á cañonazos. No hubo más que cañoneo, ningún acorazado dió á otro un espolonazo y tampoco ninguno abordó á su contrario. No se fué á pique ni fué capturada ninguna unidad, por todo lo cual este combate más bien merece el nombre de cañoneo que batalla. Resultado: cuatro barcos rusos importantes recibieron averías serias, y para evitar naufragio se acogieron á puertos neutrales, donde, según el derecho internacional, han sido desarmados, quedando inútiles para la continuación de la guerra. Los demás acorazados y cruceros retornaron á Puerto Arturo y allí están. De las pérdidas japonesas no sabemos nada. Estos orientales se callan muy buenas cosas; pero, atendiendo á que los rusos no tiran con confites, á que no son unos miedosos, sino unos bravos, y á que el grueso de su escuadra volvió á Puerto Arturo sin sufrir alcance ni persecución, podemos en buena lógica deducir que los japoneses tuvieron también considerables pérdidas, y que han llevado sus barcos averiados á los puertos del mismo Japón, que están muy cerca. Estos barcos saldrán recompuestos de los arsenales más ó menos pronto, y reforzarán á Togo, al paso que los rusos no podrán hacer lo mismo por su desarme en los puertos neutrales. Resulta un cañoneo indeciso en sí mismo, pero de consecuencias favorables á los japoneses por la razón indicada. Estos razonamientos se afirman advirtiendo que la escuadra de Togo, desde el cañoneo, no ejecuta contra Puerto Arturo los frecuentes ataques que antes hacía, y eso que ahora es cuando más venían al caso para ayudar á las hostilidades por tierra.

La división naval rusa de Vladivostok ha tropezado con la escuadra japonesa del Almirante Kaminura, y ha perdido en el combate uno de los tres cruceros que la componían, salvándose los otros dos, y yendo bastante maltratados á refugiarse en el mismo puerto de Vladivostok. Esta es una verdadera victoria, cuyo resultado está patente, pues merced á ella el estrecho de Corea queda libre de enemigos, y los japoneses pueden transportar con seguridad todo cuanto quieran de personal y material desde sus islas al teatro de la guerra.

¿Y la tan cacareada escuadra rusa del Báltico? O no existe

tal escuadra, ó tiene infinitas é importantes deficiencias, ó el Czar no quiere mandarla á Oriente, por el recelo de que puedan originarse complicaciones que hagan necesaria su presencia en los mares de Europa. Contrasta esta inactividad con la actividad rusa armando y haciendo navegar barcos que persigan y capturen á los que hagan contrabando de guerra, ó se suponga que lo hacen, de lo cual ya se han dado bastantes casos. Alguno de éstos podría originar rompimientos, y tal vez por ello la escuadra del Báltico no sale de donde está. Esto no pasa de conjetura.

Y poco más de conjetura es el éxito de la suma de combates reñidos en las inmediaciones de Liao Yang. Podemos dar por cierto que el General en jefe ruso quiso hacer de esta ciudad un centro eficaz de resistencia, reuniendo tropas y acumulando medios; y que el mariscal japonés Oyama, reuniendo también el máximum de soldados, pretendió apoderarse de las posiciones y ocasionar á su adversario una formal derrota. Ante todo, pueden nuestros lectores creer que los efectivos de ambos ejércitos han sido grandes, pero no tan grandes como los periódicos han dicho; que ha habido bastantes combates y que han entrado en fuego muchos cañones, pero no los 1.300 que algún noticiero ha sumado. Rusos y japoneses han estado bien dirigidos y se han batido bien, pero ni aquéllos han logrado parar á éstos, ni éstos han conseguido batir formalmente á aquéllos. El conjunto de todo resulta una batalla de posiciones, ganada por los japoneses, tras larga lucha y con pérdida considerable de hombres. Veremos en los días sucesivos si los vencedores cogen á los vencidos muchos prisioneros, muchos cañones y mucho material, si los desbandan y desorganizan y si avanzan y adquieren considerable extensión de territorio. Si es así, la victoria y la derrota serán verdad; pero si no, una y otra son relativas y de cortos resultados. Pasando revista á la Historia, hallamos batallas análogas á las de Liao-Yang, muy reñidas, ganadas por uno de los contendientes, y pobres en consecuencias para la continuación de la guerra. Muchas hay, pero las más de citar son las de Ligny, en vísperas de Waterloo, y la de Solferino, muchos años después. Ya veremos lo que en definitiva resulta de ésta de Liao-Yang.

El sitio de Port-Arthur sigue, pero un poco lánguido. No han hecho los sitiadores en estos últimos días grandes esfuerzos para apoderarse del resto de las fortalezas exteriores de la plaza. Díjose que Oyama había llamado á su campo una parte de las fuerza sitiadoras. Si así fuera, no habría conseguido poco Kouropatkine, y el hecho acusaría un principio

de debilidad numérica en el ejército japonés. Pero no sabemos si la noticia es cierta.

El drama bélico resulta en conjunto muy interesante y sin visos de conclusión.

*

* *

La cuestión de Marruecos se complica más cada día, y lo que en ella más claramente se advierte es la oposición de los marroquíes á toda ingerencia extranjera. La creación de una policía francesa, ó mandada por franceses, en Tánger puede ocasionar un alzamiento de los naturales; esto produciría la necesidad, en la propia Francia, de ocupar el mismo Tánger, ocupación á la que se opondrían Marruecos, Inglaterra y España. Y de aquí, ó de otro incidente, el lío gordo. Ya lo ven más de cuatro, y de ahí que nuestro tratado no salga.

L. MARISCAL.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Poesías, por D.^a ELADIA BAUTISTA DE PATIER, viuda de Pantoja, con un prólogo de D. Carlos Cano.—Mula, 1904.

La Sra. Bautista de Patier no es una desconocida en el mundo de las letras.

En el antiguo semanario madrileño *La Violeta*, donde colaboraban, entre otros escritores notables, el famoso poeta Grilo, vieron la luz diferentes versos de la inspirada poetisa murciana; y ésta, desde entonces, ha seguido cultivando con singular acierto la literatura.

En el presente volumen incluye poesías de índole diversa, religiosas en gran parte y amatorias algunas; pero todas revelan un espíritu eminentemente femenino, por el sentimiento hondo, la ternura exquisita, el estilo apacible, el decoro de la frase, la delicadeza suma que impregna todas sus composiciones.

Los versos siempre son correctos, sonoros y fáciles, sin complicaciones artificiosas, sin exóticas exquisiteces.

Se ve que la poetisa ha convivido más con los viejos poetas castellanos, henchidos de concepciones románticas y de imágenes serenas y un tanto candorosas sobre hombres y objetos, que con la generación literaria actual, analizadora y sombría.

Los versos son tranquilos, resignados, aun cuando reflejan estados de ánimo en que el dolor espolea. Una oleada de fe cristiana de dulce idealismo, de paz espiritual los vivifica, y hace confortadora su lectura.

Murcia tiene en la Sra. Bautista de Patier una de sus hijas más ilustres, y de las que más han trabajado con el ejemplo por deshacer la falsa leyenda de que la mujer ignorante es la mujer ideal.

* * *

Flors d'un día. Un tomo de poesías de 180 páginas escritas en lenguaje mallorquín por el presbítero D. MIGUEL GAYÁ Y BAUZÁ, con prólogo de D. Pedro Peña y Nicolau.—1904.

El Sr. Gayá confiesa modestamente que no es un profesional en la poesía, y que á ruegos de amigos suyos da á la estampa diversas composiciones que escribió en momentos de vagar, inspiradas la mayor parte en asuntos religiosos ó en la muerte de personas queridas.

Resplandece en sus versos serena resignación, delicadeza en el sentir, sencillez en la factura, y en algunos inspiración cristiana no vulgar.

La circunstancia de estar escrita la obra en lengua mallorquina me impide apreciar los matices de la forma en toda su precisión; pero por su lectura me parece descubrir á un cultivador afortunado de la poesía religiosa, tan rara en estos tiempos, y del lenguaje mallorquín, á cuyo renacimiento, como al de otras hablas regionales, asistimos en nuestros días.

* * *

Étude sur les dents après la mort au point de vue médico-légal. *Comunicación presentada á la Asociación francesa para el adelanto de las ciencias (1902) por el DR. OSCAR AMOEDO, profesor en la Escuela Odontotécnica de París.—1904.*

El Dr. Amoedo, ilustre cubano avecindado en París, es una de las notabilidades de la ciencia odontológica, que compite ventajosamente en la capital vecina con las mayores eminencias extranjeras, ocupando puesto preeminente en la colonia americana.

En diversos Congresos y Asambleas médicas internacionales ha hecho gala de profundos estudios en la materia de su especialidad, y sus memorias y trabajos múltiples sobre asuntos dentarios constituyen extensa y sólida bibliografía acerca de éstos.

Su última obra, objeto de estas líneas, se consagra á estudiar las alteraciones que sufren los dientes después de la muerte, asunto no investigado hasta la fecha.

También trata de las alteraciones que experimentan los dientes bajo la acción del fuego, y de la identificación de los cadáveres por medio de los dientes, materia esta última de gran importancia en medicina legal, y concluye con una compilación de las leyes sobre la ausencia, vigentes en los principales países, para probar lo transcendental de las identificaciones.

Dado el carácter técnico de la obra, omitimos pormenores, aconsejando á los profesionales é interesados en la materia que lean la memoria del notable especialista.

J. D.

* * *

El Estado. *Elementos de política histórica y práctica, por WOODROW WILSON. con una introducción de Oscar Drownin. Traducción española por Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo. — Dos tomos: su precio 12 pesetas en Madrid y 13 en provincias. — Madrid, librería de D. Victoriano Suárez, Preciados, 48.—1904.*

Uno de los mejores libros que se han publicado en estos últimos años sobre la teoría del Estado es el del escritor norteamericano Woodrow Wilson. Las materias que se tratan magistralmente, tanto en el primer tomo como en el segundo, son las

siguientes: En el 1.º: Las primeras formas de gobierno.— Los gobiernos de Grecia.— El gobierno de Roma.— La dominación romana y el derecho romano.— La política y el gobierno teutónicos durante la Edad Media.— El gobierno de Francia y los gobiernos de Alemania. En el 2.º: Los gobiernos de Suiza.— Las monarquías dobles de Austria-Hungría y de Suecia-Noruega.— El gobierno de la Gran Bretaña — El gobierno de los Estados Unidos.— Resumen: desenvolvimiento constitucional y administrativo.— Naturaleza y formas del gobierno.— El Derecho: su naturaleza y su desenvolvimiento.— Las funciones del gobierno y los fines del gobierno.

Woodrow Wilson estudia con todo detenimiento las funciones del Estado, afirmando que éste sólo debe intervenir en lo que sea indispensable á la vida social ó industrial, y que no tenga el carácter de monopolio necesario. El origen del Estado, según nuestro autor, se halla en la familia, y el parentesco es el primer fundamento de la organización y de la autoridad social. No se negará que hay cierta confusión entre los términos Estado y gobierno, pues como dice perfectamente el Sr. Posada, «jamás se sabe de una manera clara y precisa si lo que se trata de descubrir en el *origen*, ó de razonar en el *fundamento* es el Estado ó el gobierno.»

En nuestro sentir, y conste nuestra falta de competencia en asuntos jurídicos, la obra de Wilson más bien que filosófica es histórica, más que un estudio sobre el fundamento del Estado es una relación de hechos ó una historia política que comienza en las razas arias y semitas y termina en nuestros días. El historiador, el erudito, el conocedor de la vida de los pueblos antiguos, medios y modernos se ve en todas las páginas del libro, no apareciendo apenas el pensador, ni el hombre que mediante su poderosa inteligencia resuelve ó intenta resolver los difíciles problemas que sobre el Estado agitan las sociedades modernas. Conténtase con decir que «El Estado moderno ha sido ampliamente *desocializado*. La idea moderna de éste es: el Estado ya no absorbe al individuo, sólo le sirve. El Estado, tal como aparece en su órgano, el gobierno, es el representante del individuo, y no es un representante más que dentro de los límites determinados por las Constituciones; en lo demás cada hombre dirige sus relaciones sociales. En lugar de decir *el individuo para el Estado*, es preciso decir *el Estado para el individuo*» (1).

Por lo que respecta á la traducción, con decir que está hecha por D. Adolfo Posada está dicho todo.

* * *

El problema social agrario en España.—*Conferencias sobre dicho tema dadas en el Ateneo de Madrid el 21, 23 y 25 de Mayo por los Sres. Moret, Ugarte y Conde de San Bernardo.*

A las mencionadas conferencias, organizadas por la Cámara Agrícola de Madrid y por la Asociación de Agricultores de Espa-

(1) T. II, p. 440.

ña, cuyo digno presidente es el Sr. D. José de Cárdenas, asistió S. M. el Rey. Desearíamos que el libro se repartiese profusamente, que nuestros agricultores lo leyesen y sobre todo que se llevaran á la práctica las teorías allí expuestas.

* * *

Municipalización de servicios públicos, por JOSÉ GASCÓN MARÍN, *catedrático de Derecho administrativo de la Universidad de Sevilla.*—*Biblioteca de Derecho y de Ciencias sociales.*—*Su precio: en Madrid, 3,50 pesetas; en provincias, 4.*—*Madrid, librería de Victoriano Suárez, Preciados, 48.*—1904.

El asunto no puede ser más importante ni de más actualidad. Si en el extranjero se estudia con detenido examen el problema municipal y se escriben miles de volúmenes para tratar labor tan compleja, en España, donde la política ha hecho del municipio una oficina del cacique ó del diputado á Cortes, donde los presupuestos se hacen para cumplir un precepto legal y nada más y donde los alcaldes y los concejales, lo mismo que los empleados de los ayuntamientos, carecen, generalmente hablando—pues honrosas excepciones las hay en todas partes,—de capacidad y desinterés, de laboriosidad y del conocimiento de las diversas funciones técnicas que corresponden á los municipios, el libro que nos ocupa tiene capital interés. El Sr. Gascón, conocedor como pocos de la ciencia administrativa, examina la moderna corriente municipalizadora de servicios en el extranjero, haciendo notar sus ventajas é inconvenientes y mostrando, por último, que es conveniente en España la ampliación y municipalización de aquéllos. Volvemos á repetir que el libro del profesor de Sevilla debe ser leído mucho porque á todos interesa, en particular á los gobernadores, alcaldes y concejales.

* * *

Histoire du dogme de la divinité de Jésus-Christ, par ALBERT RÉVILLE, *professeur au Collège de France.*—*Un vol. in-16 de la Bibliothèque de Philosophie contemporaine. troisième édition revue, 2,50 francs.*—*Felix Alcan, editeur, boulevard Saint-Germain, 108.*—*Paris, 1904.*

Con un espíritu eminentemente filosófico y con profundo conocimiento de la materia, Mr. Réville ha sintetizado en su libro la historia del dogma de la divinidad de Jesucristo. Entre los capítulos más notables se citarán: *Los primeros discípulos de Jesús, Atanasio y Arrio, La ortodoxia católica y El siglo XIX.* No es extraño que en poco tiempo se hayan agotado dos ediciones y que suceda lo mismo á la tercera, porque, tanto por la forma como por el fondo, más por la primera que por el segundo, la *Historia del dogma de la divinidad de Jesucristo* llama poderosamente la atención. De mí puedo decir que comencé á leerla y que no la dejé de la mano hasta encontrar la palabra *fin*. Y téngase en cuenta que no estaba

conforme con la doctrina expuesta, con mucha brillantez y colorido, por el ilustre profesor del Colegio de Francia. Si en la historia del dogma poco he encontrado que no se ajuste á los principios de severa crítica, en la última parte de la obra, cuando Mr. Réville, dando rienda suelta á su razón, expone la idea que la sociedad moderna debe tener de Dios y de la santidad, en estos puntos no estoy conforme con las doctrinas contenidas en la obra de que se trata.

*
*
*

L'intelligence et le rythme dans les mouvements artistiques, par MARIE JAELL.— *Un volume in-16 de la Bibliothèque de Philosophie contemporaine, 2,50 francs.*— *Felix Alcan, editeur.*

M.^{me} Marie Jaëll se propone demostrar que el esfuerzo mental aplicado al movimiento artístico da resultados muy apreciables y bastante rápidos. El libro se halla dividido en tres partes, las cuales se intitulan: *L'éducation de la pensée et le mouvement volontaire*, *Le toucher musical* y *Le toucher sphérique et le toucher contraire*. Ventajosamente conocida M.^{me} Jaëll en el mundo literario y artístico desde que publicó su precioso libro *La musique et la psycho-physiologie*, la obra que ahora ha dado á luz no es inferior á la primera.

Y en este lugar, me he de permitir recomendar una vez más á los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA la *Biblioteca de Filosofía contemporánea* que, con aplauso universal, edita en París el antiguo y conocido librero Félix Alcan. Si en Francia, en Italia, en Alemania y hasta en Portugal se hallan suscritos á dicha publicación los establecimientos de enseñanza y de recreo, las Universidades y los casinos, ¿por qué no sucede lo mismo en España?

*
*
*

Primer curso de Lengua francesa, por D. VÍCTOR VIGNOLLE DE CASTRO, *catedrático y director del Instituto de Cabra*—*Madrid, 1904.*

El Sr. Vignolle acaba de publicar la tercera edición de su *Primer curso de Lengua francesa*. Acerca de la bondad del libro se dirá que, apenas publicada su primera y segunda edición, muchos profesores de francés en los Institutos lo adoptaron como texto, con no poca satisfacción de los alumnos que estiman la claridad, sencillez, orden y método de la mencionada obra.

PEDRO ANSÚREZ.

*
*
*

Estética y crítica musical, por el P. FR. EUSTOQUIO URIARTE, *agustino del Real Monasterio del Escorial; con la biografía del autor por el P. Fr. Luis Villalba, de la misma Orden.*—*Juan Gili, editor, Cortes, 581, Barcelona.*

En esta obra, además de las consideraciones generales acerca de lo que debe ser la ciencia Estética musical y de la exposición razonada y crítica de los principales sistemas que han tratado de

explicar la belleza del arte del sonido, se encuentra expuesta desde un punto de vista filosófico y racional la teoría estética de todos los géneros musicales (*lírico, dramático, religioso y sinfónico*), y confirmada después en sazonados artículos críticos, ya acerca de las obras y compositores más notables, ya aplicados á la resolución de los problemas artísticos que más hondamente preocupan á los críticos musicales españoles.

Orígenes é influencia del romanticismo en música,
El lirismo en música,
El drama lírico,
La ópera nacional española,
El poema sinfónico y Berlioz,

son títulos de otros tantos sabrosísimos capítulos, llenos de interés, saturados de la más sólida doctrina y que respiran una amplitud de criterio y alteza de miras verdaderamente notables; sin contar que, habiendo sido el P. Uriarte el *primero que predicó en España la restauración de la música litúrgica*, van aquí también los primeros escritos publicados en nuestra nación en favor de la

Restauración gregoriana de la música litúrgica

según la tradición, y en *igual sentido en que nuestro S. S. P. Pío X lo ha decretado últimamente.*

Por el mismo concepto son oportunísimos y de palpitante actualidad los capítulos

Concepto racional é histórico de la música religiosa y
La reforma de la música religiosa,

que constituyen dos interesantes estudios, en el primero de los cuales se establece, fundado en la razón y en la historia, el concepto de la música religiosa, y se señalan los medios que pueden conducir á una saludable reforma en todas las clases de música que abarca el género religioso (*polifonía vocal, música orgánica, canto llano, etc.*).

Los oratorios de Perosi y
Las principales obras de nuestro Pedrell

se encuentran juzgados con toda imparcialidad, sin que falten otros capítulos que, amén de sus excelentes condiciones de fondo y forma, tienen la de ser oportunos y de actualidad.

En fin, el nombre del P. Uriarte, universalmente celebrado por los musicógrafos españoles, es garantía suficiente de la bondad de la obra.

Un precioso tomo en 4.º—En rústica, pesetas 5,50
 En tela inglesa, cubierta en color, y oro, íd. 7

* * *

La infancia, su desarrollo espiritual y corporal y éxitos de la cura Kneipp en las enfermedades nerviosas de los niños, con un apéndice sobre la parálisis infantil, por el DR. ADALBERT KUPFERSCHMID, Director del sanatorio de Slag, junto á Gablonzan Neisse (Bohemia). Versión castellana directa del alemán, por D. Manuel M.^a Angelón.—Segunda edición.—Juan Gili, editor, Cortes, 581, Barcelona.

El libro es una comprobación racional y autorizadísima del método Kneipp para la curación de las enfermedades nerviosas de los niños. Nada tan interesante y simpático como todo lo que tiende á fortalecer física y espiritualmente á la infancia, porque de ella depende la constitución de una sociedad sana de cuerpo y alma, inteligente y vigorosa. Tal es el objeto que se ha propuesto el autor con la publicación de esta excelente obrita, muy popular en Alemania y en todos los países cultos, por la importancia de las materias de que trata, según se desprende del siguiente índice:

CAPÍTULO I. La neurosis y la ley de la herencia. Método Kneipp.—II. La selección natural, la autodisciplina y la educación.—III. Principios pedagógicos fundamentales de los antiguos (griegos y romanos) y de los tiempos modernos.—IV. Sistema nervioso del hombre.—V. Funciones de los nervios.—VI. Noción de la enfermedad en el sentido popular y en el científico.—VII. Enfermedades más importantes del sistema nervioso y del desenvolvimiento psíquico de los niños.—VIII. Tratamiento racional y empírico; la hidroterapia científica.—IX. Kneipp y su procedimiento.—APÉNDICE. La parálisis infantil.

Un tomo en 8.º, en tela inglesa, rótulos de oro, pesetas 3,50.

*
* *

El consejero de las familias, guía de sanos y enfermos por MONSEÑOR SEBASTIÁN KNEIPP. Vertido al castellano de la tercera edición alemana, por el Dr. Joaquín Collet y Gurguí.—Segunda edición española autorizada.—Juan Gili, editor, Cortes, 581, Barcelona.

Agotada la primera y numerosísima tirada que el editor hizo de esta preciosa obra del célebre higienista alemán, aquél se ha decidido á reimprimirla en vista de su importancia capital y de los constantes pedidos que de ella recibe.

El justo y universal renombre que goza el insigne Mons. Kneipp, renombre convertido ya en envidiable inmortalidad, nos releva de la obligación de hacer el elogio de sus obras. Diremos, no obstante, que es la presente un tratado completo y luminoso del arte de *conservar la salud* y de *recuperarla* una vez perdida; y así se trata, en la primera parte, del *cuidado de los niños*, del *cuidado de los adolescentes durante el período del desarrollo*, de las *reglas de conducta para la edad viril* y de las *instrucciones para la vejez*; y en la segunda de las *enfermedades de la infancia*, de las *enfermedades de la edad viril* y de las *enfermedades de la vejez*. Esta simple enunciación de las ma-

terias que contiene tan precioso libro constituyen sin duda alguna su mejor recomendación.

Un tomo en 8.º mayor, en tela inglesa, rótulos de oro, 3,50 pesetas.

*
* *

Bagatelas, poesías por VITAL AZA, ilustraciones de Baldomero Gili y Roig.—Segunda edición.—Juan Gili, editor, Cortes, 581, Barcelona.

He aquí un libro que se lee con indecible encanto. Vital Aza no cansa nunca, imposible sería señalar cuál de las composiciones que constituyen el hermoso ramillete que con este volumen ofrece el editor hoy de nuevo al público merece la primacía sobre las demás, pues todas son singularmente encantadoras. La gracia, la jovialidad, la culta y delicada sátira, la admirable fluidez y desesperante facilidad son dotes privilegiadas de Vital Aza, que campean por modo extraordinario en esta colección de poesías del insigne autor dramático, gloria de las patrias letras.

He aquí una muestra:

EL MÉDICO CAZADOR

CUENTO

Un doctor muy afamado,
que jamás cazado había,
salió una vez, invitado,
á una alegre cacería.

Con cara muy lastimera
confesó el hombre ser lego,
diciendo: «Es la vez primera
que cojo un arma de fuego.

Como mi impericia noto,
me vais á tener en vilo.»
Y dijo el dueño del coto:
«Doctor, esté usted tranquilo.

Guillermo el guarda estará
colocado junto á usted;
él es práctico, y sabrá
indicarle...»

«Así lo haré,
—dijo el guarda.—Sí, señor.
No meterá usted la pata.
Verá usted, señor doctor,
los conejos que usted mata.

Siga en todo mi consejo.
¿Que un conejo se presenta?
Pues yo digo: «¡Ahí va el conejo!»
¡Y usted tira y lo revienta!»

«¡Bueno, bueno, siendo así...»
«Nada, que no tema usted.
Quietecito junto á mí,
chitón y yo avisaré.»

Colócase tembloroso
el buen doctor á la espera,

cuando un conejo precioso,
salió de su gazapera.

«Ahí va un conejo—le grita
el guarda.—¡No vacilar!»
Y el doctor se precipita,
y ¡pum! disparó al azar.

Y es claro, como falló
diez metros la puntería,
el conejo se escapó
con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto
y rascóse la cabeza.
Hubo una pausa, y en esto
saltó de pronto otra pieza.

«¡Ahí va una liebre, doctor!
¡Tire usted pronto, ó se esconde!»
Y ¡pum! el pobre señor
disparó... ¡Dios sabe á dónde!

Gastó en salvas, sin piedad,
lo menos diez tiros, ¡diez!
sin que por casualidad
acertara ni una vez.

Guillermo, que no era un zote,
sino un guarda muy astuto,
dijo para su capote:
«Este doctor es muy bruto.

¡No le pongo como un trapo,
mas ya sé lo que he de hacer!»
Y al ver pasar un gazapo
corriendo á todo correr:

«¡Doctor!—exclamó Guillermo
con rabia mal reprimida.—
¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!»
Y ¡pum! ¡Lo mató en seguida!

Un tomo de 19 × 9 ½ centímetros. En rústica, 2 pesetas.
En encuadernación especial, como las llamadas de bibliófilo, 3 íd.

* * *

Reuerdos de mi vida diplomática, por D. VICENTE G. QUESADA.
—Buenos Aires, 1904.

Nombrado el Sr. Quesada por el Gobierno de la República Argentina Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario en Méjico, entre otros asuntos de verdadera importancia en que hubo de intervenir, se halla el estudio que hizo acerca de las reclamaciones de Oberlander y Messenger, ciudadanos de los Estados Unidos, contra el Gobierno de Méjico. Como prueba de la inteligencia, desprendimiento y caballerosidad del Sr. Quesada, trasladamos aquí copia de la carta que desde Fuenterrabía (Guipúzcoa), con fecha 8 de Agosto de 1898, escribió á Mr. Day, secretario de Estado en Washington: «Señor: He tenido el honor de recibir el oficio fecha 20 de Febrero, en el que usted se sirve exponer que los Gobiernos de los Estados Unidos y de México, desearios de darme un expresivo testimonio de aprecio por los ser-

vicios por mí prestados como árbitro en las reclamaciones de Oberlander y Messenger, ciudadanos de los Estados Unidos, contra el Gobierno de Méjico, han resuelto remitirme la suma de 1.000 dollars cada uno. Agrega usted que, en vista del estado de guerra entre los Estados Unidos y España, el cheque girado por ese Gobierno me será transmitido por intermedio de la Embajada de los Estados Unidos en Londres y por la intervención del *Foreing Office*, pidiéndome el recibo de dicha suma, el que deberé entregar en Madrid al representante diplomático de S. M. B. ante el Gobierno de la Reina Regente. Se digna usted agregar benévolamente que, por pedido del Sr. Presidente, me manifiesta su estimación por la cortés complacencia con que he desempeñado las funciones de árbitro, elegido por los poderes interesados. En respuesta á tan atenta comunicación oficial, debo expresar á usted que estimo tanto la confianza con que fuí honrado por dos Gobiernos con los cuales mantuve cordiales y amistosas relaciones diplomáticas, eligiéndome juez de las recordadas reclamaciones, que no encuentro que esa honra pueda justipreciarse por cantidad de dinero, aunque fuera muy superior á la suma ofrecida, y, por tanto, renuncio á toda recompensa monetaria, devolviendo, en su consecuencia, el cheque original. Me basta, Sr. Secretario de Estado, haber correspondido á la confianza en mí depositada por dos Gobiernos americanos, fallando la causa con arreglo á mi conciencia y á mi mejor saber y entender. Ruego á Mr. Day se sirva aceptar las seguridades de mi más alta consideración.»



Certamen literari, organiat amb motiu de les fires y festes de l'any 1903 á la ciutat de Mallorca.—Mallorca, MCMIV.

Con mucho gusto hemos leído las composiciones poéticas intituladas *L'agonia de les flors*, de Gabriel Momar; *La mort*, de Juan Aguiló; *L'estiu*, de María Antonia Salvá; *Hivern*, de José M.^a Fons; *Joch de nins*, de la mencionada poetisa Salvá; *¡Revertere, sunamitis...!*, poema de Llorens Riber; *Eucaristiques*, de Angel Gárriga; *Cant parafrástich de Juditch*, de Ramón E. Bassegoda; *¡Serra, serra, serrador!*, del citado Aguiló; *La seu* (en prosa) y, por último, *Un que se mor*, (en verso).



El descans dominical, Estudi étich premiat an el certamen de Fires y Festes de la ciutat de Mallorca, de 1904.—Palma, MCMIV.

Estudio detenido ha hecho Moss Audrev Port y Llodrá acerca de *El descanso dominical*, y bien merecido tiene el premio que le otorgó el Jurado.

Z.

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

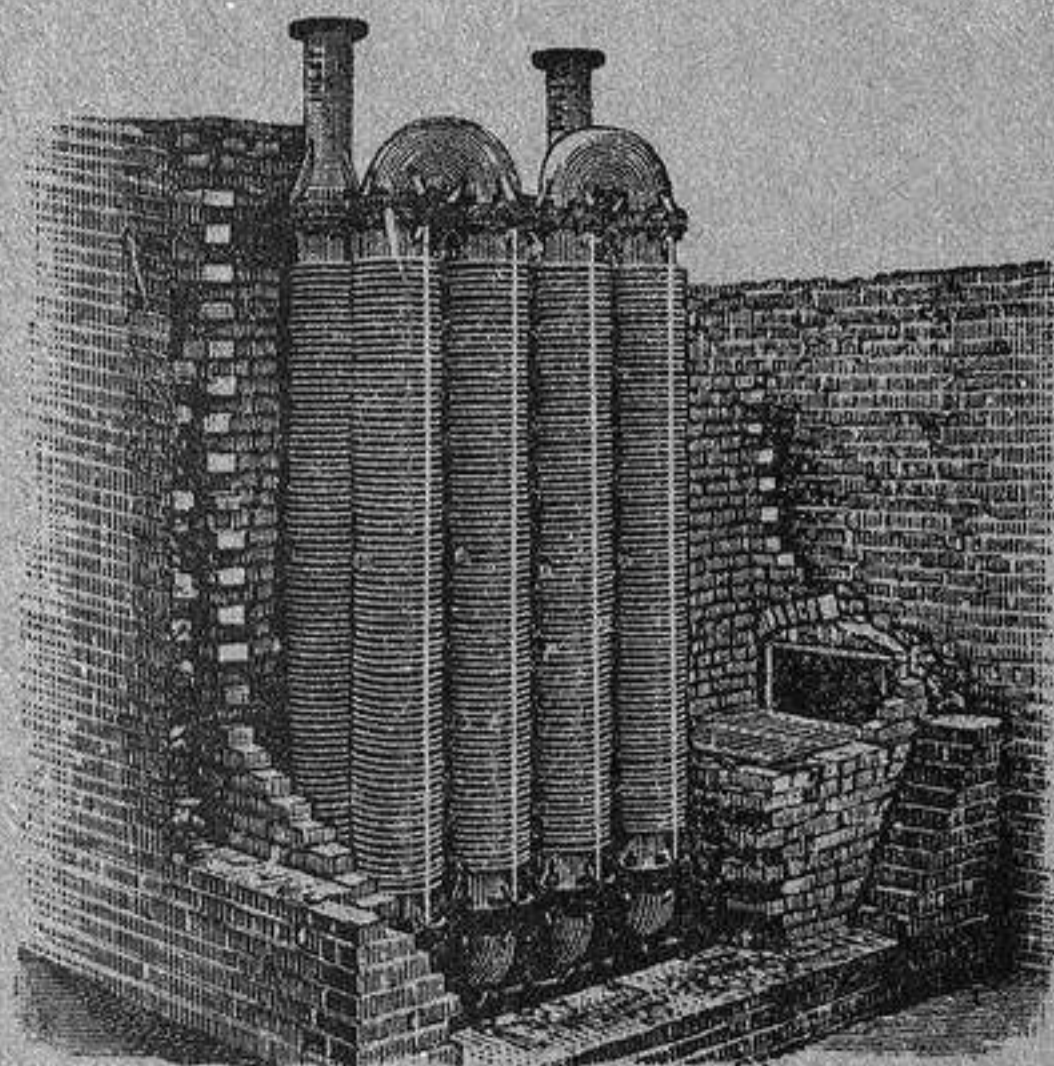
SOBRECALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWOERER

Economiza ANUALMENTE

15.000.000 DE FRANCO DE HULLA EN LA INDUSTRIA

Con patente de invención en todos los países.

Se obtiene con él hasta un 35 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 6.000 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:



Siemens et Halske, de Viena (95 aparatos); Sociedad de *Forges et Aciéries*, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (68 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana, en Vöslau, junto a Viena (30 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).

Para más detalles dirigirse al inventor:

M. EMILIO SCHWOERER, Ingeniero,

EN COLMAR (ALSACIA)

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT